JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi Columna 5

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi Columna 5

Desde mi Columna, volumen 5
José Consuegra Higgins

Portada
Óleo de Ana Bolívar de Consuegra

Ediciones
Universidad Simón Bolívar
Carrera 54 No. 59-102
www.unisimonbolivar.edu.co
Barranquilla

Febrero, 2008

Impresores
Artes Gráficas Industriales Ltda.
Calle 58 70-30
editorial_mejoras@yahoo.com
Barranquilla

Printed and made in Colombia

Desde mi Columna 5

Prólogo

Por Reynaldo Mora Mora
Docente investigador de la Universidad
Simón Bolívar

Desde este escrito voy a tratar de establecer unas mínimas bases que subrayan la importancia mayúscula de este Quinto Volumen, titulado "Desde Mi Columna" del Dr. José Consuegra Higgins. Por ello, dada la necesaria brevedad, nuestro objetivo se reduce a poner de manifiesto las relaciones entre periodismo y el abordaje cotidiano de la realidad, como aportación obligada para la comprensión caribeña y latinoamericana, en una aproximación de conjunto. Una serie de ricas anécdotas,

reseñas de libros, recuerdos, costumbres y tradiciones y asuntos de economía, cultura y académicos pasan por su pluma. He disfrutado leyéndolas: señalando que debemos enorgullecernos como miembros de la comunidad educativa de la Universidad Simón Bolívar de la publicación de esta obra de nuestro Rector Fundador, como un extraordinario aporte al mundo académico.

Describir los perfiles de una persona, exige relatar al hombre y sus circunstancias y, según la característica que se analiza, deberá escogerse, dentro de su entorno, el marco referencial adecuado. En el caso de prologar este volumen, el narrador, el Maestro José Consuegra Higgins ha sido testigo presencial de acontecimientos claves de Barranquilla, la región, Colombia y América Latina. Al leer sus escritos tenemos la fortuna de revivir, a través del tiempo, los instantes históricos por

él descritos en una prosa impecable y fina. Buena parte de todo lo que él nos dio a conocer, vino de la mano de su digna esposa Doña Anita Bolívar de Consuegra, como complemento perfecto que lo impulsó a dar cuenta de manera literaria sobre lo acontecido en el mundo de la cultura, la economía, etc., en sus escritos semanales.

En este sentido, no cabe negar que él es el gran educador de la sensibilidad del lector caribeño, primordialmente concebida como portavoz de la identidad por la región: supo aclimatar definitivamente esa forma alegre y pedagógica de leer los hechos cotidianos, como una renovadora visión de la escritura como "oficio", como irremediable vocación que se manifiesta en él por un apego a la tradición de paciencia minuciosa que uno observa en cada una de sus columnas: traducirlos a esta rica presentación de literatura periodística, sus escritos se constituyen en una fuente multivalente en cuanto

recogen las mentalidades de la época.

Para hacer un bosquejo de la faceta intelectual del Dr. Consuegra H., es imperativo partir de sus columnas periodísticas. Pensamos que ellas son algo más que escritos: son su razón, son su entorno, son su tiempo; ellas se constituyeron en un instrumento publicitario para expresar sus inquietudes sociales, pero ante todo humanas. Siempre estaban inspiradas de aliento y esperanza, siempre dirigidas, encaminadas a su amor-pasión por los recuerdos, las tradiciones y las lealtades hacia sus amigos y la academia. Cuando se las lee, se aprecia una erudición y el rigor que tienen el sello de su rica trayectoria formativa. Estos ensayos encarnan la apreciación estética por los hechos culturales del Caribe, el rigor gramatical y la faceta de ciudadano e intelectual, evidenciándose su vivencia básica con la cotidianidad. Realidad y periodismo, acaban por ser fenómenos su-

jetos a la misma dinámica y manifestaciones por él privilegiadas: en él esta forma periodística pasó a ser un arte de incesante conocimiento de nuestra realidad.

Las columnas del Maestro Consuegra significan un reto personal: creer en lo nuestro; por ello intuyó la necesidad de abordar lo cotidiano desde el periodismo, constituyéndose este volumen en un estudio para la comprensión de algunas alteraciones contemporáneas. En tal sentido, esta obra merece el reconocimiento de las letras y el periodismo latinoamericano y del Caribe. Esta quinta entrega de "Desde Mi Columna", es el cierre de oro a su existencia como escritor semanal, que gradualmente supo proyectarse hasta llegar a esta expresión de correlación de su saber, pensar y actuar con el contexto. A este cierre lo denominaría como una sinfonía de ricas expresiones vertidas sobre el Ser Caribe en su máxima expresión de identidad.

La congruencia que observó el Dr. Consuegra en sus ensayos dados a conocer a través de El Heraldo *representan su conocimiento acerca de la realidad cultural, económica, entre otras, promoviendo desde ellos una pedagogía hacia nuestros más caros valores; de ahí su importancia por impulsar el estudio y la investigación de su obra mediante la institucionalización por parte de la Universidad Simón Bolívar de la Cátedra "José Consuegra Higgins" como apropiación del saber latinoamericano y caribeño, a fin de impulsar corrientes teóricas como fuentes indispensables para la formación en este pensamiento. Así, la mente inquieta del Dr. Consuegra en sus columnas analizó fenómenos culturales, sociales, políticos y educativos como un todo, correlacionados entre sí; estos textos en mi consideración promocionan tal proceso identitario, de ahí que deben hacer parte de la realidad escolar y universitaria en apoyo a la empresa del formar. Ellas, como medio privilegiado de comunicación*

social y cultural, en la pluma de su autor cumplieron y aún cumplen una función formadora-informadora de la opinión pública, fueron el vehículo de expresión y representación de la realidad, dialécticamente relacionadas con el desenvolvimiento y la evolución de la sociedad en sus distintas expresiones.

Complacido observo que lo cultural es abordado con una maestría propia de su intelectualidad: él se aboca a esta preocupación que hoy aún merece nuestra atención, en especial por parte de nuestra dirigencia política. Sus escritos son de tal altura que provocan una inusitada alegría académica, que nos entretejen con sus recuerdos por los hechos del Caribe. Estas columnas fueron hechas por una mente que se solazaba en leer la realidad de mil maneras, logrando satisfacer una de sus facetas, por ejemplo, el amor por la poesía.

El Dr. Consuegra a lo largo de estos años no demostró

desmayo ni vacilaciones, que con una férrea convicción supo expresar sus puntos de vista. Al esfuerzo de este lapso de su vida profesional es legítimo calificarlo de alentador para las nuevas generaciones de periodistas e intelectuales, y como testimonio de esta aseveración está su curriculum, importante por la calidad y cantidad de su contenido; y sin duda singular en nuestro medio académico y científico.

Tan formidable obra nos lleva a darle una bienvenida al mundo académico, por la solidez de lo que allí se expone, donde se lee en cada una de ellas su energía, creatividad y alegría Caribe que lo han caracterizado. Esta actividad periodística se caracterizó por un dinamismo febril semanal frente al trabajo de compromiso por llevar a sus lectores lo que pensaba: estas columnas señalan nuevas sendas para el periodismo, la comunidad universitaria y la cultura, contribuyendo como pocos –y arriba lo

consignaba– a encarecer la necesidad de leer nuestra cotidianidad y como ningún otro creó lectores, dando carne a numerosos hechos de la región y del país.

Así, hoy en este 2008 con mucho honor presento este Quinto Volumen de la recopilación periodística de uno de los más grandes escritores contemporáneos latinoamericanos y del Caribe, como es el Dr. José Consuegra Higgins: un ateneo divulgador eficaz de lo nuestro; es su valor literario, es su honda huella en el periodismo que viene a decirnos que desde el presente podemos encontrar los hilos que nos lleven a la comprensión continua de nuestro tejido social y cultural, tan gratamente expuesto por el autor.

Invito por lo tanto, a hojear cada uno de estos textos que trazan la panorámica de ese entretejido, es decir, leerlos como objetos culturales encargados de presentar

la realidad a partir de la óptica del autor, lo que supone encontrarnos ante una situación que no dudo en calificar de afortunada para el lector.

Barranquilla, febrero de 2008

Contenido

Prólogo VII

RECUERDOS
Cartagena y la alegría de vivir 3
Rafael Escalona 7
Recuerdos de semana santa 11
El fútbol de ayer y de hoy 14
La muerte de un educador 18
Los buenos momentos 24
El encanto del invierno 28
Acontecimientos memorables 32
La gran Meira 36
En la calle del re-encuentro 40

LIBROS
La arquitectura de Barranquilla 47
Barranquilla y su gente 52
El Carnaval y el pueblo 56

Historias de Valledupar 61
Las Historias y Leyendas de Pueblo 66
Más sobre Historias de Pueblo 71
Valores colombianos del Caribe 75
La cosecha de los libros 79
Cambian los tiempos 83
La Biblia del Concejal 88
Desafiando el Silencio 93
Las fiestas de los libros 97
El libro siempre vivirá 102
Más y más libros 106
La fiesta de las poetisas 110
El fecundo cultivo de las letras 114
La poesía de siempre 119

ECONOMÍA
La Constitución de Venezuela 125
Las Teorías de la Inflación 129
La inflación y la realidad 134
Los Libertadores y el neoliberalismo 138
De regreso 142

AMÉRICA LATINA
Llegó el dos mil 149
Ocurrencias argentinas 153

Por Venezuela y México 158

ACADEMIA
Volver al viejo Caldas 165
Volver a Bogotá 169
Bolívar y la literatura 173
La biblioteca de Salgar 177
Serpa y la Universidad del Atlántico 181

COSTUMBRES Y TRADICIONES
Sobre costumbres y modas 187
La pereza y el hablar barranquillero 192
Tribuna abierta 196
La Perla del Otún 200
La Navidad ayer y hoy 205
Carnaval, alegría y paz 209
Libros, humor y Carnaval 213
La bella ciudad del ayer 217
Diciembre y la alegría 220
La iluminación navideña 223

CULTURA
Defensa de las bibliotecas 229
La Barranquilla del ayer esplendoroso 233

Poesía, bendita seas 237
Cartagena, turismo y libros 241
Periodistas, escritores y San Roque 246
Homenaje al Libertador 250
Pintura y libros 254
La mujer 258
Las fiestas de Barranquilla 263
Barranquilla en desventaja 268
Homenajes que estimulan 273
Los Carnavales de Alfredo 277
El muelle de Puerto Colombia 281
Fechas memorables 285
Pintura y Carnaval 289
Libros y Esthercita 293
Sobre folclor y libros 297
Días inolvidables 301

BOLÍVAR Y LOS LIBERTADORES
La Constitución de Colombia 307
La Constitución de Colombia II 311
La Constitución de Colombia III 315
Haití y Petión 318
Argentina y Latinoamérica 322
Belgrano y Latinoamérica 326
Bolívar en la China 332

Recuerdos

Cartagena y la alegría de vivir

Llego a Cartagena con el ánimo caído, como decía la Niña Millo. Trastornos de salud obligan al descanso. Y, como siempre, allí está la bella ciudad, de recuerdos gratos, que todo lo cura.

La semana pasada compartimos con amigos de hoy y de ayer. En la plaza de Santodomingo, repleta de visitantes que degustan refrescos y se deleitan con grupos folclóricos costeños y andinos de actuaciones espontáneas, la *prima noche* se hace más placentera. Ahora todas las plazuelas de la ciudad amurallada ofrecen esta oportunidad en favor del regocijo familiar.

Para complementar el esplendor del gozo, la luna llena coquetea en sus alturas más brillantes que nunca. Cuado se inicia el recorrido para contemplar balcones, ella obliga a detener la caminata para saborear el regalo de un paisaje matizado con la creación arquitectónica

del pasado y su presencia en el azul de un cielo veraniego.

Lástima que todavía no se haya reglamentado la circulación vehicular por las estrechas calles coloniales. Pienso que en las noches solo deben ser transitadas por coches y personas. Y a los carros apenas permitirles acceder a sitios donde no perturben la confianza y el sosiego que obsequian las serenas callejuelas. Incluso, en Bocagrande y otros barrios de hoteles y altos edificios de vivienda, la abusiva velocidad de buses, taxis y automóviles particulares, no encaja en un ambiente turístico que requiere de prudencia y reposo.

Doña Anita, al notarme pensativo, me pregunta qué me pasa. Le respondo que por instantes regreso al pasado. Entonces vuelvo a contarle mis primeras experiencias. Hace medio siglo gané un concurso para dictar la cátedra de Economía Política en la Escuela Naval. De inmediato conocí al gran Domingo López Escuriaza y comencé a escribir una columna en *El Universal*. Pero la apreciada oportunidad duró poco. Una mañana acompañé al patricio liberal al puerto con motivo del retorno al país del doctor Carlos Lleras Restrepo. Y allí estaban también detectives del régimen dictatorial. Y a los tres días llegó la orden de mi despido.

Años después, el doctor Gumersindo Serje Ahumada quiso reunir en la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena a lo que él llamaba la élite de los economistas profesionales dedicados a la cátedra. Y la fortuna me permitió estar de nuevo en Cartagena en compañía de Jorge Child, Raúl Alameda, Bianor García, Carlos Calderón Mosquera, Alcides Vargas, Fernando Llinás, Luis Meléndez, Eduardo Santos Ahumada, Rubén Maury, Jaime Medina, y los juristas, sociólogos e intelectuales, Fabio Morón Díaz, Roberto Burgos Ojeda, Carlos Villalba Bustillo, Cecilia Porras, Ismael Guete, Carlos Guete, Gonzalo Zúñiga, Juan Zapata Olivella, Petra Villalobos, Abel Ávila, Abraham Mercado, Álvaro Pérez Vives, Simón Bossa, Ramón Jiménez, Lácides Cortés, Darío Morón Díaz.

La Cartagena de esos años sesenta era sencillamente plácida y fraterna. Aunque dos buses, uno grande y otro pequeño, prestaban servicio en Bocagrande, casi todos preferíamos gozar los atardeceres, y por la orilla del mar, o por la calle principal, le sacábamos provecho a la conversación y al paisaje.

Bueno, ahora Cartagena es distinta. Enriquecida por las lujosas construcciones de sus espléndidos hoteles y el cuidado de la urbe amurallada, tiene bien ganado el título de la ciudad más bella de las Américas.

*****

Una vez más los caprichos del destino me escogen como víctima. Después de tres días de alegría, y disfrute familiar en Cartagena, al llegar a Barranquilla la Niña Blanquita nos abandonó. Su muerte nos entristece. Mientras escribo esta nota, las lágrimas caen en las teclas. Ahora soy el único viviente de los Consuegra Higgins. Blanca fue el símbolo del desprendimiento y la conducta servicial. Nunca quiso saber nada del ahorro o de la prudencia en el manejo dinerario. Todo ingreso lo gastaba de inmediato en obsequios a vecinos y parientes. Supo conservar las costumbres de nuestro pueblo, Isabel López, de los años de infancia, cuando poco se practicaban las ventas porque los vecinos sabían más de los regalos y préstamos.

A la Niña Blanquita la recordaremos, siempre orgullosos de su comportamiento social ejemplar.

También se nos fue el arquitecto e intelectual Carlos Eduardo Esmeral, director de la Biblioteca de Posgrado de la Universidad Simón Bolívar, hijo del tío Patro, el doctor José P. Esmeral, el jurista magistrado, Consejero de Estado y periodista director del diario *El Liberal*, orgullo de Isabel López en las décadas pasadas, en compañía de Pedro Pastor Consuegra, el fundador y director del diario *La Nación*.

Rafael Escalona

Para hablar de Rafael Escalona es mejor recordar. Pero siguiendo el consejo de los soñadores, sin intento de convertir lo agradablemente vivido en historia, con el objeto de mantenerlo en los predios de la añoranza poética. Además, ya se ha dicho, vivir en el recuerdo es el más perfecto modo de vida que se pueda imaginar.

Varias veces he escrito sobre mi encuentro con Rafa y la inolvidable Valledupar. Y hasta en las reuniones compartidas con amigos, escuchando acordeones, gusto de relatar las vivencias del ayer en las orillas del Guatapurí.

Una mañana llegué con la plenitud del entusiasmo juvenil. Y allí estaba Rafael Suárez, hermano de Eugenio, el vecino del barrio, que todas las tardes se detenía a saludar a los Consuegra y Bolaño, sentados en la puerta de sus casas, en la calle Obando, como era la costumbre.

Y ya en la noche disfrutaba la brisa tenue en compañía de Rafael Escalona, Efraín Quintero y otros parranderos. Entonces yo era entusiasta divulgador de los pregones gaitanistas. En Barranquilla dirigía el semanario *Frente Nacional,* tribuna de los seguidores de Gaitán en el Atlántico.

Pero muy poca fue mi labor político-proselitista. El ánimo festivo y el esparcimiento espiritual sentaron sus dominios. Rafael Escalona era el gran maestro de ceremonia del solaz que alimentaba la alegría de vivir. Y hasta las bromas estaban presentes. En las serenatas fui víctima de la original picardía y sus simpáticas travesuras. A una bella señorita, a quien yo no conocía, le hicieron saber que de lejos la amaba desde el momento que la ví en la misa del domingo. Y por eso la razón de las serenatas al pie de su ventana.

Ese jolgorio era en las noches. Porque en las mañanas los Pozos Hurtado cumplían la misión del sitio de encuentro. Allí disfrutábamos la frescura de las aguas cristalinas. Y, naturalmente, de la inspiración del novel trovador. Porque Rafael era la creación sin descanso. En todo suceso, en cada ocurrencia, encontraba motivo para un nuevo son.

Bueno, en verdad el recuerdo grato a veces adquiere

el papel de mitigante de los sinsabores del existir.

Esta noche se rinde homenaje a Rafael Escalona. Y pienso que la gratitud debemos expresarla periódicamente. Ya lo insinuaba Virgilio: "Mientras los ríos corran al mar, hagan sombra a los valles los montes y haya estrellas en el cielo, debe durar la memoria del beneficio recibido en la mente del hombre agradecido".

Y cuánto no le debemos todos a Rafael Escalona. No hay jolgorio familiar, o diversión entre amigos, donde su canción vallenata no sea bien recibida. Ella complementa el acontecer placentero y aviva el contento.

Es ese el Rafael Escalona a quien tanto adeudamos en el campo del arte musical. Pero también la literatura colombiana lo cuenta entre sus exponentes. Por cierto que el estilo parece una feliz continuación de la narrativa, del género trovaderesco.

La novela *La Casa en el Aire,* como correctamente escribe uno de sus críticos, es una especie de refugio protegido por los dioses en donde la realidad y la magia se suceden simultáneamente. En sus páginas habita el porvenir y el hombre americano. Desde el primer capítulo, que dibuja el pintoresco deambular del Viejo

Pedro, la delicia del relato se obsequia al lector. Y qué lecciones se desprenden del razonamiento: Si todos los animales tienen cuevas, ¿por qué los relámpagos carecen de habitaciones? "Ellos solo se ven desde lejos hiriendo el cielo con su luz egoísta y amenazando la tierra con sus rayos." En cambio las nubes dejan caer la lluvia para que nazcan las flores y las mariposas embellezcan jardines, y faciliten el piropo: Mariposa bonita, se le dice a la amada.

Yo he vuelto a encontrarme en la lectura de *La Casa en el Aire.* Allí estoy, confundido en la niñez de Rafa, tal como fue en Isabel López, y lo digo en mi *Del Recuerdo a la Semblanza.*

En fin, gracias Rafael Escalona por el regalo que desde la primera juventud, en las aulas del Liceo Celedón, a la orilla del río Cesar, o en las calles de Patillal y Valledupar, comenzaste a obsequiar a tu gente, a Colombia y al mundo entero.

Recuerdos de Semana Santa

En mi pueblo la Semana Santa, la gran fiesta religiosa, transcurría con poca religiosidad. Más bien era el tiempo del folclor culinario, los vestidos nuevos y los juegos campestres de los niños.

Desde el lunes cada familia comenzaba a preparar sus platos y dulces favoritos para su tradicional intercambio entre vecinos y familiares. Siempre había unas ensaladas comunes que solo se comían en marzo o abril: salpicón con bagre seco, mote de ñame con cebolla cruda y trocitos de papaya verde envinagrados. El pescado tenía poca gracia, porque casi todos los días del año estaba en la mesa campesina. De la laguna de Guájaro traían el bocachico, la mojarra y el arenque "pecho fino". En la madrugada se iban los del negocio en sus burros para regresar a las once de la mañana con cajones repletos de pescado fresco. Después, a freírlo para que, más tarde, un grupo de niños recorriera la

calle principal, que era, y sigue siendo la única, con el pregón de su oferta. Pero en Semana Santa nadie trabajaba. Entonces la lisa y el bagre, que colgaba en las vigas de las tiendas, reemplazaba las otras carnes, en compañía de los camarones y el chipichipi de agua dulce.

Sin embargo, lo más apetecido eran los dulces, y entre ellos, los de coco, guandul, guayaba, papaya, mango y tomate. Las frutas se daban en los campos de manera silvestre. Al pueblo lo rodeaban las tierras ejidales, sin tapias ni dueños. Y todo era abundante y libre para coger. Después vino la "civilización" y las carreteras. Y con ellas, los terratenientes de la ciudad, que cercaban. Se cumplió entonces la sentencia del doctor Aguja: "A más alambre, más hambre". Los bosques se destruyeron, y también los árboles frutales, para sembrar pastos, despojar a los campesinos de sus tierras y obligarlos a emigrar a los tugurios de Barranquilla, Maracaibo o Caracas.

Los niños gozábamos la fiesta. Siempre estábamos al pie de los calabazos con canastos chupando su miel, o salíamos a jugar a los "micos" encima de los árboles cubiertos con enredaderas y bejucos, y a recoger higas para el mal de ojo. No sucedía lo mismo con los que iban en compañía de sus padres a pagar mandas en

las procesiones de Sabanalarga. Para ellos las noches eran interminables, por los martirios de la solemnidad religiosa y los zapatos nuevos. Sabanalarga hacía de sitio, o sea, de lugar de reunión. Hasta allí llegaban las caravanas de cientos de personas, de los corregimientos y caseríos vecinos, estrenando vestidos, botines, abarcas o chinelas. Y como en esos días las costureras y zapateros tenían que entregar los pedidos de todo el año, trabajaban de prisa y con defectos. Por eso, después de "marcar el paso", regresaban con los pies llenos de vejigas a contar a sus compañeros las maldades de los judíos.

El Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección los niños, gozando de la tregua de los días santos, que alejaban reprimendas, caminábamos por el cauce seco del arroyo en busca de las pocas pozas que quedaban después del largo verano. Y comiendo juangarrotes, jobos y cerezas, nadábamos sin descanso. Pasadas las fiestas, se volvía a lo mismo: recordar las aventuras vividas, oír los cuentos sobre muertos y espantos, y esperar otro año, para gozar de plena libertad, pues en Semana Santa era pecado para los padres regañar o zurrar a sus hijos.

El fútbol de ayer y de hoy

La muerte del Flaco Meléndez me conduce al pasado. Eran los risueños tiempos del Estadio Moderno. Todos los domingos el profesor Miguel Rada, padre de quien fuese después el gran cañonero, me llevaba de la mano a disfrutar el espectáculo que ofrecían los jóvenes deportistas. Aunque, en verdad, y sin que él lo supiese, en las tardes de otros días de la semana, asistía a las prácticas cuando regresaba del Colegio. Como vivíamos cerca, en la calle España entre Porvenir y Vesubio, los escapes se me facilitaban.

Muchos eran los equipos de primera división que disputaban campeonatos: Once de Noviembre, Sporting, Juventud, Juventud Junior, Caldas, Nariño, Oro Porteño, etc. Entonces el espectáculo se gozaba con derroche de esparcimiento y amistad colectiva. Cada espectador aplaudía a su jugador favorito sin ninguna

clase de perturbación por parte de vecinos. Y ese mismo clima de tolerancia se daba entre los jugadores. Todos ellos entregados, con la pujanza de la juventud y del goce en pos de la victoria, pero nada más.

Después de los partidos o de los entrenamientos, los aficionados seguían detrás de sus ídolos para escuchar conversaciones o compartir festejos en las tiendas cercanas. Esa costumbre prevaleció hasta los tiempos de Toño Rada. Allá, a la casa de la tía Elena, en la calle de Las Flores, entre Hospital y Concordia, llegaban sus compañeros y admiradores después de cada partido, a degustar cervezas y refrescos.

De las estrellas del Moderno, al lado del Flaco Meléndez, que encabezaba la lista, estaba Escorcia, el portero que compartía méritos con Mattos, "Memuerde" García, Picalúa, Vigorón Mejía, la Espada Yépez, Marcos Gutiérrez, Jobani, Romelio Martínez, Gáfara, Lara, etc.

La alineación de los equipos era estable, apenas reforzada en los momentos oportunos y necesarios, por las nuevas figuras provenientes de la segunda división. Como bien comenta el doctor Rafael Bolaño Movilla, en ese ayer esplendoroso, la entrega de los jugadores era plena, libre de ataduras monetarias. Y por eso se

les valoraba como tal, con respeto y libre albedrío. Vale decir, agrega el jurista y catedrático, ajenos a los procederes del presente, cuando son motivo de compras y ventas por parte de empresas que ignoran el sentir y las simpatías de los hinchas.

Años después vino el Estadio Municipal, escenario de triunfos y glorias del fútbol colombiano en los certámenes internacionales que allí se adelantaban. Y, de inmediato, los inesperados días del llamado fútbol profesional, con el aprovechamiento de la desbandada de las luminarias argentinas emancipadas en su país de ligaduras con sus equipos.

Para entonces yo vivía en Bogotá, donde me desempeñaba como miembro del Consejo Nacional de Planeación. Y sabía aprovechar el habitar cerca del Campín, para estar los domingos con el Negro y el Mono, mis hijos de pocos años, y Rafael Iglesias Vargas, admirando el virtuosismo de Di Stéfano, Cozzi, Rossi, Pedernera, Muriño, Ochoa, Zuluaga, Pontoni, Peruca, De la Hoz, Chato Gaviria, Dokú, Belford Bolívar, etc., y de tantos más que integraban las nóminas de los equipos de las otras ciudades.

Mi admiración por el fútbol se originó en Isabel López, el pueblito donde pasé la infancia. Allá, en el

verano, el campo se arreglaba en fajinas espontáneas. Nunca olvido los encuentros con el equipo de Molinero, el corregimiento vecino. Allí, en el escenario natural, sin graderías ni nada parecido, estaban los campesinos con sus familias, en plena fiesta y beneplácito por el feliz acontecimiento. Y como era costumbre, a los jugadores molineranos y a sus acompañantes, se les atendía con guarapo, chicharrones y bollo de yuca.

Es cierto que ya no asisto a los estadios, pero todo es fruto de los cambios en las costumbres. Como hombre de paz y convivencia, no entiendo las riñas del presente entre los aficionados. Ni mucho menos el exagerado mercadeo dinerario de los equipos.

En fin, parece que me anclé en el pasado, en ese ayer memorizado con los goles del Flaco Meléndez, el delantero de las piernas torcidas, pero con fuerza de cohetes.

La muerte de un educador

Rafael Ortegón Páez respondió con creces a las máximas exigencias del correcto existir. Cumplió a cabalidad la delicada misión de padre, educador, escritor y ciudadano ejemplar. A sus hijos los condujo de la mano por los caminos adecuados, y todos ellos continúan su obra dirigiendo los colegios que él fundó.

Su señora esposa, la compañera inseparable, doña Teodorita Rocha, fue la mimada y el respaldo estimulante.

Ortegón Páez organizó centros de educación y publicó varios libros. Son miles los jóvenes que han recibido sus títulos de bachilleres en el Colegio de la Costa y el Nuevo Colegio de la Costa, que fueron fruto de su actividad pedagógica.

Y en la literatura y el análisis científico estuvo

presente. La poesía, la novela, el cuento, el ensayo filosófico, la tesis académica, los cultivó el ilustre profesor.

Ahí nos queda el rico legado de *Caucayá, Viaje Cósmico, Muertes y Resurrecciones de América, Vorágine Alucinante en la historia de la droga, Escalinata del Amor, Santander y Bolívar frente a frente.*

El día del entierro la intelectualidad barranquillera estuvo presente despidiendo al admirado amigo. Muchos fueron los homenajes ofrecidos, y los oradores interpretaron la aflicción de la concurrencia.

En vida también se le rindió el tributo de gratitud y reconocimiento. La Universidad Simón Bolívar le otorgó el título de Doctor Honoris Causa y se le recibió como Miembro de Número en la Sociedad Bolivariana del Atlántico y en el Centro de Historia de Barranquilla.

Mi amistad con el profesor Ortegón Páez se inició hace cincuenta años. Con Sigifredo Wilches formábamos un trío solidario en los compromisos de la cátedra. Éramos profesores en algunos colegios y en la Universidad del Atlántico, y me acolitaban en mis afanes de conquista a doña Anita. En las tardes

solíamos tomar gaseosas en la puerta de la tiendita de doña Lola, desde donde le enviaba miraditas a la reina de mis sentimientos.

Tuve el honor de prologar, *Escalinata de Amor*, editado en 1989 por Plaza & Janés, con bellísima portada ilustrada por Ignacio Consuegra Bolívar. Entonces dije:

Por dos razones leo con placer lo que escribe Rafael Ortegón Páez: en una u otra forma, en su mensaje, está presente el ayer compartido, o la pureza idiomática de la prosa y el verso que involucra el disfrute.

Y digo lo primero porque muchos de los temas que él maneja, de recuerdos o sucesos imaginados, son hechos y paisajes de tiempos de inquietudes académicas.

Hace exactamente cuarenta años nuestras vidas transcurrían en las aulas de los colegios de bachillerato conjugando verbos, o en el emocionante mundo de la explicación histórica. Y la labor, además de grata, era asequible: aún la enseñanza de las humanidades jugaba papel prioritario, y los jóvenes sentían atractivo por la literatura y los hechos memorables de la nacionalidad.

Como ahora, siempre entonces el profesor Ortegón Páez vestía de saco y corbata, sin importarle un pito los treinta y más grados del calor barranquillero. Una tarde llegó por el río Magdalena en busca del mar y de los ojos azules de una novia que soñara en las noches frías de la meseta boyacense. Y como acá encontrara las dos cosas, aquí se quedó con sus costumbres y su imaginación.

Yo lo recuerdo en un quehacer múltiple: en la lucha de clases, como suelen decirle en broma al oficio didáctico, escribiendo novelas, metido en las imprentas y estaciones de radio en afanes intelectuales; o al lado de sus amigos, en una tienda de esquina, con una botella de cerveza en las manos, tal vez para sentirse mejor en sus relatos sobre la guerra por los lados de Leticia y Tarapacá.

Era incansable, así como lo es ahora, con sus bien disimulados ochenta años a cuestas. Porque al pasar del tiempo parece no contar para su voluntad y capacidad de trabajo. La prueba está que en cada nuevo encuentro tiene en su agenda algo distinto que mostrarme: un ensayo biográfico sobre Santander, una tesis filosófica del destino indoamericano, o el canto, en sonetos de factura clásica, a los dioses de sus abuelos chibchas.

Hace pocos días me trajo a mi refugio de Pradomar las muchas páginas de la *Escalinata del Amor*. Unos minutos antes Carlos M. Pardey me había obsequiado los dos tomitos, fotocopiados por él mismo en la Biblioteca Nacional de Bogotá, de *Yngermina o la Hija de Calamar*, de Juan José Nieto, publicada en Jamaica en 1844. Quiero decir, que en esa generosa mañana de este mayo sin lluvias, tengo al lado de mi hamaca la más antigua y la más reciente de las novelas de la Costa Norte de Colombia.

Los autores mencionados, guardando las debidas proporciones, o el respeto por cada uno, para que nadie se ofenda, son personajes de épocas y compromisos prioritarios distintos. El uno, estadista, soldado de profesión y político de tiempo completo. El otro, pedagogo nato y fundador de colegios.

Sin embargo, encuentro entre ellos un punto coincidente: apego a la afición literaria e intentos por novelar la historia. El mismo general Nieto lo confiesa a su Teresa: "Hay ciertas inclinaciones en la vida que no podemos desatender por más que queramos; yo no sé cuál es el impulso que me arrastra a estar siempre escribiendo alguna cosa... y aunque esta ocupación parezca una locura, nadie tendrá por qué quejarse de ella: las letras no son piedras que rompen cabezas,

aunque tienen un poder mágico sobre el espíritu". Ortegón Páez, en tono más poético, reconoce desde su ventana: "El amanecer invita a la inquietud sin tregua. Hasta aquí me llega el murmullo de los jóvenes repasando lecciones. Pero miro a un lado, y mi vieja máquina de escribir parece coquetearme, como en deseos de que acaricie sus teclas. Mi voluntad vacila, y entonces tengo que esforzarme para decidir".

Los buenos momentos

Un buen momento compensa multitud de sinsabores. La vida ofrece el mosaico de las tristezas y alegrías. Y la memoria, que a veces se empeña en resguardar aconteceres desagradables, patrocina sentimientos negativos.

Toda persona que anhele el gozo del regodeo debe propiciar el ánimo festivo. No importa que el día anterior el alma haya recibido aconteceres amargos.

En noches pasadas, por ejemplo, la odontóloga Carmelita Ibarra festejó su cumpleaños. Y a los invitados los recibía con una sonrisa contagiosa. Y minutos después las carcajadas abundaban. Toda era entusiasmo por el encuentro de amigos y familiares.

La risa es menú de los dioses. Marcial solía decir: Si eres sabio, ríe. Otros autores piensan que "el día más

irre-mediablemente perdido es aquel en que uno no se ríe". Porque los seres humanos se distinguen de todas las demás criaturas por la facultad de reír.

Y hay que reír espontáneamente, sin malicia. Sobre todo liberando a la mente de recuerdos infaustos, odios o rencores. Podemos ser felices, razonaba Secretan, en la medida en que sabemos olvidar. Al poeta, arquitecto y humorista Gustavo Raad, que me facilitó el mes pasado los originales de su nuevo libro dedicado al humor, cada vez que lo encuentro le reclamo la pronta publicación. De seguro sus amigos le sacaremos provecho a su lectura en la búsqueda de refugios agradables.

Más allá de los sinsabores que la difícil situación de violencia y desastres ofrece constantemente, el viernes pasado el regocijo desbordó complacencias.

Isabel López, el corregimiento de Sabanalarga donde nací y pasé la infancia y parte de la pubertad, festejó los veinte años de la creación del Colegio de Bachillerato, la Biblioteca Pública y la Escuela Ana Bolívar de Consuegra.

Dos buses llegaron desde temprano repletos con directivos, profesores y estudiantes de la Universidad

Simón Bolívar. El padre Jorge Luis Rodríguez ofició la Santa Misa. Y después, cientos de jóvenes estudiantes y sus conjuntos musicales recibieron a los visitantes.

Fue una fiesta inolvidable. Allí estaban el señor Rector Diomedes Barros, la señorita Secretaria General Ana Cristina Barros, los profesores y padres de familia.

Isabel López es una pequeña población que se da el lujo de haber construido un espléndido edificio de cinco pisos para educar gratuitamente a los jóvenes de la región. Y con orgullo proclama que no cuenta con analfabetos, y, por el contrario, teniendo en cuenta el número de sus moradores, es tal vez el sitio poblado de Colombia con más bachilleres y profesionales. Repito, el supuesto es en razón de los habitantes, digamos por caso, por cada mil de ellos.

Tanta muestra de amistad y gratitud por parte de mis paisanos me hizo recordar las palabras que me envía el consagrado catedrático doctor Isidro Parra Peña, ex Presidente de la Academia Colombiana de Economistas, quien después de recibir la edición ciento once de *Desarrollo Indoamericano*, me dice: "Una verdadera amistad es la que permanece fiel compartiendo el tiempo bueno y malo, y siempre está

en disposición y ánimo para remontar el vuelo".

De Isabel López seguimos a Cartagena. Esa noche eran los grados de los profesionales juristas en IAFIC y la Universidad Simón Bolívar, bajo la dirección de los doctores Katy y Fernando Tinoco.

Después a disfrutar la belleza de la ciudad orgullo de Colombia. Con doña Anita, los doctores Leonello Marthe y señora, el doctor Porfirio Bayuelo, su señora y los nietos mellizos, recorrimos las calles de la ciudad antigua, con la mirada fija en los balcones.

Y el comentario fue unánime: Aquí está Cartagena obsequiando su historia para que pasemos buenos momentos.

El encanto del invierno

Casi siempre se habla de las brisas de diciembre, del cielo azul y de la ausencia de las lluvias. Pero también el invierno ofrece sus encantos.

Al día siguiente de las lluvias el radiante sol y las nubes despejadas permiten contemplar un paisaje muy particular de Barranquilla.

Lamentablemente este obsequio solo puede disfrutarse desde los pisos altos de los edificios, porque la ciudad, a diferencia de otras, carece de un mirador, donde puedan acudir los que residen en casas.

Ayer miércoles cayó un torrencial aguacero. Y esa mañana de jueves dieciocho de octubre alivio mis dolencias mirando el mar azul recibiendo al impetuoso Magdalena.

Las Bocas de Ceniza pueden apreciarse con todas sus pertenencias: Los canales que estrechan la desembocadura para propiciar la entrada de los barcos, y algunos de ellos en maniobras de entradas y salidas.

Pero, debo decir, lástima que eso sea así. Porque si las cosas hubieran seguido como antes, otro fuese el goce personal y el destino de la urbe.

Siempre se ha dicho que Barranquilla vive a espaldas de su río y de su mar. Sus dirigentes del pasado se empeñaron en convertir el río en puerto Terminal. Y abandonaron el muelle de Puerto Colombia, y acabaron con la bahía natural. La impetuosidad del Magdalena canalizado, puso fin al islote que calmaba al Caribe a favor de la bahía. Entonces, en todos los tiempos las aguas eran azules y sus playas atractivas.

Yo recuerdo la niñez y primera juventud. Para esos años los turistas colombianos y extranjeros ansiosos del frescor de las aguas marinas, llegaban a Puerto Colombia. Ahí permanecen todavía, como reliquias de un ayer añorado, los hoteles que albergaban a los visitantes. Cartagena y Santa Marta permanecían quietas en su pasado glorioso, sin abrir sus puertas a la actividad turística.

Las lluvias de ayer miércoles las disfrutamos un grupo de amigos y educadores. Y podíamos apreciar la alegría de los árboles. Algunas señoritas, a quienes festejábamos sus cumpleaños, daban a conocer su temor, dizque porque el agua lluvia resfriaba. Doña Anita les dijo: Así pensaba mi madre cuando nació Anita. El médico que me atendió fue el consagrado escritor doctor Manuel Zapata Olivella. Él acababa de llegar de la Unión Soviética con conocimientos revolucionarios para el momento: parto sin dolor, levantarse de la cama el mismo día, etc., cuando lo acostumbrado era permanecer en cama seis semanas.

Bueno, al ordenar Zapata Olivella la salida, la santa de mi suegra, doña Lucila, se opuso y reclamó esperar hasta el cese de la lluvia. Entonces recibió la respuesta: Aquí pasará el resto del año, porque es muy raro que en Bogotá escampe.

En mi pueblo, Isabel López, la lluvia era la bendición divina. Cuando esta escaseaba, las velas para alumbrar a los santos se agotaban en las tiendas. Y a la Santa Cruz de Mayo se le organizaban procesiones para que las nubes caprichosas dejaran caer el agua que alimentaba las rozas.

Y en los niños la felicidad era completa. Desde las

primeras gotas todos salíamos a las calles a juguetear y a chapotear en los arroyuelos. Después, cuando escampaba, las madres nos recibían titiritando y nos forraban con trapos y toallas.

En fin, el invierno era el período de la vida. Porque en esa estación se sembraba el maíz, el millo, la yuca, los frutos, y todo lo que servía para alimentarse en verano. Como también, crecían las yerbas y el pasto en general del ganado; y se recogían las arrobas de algodón, con cuya venta se compraba la ropita y los calzados que se estrenaban el ocho de diciembre, en la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Acontecimientos memorables

Esta semana pasada derroché alegría con doña Anita, hijos, nietos y amigos. En el Hotel El Prado Alfredo de la Espriella obsequió a una concurrencia complacida, todo el fruto de una vida consagrada a la valoración de la cultura festiva de la Costa.

Con la gracia de su estilo impecable leyó sus mejores páginas sobre el carnaval barranquillero, a medida que desfilaban las reinas de los últimos años.

Comparsas y bailarines esparcían el sabor de la sabrosura, y las soberanas, con trajes deslumbrantes y repletos del arte de la buena y graciosa costura, seguían los ritmos de los porros y cumbias de los días de sus dominios.

En verdad, Alfredo de la Espriella es un ejemplo de consagración y servicio a la máxima expresión del

jolgorio y la grata existencia de nuestra gente caribeña: El Carnaval.

También compartimos con los trabajadores sociales el festejo de su fecha significativa. Con profesionales, profesores y estudiantes de esa disciplina social, escuchamos las palabras de la doctora Ligia Camacho de Sanjuán.

El discurso de la doctora Camacho de Sanjuán, Decana de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Simón Bolívar, fue una pieza literaria para recordar siempre. Habló la ilustre educadora del papel que le corresponde al trabajador social en la sociedad, muy particularmente en momentos de dificultades como los padecidos por Colombia en varias décadas.

Al corresponderme el uso de la palabra aproveché la oportunidad para recordar anécdotas de hace treinta años, cuando se fundó nuestra Casa de Estudios Superiores y la Facultad de Trabajo Social.

Éramos un grupo de veteranos de la enseñanza con el sano propósito de continuar procurando el acceso de la juventud a los claustros universitarios. Yo acababa de salir de la Rectoría de la Universidad del

Atlántico, pero ya antes había estado vinculado a la Universidad de Cartagena, a la Universidad del Cauca, a la Universidad Nacional y a otras universidades de la capital de la República. Además, formé parte del Consejo Nacional de Política Económica y Planeación.

Sin embargo, la agencia de arriendo no me aceptaba como fiador porque no tenía ninguna propiedad. El arriendo de la casa escogida, como futura sede de la Universidad Simón Bolívar, era de cinco mil pesos mensuales.

Fue entonces cuando sucedió algo inesperado: Al tener conocimiento el propietario del inmueble de lo que estaba pasando me hizo saber que podía ocupar su casa sin necesidad de firmar contratos.

Y aquella generosa persona, que mantendremos presente en la memoria agradecida de la Universidad, era de nacionalidad italiana, don Luis de Vivo.

Son las cosas de la vida, que suelen suceder, como dice la canción: Mientras los paisanos barranquilleros, propietarios de la agencia de arriendos, poca importancia le atribuían a las inquietudes de educadores

soñadores, un ciudadano de origen extranjero los respaldaba con generosidad y confianza.

Naturalmente, en esos primeros años de iniciación de la Universidad Simón Bolívar, ninguno de sus directivos y algunos de sus profesores, no devengaban salarios. Teníamos que ganarnos el pan en otras labores, entre ellas, dictando clases en colegios comerciales y de bachillerato.

La gran Meira

Desde muy temprano, como es nuestra costumbre, estaba con doña Anita en el homenaje que se le rendiría a la gran Meira Delmar, la primera poetisa de Colombia.

Esperábamos escucharla leyendo sus poemas, como tantas veces lo hemos hecho. Porque la belleza de sus versos degusta más cuando ella los endulza con la cadencia de su voz.

Pero, como para compensar deseos, sus palabras de gratitud semejaron un ramillete de improvisación florida.

Mi admiración por Meira es muy lejana. Desde los días de estudiante de bachillerato en el Colegio de San José, entonces en las amplias instalaciones de la Calle de las Flores, enfrente de la Biblioteca Departamental que ahora lleva su nombre, los amigos que me acompañaban en inquietudes literarias, seguíamos sus

pasos. Y devorábamos sus libros para recitarlos en los programas radiales, tertulias y fiestas en general. Y algunos, entre ellos Manuel Figueroa, se los transcribía a mi comadre Alicia en sus cartas. Naturalmente, el fruto recogido fue la conquista de su corazón, pese a la vigilancia de don José Ángel Bolaño, el celoso padre, también progenitor del Secretario General de la Universidad Simón Bolívar, doctor Rafael Bolaño Movilla.

Tengo en mis manos una joya: La primera edición de *Alba de Olvido*, impreso por la Editorial Mejoras en 1942. Y hoy jueves, ocho de noviembre estoy aquí, en la misma Editorial Mejoras, vale decir, sesenta años después, festejando la entrega de la edición número ciento doce de la Revista *Desarrollo Indoamericano*.

He patrocinado fotocopias de ese primer libro de Meira Delmar y se las obsequio a los amigos. Obra de juventud, casi de adolescencia, tiene, no obstante, como los frutos maduros, el redondo perfume de la plenitud, comentó Ignacio Reyes Posada.

El compadre Figueroa se emociona, y susurra: "Una suave alegría sin palabras me llena hoy el alma que nunca fue más dulce y serena... Iremos sin destino, sencillamente iremos, sin palabras ni sueños, sin afán

ni inquietud... y que se detenga el tiempo, ahora está el amor, con un repique de fiesta, cantando en mi corazón...". Son versos que recuerda de ese libro.

Y la comadre Alicia no se queda atrás: En su memoria conserva aquellos versos de Meira transcritos en una carta de su Manuel: "Está mi corazón tan obstinado/ en quererte, latido por latido,/ que el tiempo me parece un detenido/ presente sin futuro ni pasado./ Porque lejos de cuanto nos separa/ crece al viento la altiva llama pura/."

*****

Otro acontecimiento espiritual que recordamos con gratitud, fue la fiesta de los Angelitos, preparada por Bienestar Universitario Bolivariano, la Facultad de Psicología y Pastoral Social, en un hermoso empeño de volver a la autenticidad del ayer.

Más de mil niños y padres cantaron el "Ángeles somos y del cielo venimos, pidiendo angelitos para nosotros mismos". Nada de limosnas como erradamente se dice ahora. Lo que solicitan, con la ternura infantil, son angelitos, verdadero nombre de los obsequios recibidos.

Y también se cantaron las estrofas graciosas: "Esta casa es de rosas, donde viven las hermosas", cuando el angelito se recibía. O, "esta casa es de espinas donde viven las mezquinas", en las pocas residencias que cerraban sus puertas. Aunque, en verdad, eso era muy raro, pues los vecinos gozaban con la presencia de los grupos infantiles.

Recuerdo que los angelitos se amarraban en pitas, y eran pedazos de caña dulce, guineos, panela, pirulíes, en fin, lo que entonces se cosechaba y apetecían los niños.

En la calle del re-encuentro

Dirigirse a un público de tantas cualidades afectivas, en un sitio tan representativo como este bello escenario de la calle del Comercio, donde por primera vez estuvo alojado El Libertador, en la entonces casa del coronel Santiago Duncan, resulta para mí un tanto difícil, por lo emotivo.

Sobre todo después de escuchar nuestro querido Himno de Barranquilla, quizás uno de los más expresivos del territorio nacional.

¿En qué o, en quién estaría pensando la memorable Amira de la Rosa, para producir esas bellas metáforas que nos describen una ciudad pujante y de gente cálida y emprendedora?

"Cuchilladas del río sobre el mar."

Cuchilladas que muy a pesar del olvido de nuestro Magdalena siguen iguales. ¡Pero no las vemos! Sencillamente porque no tenemos acceso a ese caudaloso manantial de agua, bondad de la naturaleza que le dio la razón de ser a esta urbe.

Y que hoy recibe el espaldarazo de todos nosotros. Espaldarazo que estamos gestando a este epicentro arquitectónico que hoy nos convoca, pero que recompensamos por lo menos con nuestra presencia.

Por algún lado, en estos días leía algo significativo: "los buenos recuerdos son los peores porque son la semilla donde germina la nostalgia".

Sé que cada uno de ustedes, sobre todo quienes tuvieron este escenario como espacio de sus actividades, no pueden desprenderse del asombro que tanta desidia y desgreño ha producido en este conjunto de inmuebles que representaron el más significativo aporte de la arquitectura republicana para el país.

Hace relativamente pocos años antes de esta horrible pesadilla que otros prefieren llamar violencia, los padres de entonces que tenían automóviles, acostumbraban a llevar a sus hijos para proteger de "los amigos de lo ajeno" el sencillo radio donde escuchaban la

música vernácula y el noticiero de don Marcos Pérez Caicedo.

Pues bien, eso ya no se puede. ¡Porque se llevan el carro y el niño!

En ese sentido, aún en contra de los sacrificios que representaba la embarbascada, que decía mi abuelo, que implicaba montarse en el clásico Studebaker de mi padre donde podrían sentirse hasta 40º de temperatura a la sombra; esa etapa para mí fue fructífera.

Cuántas veces en compañía de mi hermano estuvimos largas horas frente al café Roma, la plaza de San Nicolás o la Librería Nacional, de donde veíamos salir pausadamente a don Rafael Oñoro Urueta, el melómano; a don Chelo de Castro, el periodista; don Benjamín Sarta, el cívico, y a tantos otros que al reconocer el vehículo, le dejaban recados a mi padre.

Pero mejor eran las esporádicas paradas en la Heladería Americana, donde recuerdo regalaban el agua fría a los transeúntes. O las empanadas calientes en el segundo piso del Tía, y los cocos fríos de aquel generoso personaje, quien sigue allí mitigando la sed de los afanados transeúntes.

Y valga aclarar, que quizás de lo que les hablo es el último recodo de una época de esplendor que yo no viví. Porque para ese entonces ya los edificios habían perdido sus inmensos portales donde podía caminar el peatón placenteramente protegido del inclemente sol y la lluvia. Pero además, para disfrutar de una buena conversación.

Pues bien, están todavía hoy aquí muchos de estos protagonistas vivitos y coleando, con la esperanza que con este re-encuentro en este histórico espacio urbano, se abran las posibilidades de recuperación de este epicentro cultural, que aún así desgreñado y roto pertenece a la historia. Pero también, está implícito al derecho que cada uno de los barranquilleros tiene que tener físicamente viva la memoria de sus recuerdos.

Quiero agradecer en nombre del Ministerio de la Cultura, su valiosa presencia. Es quizás más importante que tantas otras cosas, de las que nos hemos propuesto.

Uno de estos arquitectos altruistas del pasado, preocupado por el futuro de la humanidad decía: "Arquitectura es música detenida en el espacio y en el tiempo". Esperamos que para el caso nuestro, esta música esté influida por los versos sublimes de Meira Delmar, y el canto alegre de Estercita Forero.

Libros

La arquitectura de Barranquilla

Hace apenas un mes, en el muy festejado diciembre del fin del siglo, el arquitecto y acuarelista Ignacio Salomón Consuegra Bolívar, entregó a los barranquilleros la historia de la Estación Montoya, en primorosa edición de la Editorial Mejoras, de la familia Salcedo.

El análisis recordatorio del edificio de las nostalgias, como bien lo llama el autor, ha sido bien recibido por la opinión pública en momentos en que se han reconstruido las edificaciones de la Aduana, del ayer esplendoroso de La Arenosa.

Y, para iniciar la nueva centuria, la mundialmente famosa Editorial Grijalbo, anuncia la salida de *Barranquilla, Umbral de la Arquitectura en Colombia*, también del dinámico Ignacio.

En la Universidad Simón Bolívar, en el campo de la arquitectura, se dan dos hechos regocijadores. Gustavo Raad Mulford, el constructor de sus instalaciones pedagógicas, es poeta y cuentista, con varios libros publicados. Y ahora Ignacio, el diseñador, complementa la creación pictórica con la disciplina de la investigación y el análisis histórico.

Ya yo he leído el estudio de Ignacio. En las primeras páginas, el recuento de los tiempos iniciales de la urbe me vuelven a entusiasmar. Barranquilla es hija del caudaloso Magdalena. Esa corriente impetuosa que conserva los bríos que asustaron a los conquistadores. Precisamente, esta mañana del viernes cuando escribo la presente nota, leo en *El Heraldo* la noticia de un barco panameño que encalló y se hundió en Bocas de Ceniza, tal vez en el mismo lugar donde Rodrigo de Bastidas, Vasco Núñez de Balboa y Juan de la Cosa intentaron penetrarlo en sus carabelas. Y por eso su nombre, al encomendarse a Santa María Magdalena para que los protegiera del naufragio.

Años después de los muchos infructuosos intentos Jerónimo de Melo penetra, no sin antes amenazar de muerte a su piloto, acobardado ante el peligro de las barras. Y llegan a Malambo, poblado con indígenas y cacique.

Acá encuentran los españoles una vivienda distinta a las suyas. El sistema comunal se manifestaba en los grandes bohíos habitados por decenas de familias. Según el arquitecto Consuegra Bolívar, esas moradas respondían a localizaciones que aprovechaban condiciones favorables de ventilación, ecología y ambiente. Distintas a las primeras de los invasores, que se ajustaban más bien a las conveniencias en la explotación minera o de otros recursos.

La construcción de las cabañas en el mundo indígena era el fruto de los convites. Recuerdo que en mi niñez, en Isabel López, la costumbre era la misma. La casa de los recién desposados se levantaba y empalmaba en los convites domingueros, a los cuales asistían los hombres a aportar su trabajo gratuito, y las mujeres a preparar guarapo y cocinar sancochos.

¿Y cuándo se funda Barranquilla? Sobre este tema hay versiones distintas. Sin embargo prevalece la de autores, como la de Domingo Malabet, que ofrece el encanto de la acogida generosa del agua que mitiga la sed, y de los pastos tiernos que alimentan vacunos.

La información bibliográfica del autor Consuegra Bolívar es abundante. Todas las suposiciones están recogidas en su libro. Pero la que abarca sus simpatías

es la muy conocida del arribo de galaperos en los meses de sequías prolongadas.

Además de los caños y de la fecundidad de la tierra, el lugar cercano al río ofrecía atractivos para viajeros y comerciantes. Y se fueron quedando y construyendo sus viviendas y locales al estilo español e indígena, con techos de palmas.

En este libro de Ignacio se describen los cambios en las distintas épocas: Colonia, Independencia y Moderna. El inicio fue sencillo y casi espontáneo. El intelectual Néstor Madrid Malo hablaba de él: "Simple atracadero de canoas con fines de intercambio comercial, una barranca, que en su caso fue solo una barranquilla (barranca pequeña), como entonces se denominaba a tales puntos ribereños, que a poco se transformaría en primitivo asentamiento sin ningún sentido urbano. Es decir, un sencillo conglomerado, un caserío, integrado por cultivadores y pastores en ajenas tierras, quienes actuando ya con una firme vocación comunitaria, resuelven en cierto momento, a principios del siglo XVII, adquirir los terrenos donde se levantaría en el futuro la actual ciudad".

En 1777, recuerda Consuegra Bolívar, se lleva a cabo el primer censo del "sitio y feligresía de San

Nicolás de Barranquilla". Entonces se contaron "cuatro eclesiásticos, 2.586 almas, cinco naturales y 42 esclavos". De ellos, 24 eran navegantes; 24, zapateros; 15, carpinteros; 12, traficantes; 6, herreros; 5, sastres; 4, pescadores; 4, bogas; 3, mercaderes; 3, vaqueros; 2, albañiles; 2, labradores; 1, armero; 1, pintor; 1, plomero y un talabartero".

Barranquilla y su gente

Decíamos que Barranquilla debe sus inicios a los caños que mitigaban la sed de los habitantes de Galapa en los veranos prolongados. Y después al río Magdalena, cuando los mercaderes valoraron su estratégica localización en el despacho al interior del país de las mercancías importadas. Pero, ya organizada la aldea, el carácter de sus pobladores constituye un atractivo para los inmigrantes y vecinos.

En las crónicas de los primeros años, muchos son los testimonios que ponderan el espíritu amistoso y altruista de su gente, bien apreciado por el visitante.

Ignacio Consuegra Bolívar en su libro *Barranquilla, Umbral de la Arquitectura en Colombia,* recoge testimonios que sorprenden por el grato significado de sabor humano. Para los primeros hombres de negocios que acá llegaban, poco importó la dureza del clima, o los

aguijones de los mosquitos. Dichas molestias eran compensadas por la amabilidad y acogida de los barranquilleros.

De todos esos relatos de impresiones y detalles de significación espiritual, hay unos que alimentan la admiración y gratitud a nuestros antepasados. En una carta de C. Hoyer a su paisano Elías Pellet, le hace saber que en el mes de junio de 1851, cuando salió de los Estados Unidos rumbo a Curazao, no sabía de la existencia de Barranquilla.

"Yo me embarqué en Nueva York en el bergantín *Sara* con rumbo a Curazao, mi tierra natal, a visitar familiares para establecerme posteriormente en algún puerto de Venezuela, comenta. Le revelé estas intenciones a un compañero de viaje, el señor Jacob Pinedo, comerciante de Mompox, y él me aconsejó visitar primero a Barranquilla, en la Nueva Granada. Difícil sería describir la desfavorable impresión que tuve al entrar en la población, en donde no veía otra cosa que casuchas de paja de malísima apariencia. El hotel era una casa de una señora jamaiquina en la calle Comercio. Después me fui a caminar por calles arenosas. Al llegar a la Calle de las Vacas, en una casita humilde, la familia comía sentada alrededor de una mesita. Me detuve mirando con impertinente

curiosidad aquel cuadro. Entonces, para espanto mío, el jefe de la casa se levantó con aire de dignidad, y me invitó a seguir y participar de la comida. Acepté entrar y sentarme, pero rehusé comer, porque solo había bollos y pescado. El bollo era desconocido para mí. La gallardía y hospitalidad de esta sencilla gente dejó una impresión perdurable en mi espíritu que no ha cambiado en los cincuenta años que llevo de residente, y ya de barranquillero".

Otros testimonios cuentan: "En 1851 llegué a Barranquilla. Nunca podré olvidar la caballerosidad con que fui recibido por el administrador de la Aduana, señor José Collante. En el campo del comercio la situación era difícil por la limitación de las embarcaciones que llevaban las mercancías al interior. Pero aquí estaba la gente buena de esta tierra, entre quienes he vivido casi medio siglo. Y solo deseo que la fortuna me sea propicia para hacer siempre algo en favor de mi segunda patria".

Después comienza el período de gran esplendor con la construcción del muelle de Puerto Colombia y el tramo ferroviario.

Al describir a la Barranquilla de hace ciento cincuenta años, Ignacio recuerda complacido a mi bisa-

buelo, doctor Silvestre B. Higgins. Él llega el 15 de septiembre de 1854. Dos misiones justificaban su presencia. Como científico y homeópata, el gobierno de su país lo había encargado de estudiar la flora y los medicamentos utilizados en las mordeduras de las culebras. Y como ingeniero civil, para continuar construyendo los atracaderos de las embarcaciones en los puertos del Magdalena, comenzados por una comisión de especialistas a iniciativa del propio Libertador Simón Bolívar.

Y aquel investigador minucioso que recorrió el país, sus selvas y sus ríos, y dejó el legado de libros y realizaciones, también supo apreciar el atractivo de la gente barranquillera. Y aquí formó hogar y dejó a sus hijos, entre ellos el abuelo Enrique, antítesis de su padre: El uno, ponderado, señorial y concienzudo, como sus paisanos de entonces; el otro, desprevenido, mujeriego y gozador de la vida, al estilo costeño.

El Carnaval y el pueblo

Como suaves brisas mitigantes en este acontecer oscuro de violencia e intolerancia he podido gozar en estos días el frescor de la lectura placentera y el contagioso espectáculo del jolgorio popular.

Primero fueron los desfiles del sábado y el domingo de Carnaval, como siempre con el mensaje de la alegría y la cadencia revoltosa de comparsas y disfraces.

Después, y en complemento afortunado, el saboreo de tres libros sobre el acontecer carnestoléndico: *Carnaval en La Arenosa,* compilación de Laurian Puerta de ensayos de varios autores; *Danza El Torito: Ritual de Tradición y Magia,* de Martín Orozco Cantillo y Rafael Soto Mazzenet; y los originales de *El Carnaval, la segunda vida del pueblo,* de Edgar Rey Sinning.

En escritos sobre pasados carnavales he relievado el

ejemplar comportamiento de nuestro pueblo. Toda la capacidad expresiva de las familias, de los vecinos y de los protagonistas en general, se limita, con exclusividad, al disfrute pleno.

Pero esta vez los límites se sobrepasaron. Más carrozas repletas de reinas y princesas, centenares de bailarines y pregoneros, la presencia de representaciones artísticas de otras regiones y ciudades del país y, todo esto, bajo la batuta estimulante de una bella soberana, incansable derrochadora de contagiosa simpatía.

Me valgo del reciente recuerdo de las festividades auténticas y vernáculas, para referirme a uno de los estudios comentados, el del sociólogo y catedrático, doctor Edgar Rey Sinning.

El Carnaval, la segunda vida del pueblo, es un tratado repleto de erudita investigación de corte universal. Bien escrito, con redacción pulcra, le facilita al lector conocer el origen y las características en distintos países de la más espontánea y original de las fiestas populares.

El Carnaval es distinto a otro tipo de fiestas, diga-

mos por caso, las patronales o las patrióticas, observa el acucioso autor. Porque el Carnaval deja a un lado jerarquías y pone de presente la igualdad social. Como bien dijo un crítico, en el Carnaval el hombre vive una utopía de la universalidad, de la libertad, de la igualdad y de la abundancia.

Es tanto el grado de amnistía social, complementa el sociólogo Rey Sinning, que la misma alienación desaparece provisionalmente. Porque el Carnaval, como fiesta, es el triunfo transitorio del pueblo frente a sus dominadores.

En la fiesta del Carnaval, en las calles descubiertas y libres de discriminaciones, "la cultura popular arropa con un solo manto a toda la sociedad". Impone la democracia añorada por los soñadores, y facilita el retorno a organizaciones sociales comunitarias del pasado, de convivencias en un solo techo.

Por esa realidad del embrujo carnavalero, puede explicarse, digamos en Barranquilla, la conducta de los que no pueden tolerar, ni siquiera en la fanfarria de dos días, el desparpajo colectivo que expresa retozos de igualdad social. Los aristócratas, burgueses y

nuevos ricos, se escapan presurosos, sin atreverse a saborear el dulce regalo de los dioses precedidos por el guapachoso Momo.

El Carnaval es para vivirlo y gozarlo, ya sea en la participación directa o en la contemplación. Aunque Rey Sinning piensa que incluso al observar también se vive el Carnaval: "De ahí que se afirme que en el Carnaval no hay espectadores, ni actores, porque esa fiesta no admite espacio ni tiempo en la vida de los humanos, sin el tiempo y el espacio más importante, donde puede reflejar su segunda vida, la de la transgresión de lo prohibido".

Sin embargo, es necesario considerar otra faceta del Carnaval, a la cual el autor le concede máxima importancia: la que se relaciona con el arte. "Que está allí, en el derroche jubiloso de la danza y el folclor, en los coloridos de las vestimentas, en las canciones de estreno, en las sátiras y decires de los pregoneros y decimeros, en fin, en todo ese conjunto de virtudes, disposiciones y habilidades del pueblo en la cima de su creación intelectual".

Edgar Rey Sinning, en su libro anunciado que distribuirá en la América Latina y en España la prestigiosa casa Editora Plaza & Janés, ruega al dios Momo y

demás divinidades del mundo de la sana diversión, que nunca acabe el Carnaval. Y doña Anita, al leer esos párrafos, comenta: De dónde saca este escritor y amigo tales temores, si en los desfiles que acabamos de ver y gozar estaban, con alborozo y sin cansancio, las abuelas, los padres y hasta los niños que apenas comienzan a caminar.

Estos últimos precisamente, constituyen la reserva danzante del mañana.

Historias de Valledupar

Valledupar es tierra prodigiosa. Su historia es un rosario afortunado de acontecimientos y frutos ejemplares. En todos sus aspectos es digna de admiración. En la defensa de su territorio, su cultura y su libertad luchó hasta el sacrificio ante la bárbara invasión de los conquistadores europeos. En la gesta independentista supo responder. Y sus hijos han aportado y siguen aportando conocimientos científicos y consagración en la misión educadora. Y su folclor se pasea por el mundo con el mensaje artístico de la sabrosura.

Entre las figuras destacadas de Valledúpar, al lado de otros grandes, digamos por caso, el filólogo Rafael Carrillo, el político Pedro Castro Monsalvo y el compositor Rafael Escalona, José Francisco Socarrás, ofrece una existencia plena en realizaciones. Académico, educador, escritor, parlamentario, incursiona en todas esas actividades con acierto y entrega.

José Francisco Socarrás es pionero en el campo de la siquiatría. Como médico de profesión se especializa en la Universidad de París en siquiatría y regresa al país en disposición y ánimo para fundar la Sociedad Sicoanalítica de Colombia.

Al morir, el doctor Socarrás dejó algunos estudios que no alcanzó a publicar. Entre ellos una apasionante historia de su región natal, que entregará a los lectores nacionales, por feliz iniciativa de su sobrino el sociólogo Álvaro Castro Socarrás, la editorial Plaza & Janés.

Como acucioso investigador, el autor inicia su estupendo relato transcribiendo el legado de los cronistas españoles y de las relaciones de mando de la época de la Colonia.

Según esas fuentes, la Ciudad de los Santos Reyes del Valle de Upar fue "fundada" el 6 de enero de 1550 por Hernando de Santana. Y le dieron ese nombre porque ese día se pobló en un valle donde antes habitó el Cacique Upar.

Los conquistadores exterminaron a los indígenas con toda clase de procedimientos. El sanguinario alemán Ambrosio Alfinger después de recibir el oro del rescate del Cacique Upar lo asesina. El relato del

historiador Pedro Castro Trespalacios es escalofriante: Al transmontar la cordillera, Alfinger alcanzó a ver una llanura con una población indígena en el centro. Era el Valle del Eupare, a orillas del majestuoso Guatapori. El Cacique ordenó a su pueblo entenderse en paz con los invasores. Pero estos respondieron con las ventajas de sus armas de fuego. Los atacaron despiadadamente y tomaron prisionero al cacique Upare, o Señor del Agua Pura. Por su libertad los indios entregaron oro y plata. Pero Alfinger, después de recibir los tesoros, lo hizo condenar a muerte. Y en la noche fue ahorcado y su pueblo acuchillado.

En el genocidio indígena, al lado de las balas alemanas y españolas, las enfermedades traídas de Europa (viruela, sarampión, etc.) cumplieron la misión exterminadora.

Pero los heroicos indígenas nunca se rindieron. En 1576, recuerda José Francisco Socarrás, las tribus circundantes de los Tupes, Guanáos, Chimilas, Itotos y Cariachilas, tomaron posesión por una noche de la ciudad de Valledupar, habitada entonces por españoles y esclavos indios y negros.

Posteriormente, en el crecimiento de Valledupar, se da un caso curioso. A la ciudad llegan familias

adineradas de Santa Marta y Riohacha, huyéndole a los constantes saqueos de los piratas. Bandoleros del mar, como los franceses Roberto Boal, Martín Cotes, Guillermo Gonzón, Juan Cuchillo y los ingleses Francisco Drake, Pedro Cuerno, y muchos otros, frecuentaban las costas sembrando el terror. Semejante situación soportada por Santa Marta y Riohacha, obligaron a las personas afectadas por los corsarios a residir en la plácida ciudad de los Santos Reyes, retirada de las aguas del Caribe.

José Francisco Socarrás se regodea cuando evoca el viejo Valle de retazos coloniales... Adelanta el inventario de sus construcciones, calles e iglesias. Para saborear la belleza de los templos va a Mompós con el objeto de hacer comparaciones. Y también se enorgullece del papel jugado por las dos ciudades en la gesta libertadora. Precisamente, en las iglesias de Valledupar, reposaban los restos de los próceres María Concepción Loperena de Fernández de Castro, José Valerio de la Caxisgas, Rafael Araújo, J. M. Pumarejo, Nicolás Baute, Pedro Fernández de Castro, Rafael Díaz Granados, José Vicente Maestre, Israel de Quiroz, José Vicente Ustáriz y Antonio Fernández de Castro.

Lamentablemente, se queja el autor, las tumbas y lápidas, y tantas otras expresiones de la historia

colonial y republicana, no escaparon a la piqueta modernizadora.

En la descripción de las costumbres el maestro Socarrás es minucioso. Con gracia y sencillez valora el existir pasado. Y a los personajes destacados les menciona sus virtudes. En el análisis del origen de la música vallenata, el recuerdo es abundante.

El doctor Socarrás en este prodigioso libro, extiende el estudio histórico a toda la región de la Costa Caribe colombiana, especialmente en el acontecer político del siglo XIX. Y, como para cerrar con broche de oro, recoge en el capítulo final, lo que él llama, las baladas románticas de la notable herencia judía española.

Bueno, ahora a esperar los *Apuntes sobre la Historia de Valledupar*, para festejar el bautizo en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, con música vallenata, de acordeón, caja y guacharaca.

Las Historias y Leyendas de Pueblo

He vuelto a la niñez. Aunque esto para mí no es nada raro, lo interesante es que ahora lo hice de día. Porque, en verdad, de noche, ya en la placidez del lecho, el retorno es inevitable. Siempre, cuando cierro los ojos en procura del sueño, el recuerdo me traslada a la infancia, a compartir vivencias lejanas y a disfrutar travesuras.

Se dice que con el paso de los años los sucesos recientes suelen borrarse de la memoria con mucha rapidez, mientras la añoración de la lejana infancia permanece en el pedestal del ensueño. A mí me sucede así. Y es tanta la expresión del fenómeno, que doy motivo para la duda en los regaños de doña Anita. A veces me reprende: "No retienes los sucesos recientes

y relatas los mínimos detalles del ayer lejano cuando yo todavía no había nacido".

Y lo interesante del asunto es que disfruto de la ocurrencia. Porque en la grata sencillez de entonces el encanto sigue cerca.

Es cierto que si la Varita de la Virtud, por la virtud que ella tiene y la que Dios le ha dado, atendiera mis súplicas, como pensábamos en el ayer, y me retornara a las calles polvorientas y los arroyos crecidos, ya no me agradaría llevar, como aliada inseparable, la honda que siempre mantenía amarrada a los dedos pulgar e índice en disposición y ánimo para disparar la piedra china a todo lo que se moviera entre los árboles. Hoy, arrepentido de tantas pedradas a conejos, tierrelitas, canarios y babillas, amo a los pajaritos y en la ventana de la casa les mantengo millo y verduras.

Pero cumplo el razonar de escritores y poetas que siempre han ponderado la niñez y su mundo. Y ahora, hasta con el resplandor de este brillante sol de mayo que se inicia, encuentro motivo para desandar lo andado. Recibo los originales del libro *Las Historias y Leyendas de Pueblo*, del escritor Jorge Emilio Sierra

Montoya, Director del diario bogotano *La República*, y me dejo llevar, en su lectura, al paisaje remoto.

Sierra Montoya se une al gran Otto Morales Benítez, actual candidato al premio literario Príncipe de Asturias, para conformar el prestigioso dúo del occidente colombiano, que canta a su región para valorar las virtudes de un pueblo y la hermosura que la naturaleza le prodiga.

Estas historias son todas poesías, aunque solo unas páginas están escritas en versos: ternura en el decir, azúcar del recuerdo. Pero, sobre todo, limpieza en el estilo, bajo el rigor de la pureza idiomática.

Sierra Montoya cuenta el pasado, pero aclara versiones del acontecer. Y dice la verdad, como corresponde a la historia. Deja a un lado la leyenda disfrazada con tintes de ternura y despeja el camino al relato real y mundano.

Es la historia de una región de Colombia y de una familia. Pero, también, la de nuestros pueblos latinoamericanos. Porque aquí está el relato de costumbres ancestrales, de pasiones, de complejos racistas, de prejuicios sociales, de ambiciones dinerarias y de

devoción por el oro, que se busca en el *dorado*, a la manera de los conquistadores españoles.

Aunque bien debe aclararse, la colonización *paisa* que se adelanta en el Viejo Caldas, empuña en las manos machetes, pero no para descabezar indígenas, sino guaduales y espesuras en procura de espacios para los cafetales. Y para convertir esta región montañosa, de fecundas tierras y aguas abundantes, en la productora del mejor café del mundo.

El autor se deleita en los detalles pintorescos de los suyos de entonces. Entre ellos la exagerada religiosidad que en veces fue causa de separaciones matrimoniales. Heredada, aunque no con la misma exigencia, por descendientes y paisanos. (Y abro un paréntesis, como suele decirse en la conversación familiar, para incluir al ilustre escritor, que en estos días pasados de Semana Santa, en vez de ir a San Andrés, como tanto ejecutivo, a gozar la tibieza de las aguas del mar multicolor, pero también a soportar el ruido y la polución de miles de motocicletas, regresó a su propia comarca a seguir el paso silencioso en las procesiones del Santo Sepulcro).

El poeta se confiesa, y hace saber que en su Marsella, la ciudadela de la niñez, en todas partes, en cada una de sus estrechas calles y en la puerta de la escuela, vuelan

los recuerdos, al igual que las cometas que elevaba por encima de los guaduales. Porque allá sigue viendo, en el espejismo de la nostalgia, al profesor Tomás Issa, empeñado en las lecciones de decencia.

Sin embargo, confiesa también, Marsella no era ni es solamente el Jardín Botánico, ni la Escuela Normal, sino, por encima de todo, su gente. Los abuelos que cultivaron el espíritu de los colonizadores antioqueños, ancianos que madrugan para ir a la misa de las cinco, sin temor al atraco, con sonrisa de inocente de aldeano.

Hay valores, repite entusiasmado el hijo agradecido de Marsella, que solo se descubren en la lejanía. Y ellos son las raíces y los lugares donde jugamos en la infancia: la puerta de la escuela y las calles y potreros donde soltábamos la pita a las cometas para que alcanzaran el cielo.

Más Sobre *Historias de Pueblo*

Continúo la lectura de *Historias y Leyendas de Pueblo* y el gozo se acrecienta. Un buen recuerdo compensa sinsabores del presente. Es el alojamiento adecuado para olvidar, por momentos, el perturbador acontecer.

Las memorias del periodista Sierra Montoya instruyen y deleitan. Porque al autor lo respalda la autoridad de la vivencia. Las buenas historias, se ha dicho, son aquellas contadas por sus protagonistas, o por los que heredaron el conocimiento de los hechos. Ya exclamaba Cicerón: "La historia es el testigo de los tiempos, la antorcha de la verdad, la vida de la memoria".

Y qué misión más noble que rescatar del olvido los acontecimientos, sean estos buenos o malos. Porque en el primer caso se valora el hecho para que sirva de ejemplo; y en el segundo, como muestra de errores rechazables.

Sea la cuestión del triste relato de los dos amigos aprisionados por los efectos del licor. Su lectura obliga a recordar al personaje que lo pusieron a escoger entre muchos descarríos y conductas reprochables (violencia, dejadez, contravenciones, abusos, homicidios, etc.) y aceptó la bebida sin control. Después, borracho, cayó en las redes de todas las demás.

Así le sucedió a Luis Jiménez y Antonio Duque, los amigos y colegas en un oficio que les otorgaba categoría social en su pueblo. La borrachera de varios días los condujo al homicidio, que sembró discordias y dejó la huella del rencor en sus familias, con diversas reacciones y aconteceres que parecen extraídos de las páginas de una novela.

Las brujas deambulaban en las noches oscuras de todos los pueblos de Colombia antes de la iluminación de las calles con los bombillos de la energía eléctrica. Pero, en la región caldense sirvieron de instrumento amedrentador en los tiempos de la violencia política, y de escudo en el actuar de los personeros del dogmatismo y los odios partidistas.

En cuanto a los entierros, las creencias eran semejantes a las de otras regiones colombianas. Siempre los campesinos ambiciosos esperando al difunto que los

guiara al escondite del tesoro. En Marsella se tumbaban casas y se perforaban calles en respuesta a la leyenda. Y no se titubeaba al afirmar que el aparecido había señalado con el dedo anular de la mano derecha el sitio del escondite añorado.

En mis remembranzas recojo las ocurrencias de mi padre y de su amigo Miguel Agustín Barraza, en Isabel López, el pueblo con nombre y apellido de mujer, donde nací. Al tío Silvio, el borrachito liberal que ya había dejado en el estanco la herencia de don Nico, el rico del pueblo, muerto años atrás, le contó Camargo, el fiel sirviente de su padre, que su alma rondaba por las noches queriendo anunciar el sitio donde enterró una totuma con monedas de oro.

Para Camargo la vida tenía objeto con un tabaco en la boca. Y el tío Silvio comenzó a suministrárselo para que en la próxima luna llena evocara el alma del patrón fenecido a las doce de la noche bajo el palo de guamacho. Como pasaron semanas el tío Silvio llamó al orden a Camargo. Entonces el muy pícaro le juró que don Nico deseaba hablar directamente con su hijo preferido en la puerta del Corral de la Loma de los Indios, el potrero de las tierras fértiles. De esas cosas supieron mi padre y Miguel Agustín, y allí estaban escondidos, arropados en sábanas blancas, esperando

al tío detrás del grueso tronco de la ceiba que le daba sombra al corral.

La noche de la luna llena mi tío le dijo a su mujer que iba a Molinero, el pueblo vecino, a visitar a su hermano. Lo que sí no pudo explicar fue su regreso repentino, en la madrugada, sin burro y con la cara blanca como la pared de la iglesia. En la media noche, cuando el tío estaba invocando a don Nico, y hasta le ofrecía varias misas a cambio de la información anhelada, Miguel Agustín, con voz del otro mundo, le hizo saber que era su padre, y que venía a llevárselo para que dejara de tomar ron blanco. Dicho esto, los dos bromistas dejaron ver sus cuerpos cubiertos con las sábanas. La carrera del tío Silvio terminó, una hora después, en la puerta de su casa, con semblante de terror y delirio.

Bueno, todas las historias de Marsella y sus alrededores obligan al retorno de un ayer distinto. Ahora, a esperar que doña Lucía Hernández, la catedrática, editora y mística, émula de la doctora Elvirita Barceló en las virtudes del laboreo incansable y las prácticas devotas, entregue a los aficionados a las lecturas agradables, las *Historias* de Jorge Emilio Sierra Montoya.

Valores colombianos del caribe

Luis Felipe Palencia Caratt sigue la huella de su colega y amigo el escritor Abel José Ávila Guzmán. Con entrega ejemplar se han dedicado ellos a dejar constancia de reconocimiento y admiración por las personalidades de la Costa Caribe colombiana que han legado a la humanidad el fruto de sus esfuerzos intelectuales.

Ya el maestro Abel Ávila lleva escritos y publicados tres tomos de *El Pensamiento Costeño, Diccionario de Escritores,* con el análisis crítico de los más sobresalientes autores de los ocho departamentos. En el primero incluyó doscientos dos con la síntesis crítica de ochocientos treinta y nueve libros de contenidos científicos y literarios; en el segundo ciento ochenta y tres, y trescientos cinco libros; en el tercero, doscientos dieciséis y trescientos ochenta libros.

En total, en sus tres primeros volúmenes, la portentosa capacidad de trabajo del ilustre hijo del corregimiento de Lata (Bolívar), ahora residenciado en Barranquilla, ha incluido seiscientos escritores y comentado en prodigiosos resúmenes mil quinientos veinticuatro libros.

En la encomiable labor el doctor Ávila Guzmán cuenta con la solidaria colaboración de su familia, la cual tiene a su cargo la dirección de la Editorial Antillas, en nuestros días una de las más activas casas editoriales de la región y del país, al lado de Editorial Mejoras.

Bueno, ahora el consagrado educador de juventudes, laureado por su afortunado trabajo en el campo de la enseñanza, y autor de los libros *Ironía de las Palabras*, impreso en Bogotá por Tercer Mundo, y *Periodismo Idiomático*, editado en los talleres litográficos de la Universidad Autónoma del Caribe, bajo el patrocinio de su ilustre Rector, doctor Mario Ceballos Araújo, inicia el examen crítico intelectual de sus coterráneos costeños.

También son varios los volúmenes que prepara el profesor Palencia Caratt. Ya la Universidad Simón Bolívar le ha ofrecido su respaldo con la adquisición de algunos centenares de ejemplares que serán enviados

a las bibliotecas de las universidades de Colombia y América Latina. Es esta una costumbre que los autores aprecian y reconocen, pues asegura la presencia y permanencia de la obra en los sitios adecuados, para bien de profesores y estudiantes que leen y consultan.

Son treinta y dos los ensayos sobre figuras de proyección nacional e internacional en sus diversas especialidades los estudiados por el doctor Palencia Caratt en su nuevo libro *Valores Colombianos de la Costa Caribe*.

Allí están los del ayer, los que se fueron gloriosamente y dejaron su cosecha fecunda. Y los del presente, que saben responder al compromiso sagrado, en momentos en que la región ofrece el ejemplo de una labor creadora desbordante que bien puede apreciarse todos los días en las salas de cultura que albergan a entusiastas contertulios que acuden a festejar la presentación de libros y revistas, y a las inauguraciones de exposiciones de pinturas y esculturas.

Esta misión de los escritores Ávila y Palencia es tanto más estupenda y notable cuanto se adelanta en Barranquilla. Lamentablemente nuestra ciudad tiene fama de falta de memoria y de ligera e inconstante en la valoración y el aprecio.

Ya decía el gran Gabriel García Márquez al responderle a un amigo que le preguntaba por qué no vivía en Barranquilla, si él siempre la recuerda con afecto: Es que en La Arenosa no hay prestigio que dure un mes. El primer día de seguro me reciben con vivas y hasta me llevan en hombros del aeropuerto hasta la casa, pero a la semana, cuando camine por las calles a lo mejor me comentan: Estás nalgón Gabo, los guandules engordan.

De acá se cuenta la anécdota, que le gusta repetir al profesor Palencia Caratt cuando se tratan estos temas, del grupo de amigos que se sentaban en las tardes en el Café Roma a despotricar de los presentes y transeúntes. Una vez uno de ellos tenía que ausentarse a cumplir compromisos de familia. Y al fin se atrevió a levantarse. Y ante el temor de los comentarios acostumbrados, exclamó: Ahí les dejo mi honra. Espero que la respeten. Y la respuesta fue unánime e inmediata: ¿Cuál honra? ¡Qué optimismo! Manda concha este Juancho...

Que los escritores e investigadores Ávila Guzmán y Palencia Caratt sigan adelante para bien de la Costa Caribe, la región más golpeada por el centralismo absurdo y discriminador que impera en Colombia.

La cosecha de los libros

Sigue fecunda la cosecha de los libros. Este año se ha iniciado con entusiasmo editorial. En la Universidad y en la calle los amigos me detienen para hablarme de sus próximas publicaciones. Y otros aprovechan el momento y resumen inquietudes y proyectos. También comentan los temas que son motivo de investigaciones y de sus compromisos redactores.

Desde bien temprano esta mañana de hoy miércoles, el arquitecto, poeta y cuentista, Gustavo Raad Mulford, llega a mi refugio donde acaricio las teclas de la modesta "Sankey" portátil que me acompaña hace muchos años, con las manos repletas de originales y pruebas.

En la Editorial Mejoras laboran en varios libros de Gustavo. Nuevos ensayos, cuentos y poesías. Y ahora, para complementar la variedad creadora, prepara un

volumen de tomadura de pelo, como él califica los chispazos y definiciones *sui géneris* que se le ocurren mientras diseña planos o vigila el levante de paredes en las instalaciones de la Simón Bolívar.

Y lo interesante y agradable es apreciar la calidad y el buen gusto que se derrocha en la sagrada labor editora. Los escritores, además del provechoso contenido, prodigan la grata oportunidad de la pulcritud. Ahora podemos adquirir libros, verdaderas joyas del arte tipográfico, y endulzar la lectura con el colorido de las ilustraciones, o la simple finura de las páginas.

Hace pocos días la ciudad recibió con beneplácito el libro de Ignacio Consuegra Bolívar, *Barranquilla, Umbral de la Arquitectura en Colombia*, espléndidamente elaborado en la sede de Bogotá por la editorial ítalo-española Grijalbo Mondadori, que dirige el veterano en esos menesteres, doctor Jorge Ignacio Pérez.

Ahora Heriberto Fiorillo, el intelectual de tiempo completo que distribuye sus quehaceres en el mundo de las letras y la cinematografía, obsequia al exigente lector *Atlántico, aventura segura*, apasionante biografía de una región, su gente, su paisaje y su cultura.

Ángela María Muñoz, como directora del Comité Mixto de Promoción del Atlántico, con toda razón

expresó en su acertada presentación, que una de las virtudes del libro de Fiorillo es que las ilustraciones y los textos despiertan en los lectores el mismo asombro que sienten los niños al despertar en el universo de los juguetes.

Muy pocas veces encontramos la feliz oportunidad de recrear la vista con la belleza del detalle que recogieron las cámaras de Fiorillo y sus colaboradores.

Siempre a mis familiares y amigos les critico la premura que derrochan sin necesidad. Conducen sus vehículos como si estuviesen en afanes emulativos con los taxistas o choferes de buses. Muy pocos sacan provecho del paseo por calles y carreteras para mirar jardines, la noche azul con la luna acompañada de Marte, ni mucho menos compartir desde lejos la sonrisa de un abuelo que mece en sus piernas la ternura del nieto.

A ellos les digo que viven en la ciudad pero no la conocen. Y mucho menos saben del verano que facilita el florecimiento de los matarratones y los robles.

Con doña Anita todas las semanas recorremos los distintos sitios de Barranquilla y el Atlántico. Y lo mismo hacemos en cada ciudad visitada. Esta semana

pasada, por ejemplo, en todos los barrios del sur, a velocidades de treinta, disfrutamos de la alegría de las familias y la limpieza de las calles.

Todo lo que puede simbolizar el patrimonio arquitectónico y el alma de los habitantes del Atlántico, está aquí, en el libro de Fiorillo. La vendedora de bollo, la sonriente negrita de las cocadas y alegrías, el centro abandonado y nostálgico que espera nueva vida, las patillas rojas, los burros con sus cargas de leña, los museos, en fin, todo el conjunto de características de esta zona caribeña, puede disfrutarse en la hamaca que acaricie la fresca brisa.

Víctor González Rubio y Ricardo Sierra Quintero, de manera muy original, han escrito sobre Alejo Durán, el juglar vallenato, con ilustraciones como en los cuentos de Tarzán. Y la novedosa experiencia ha sido muy bien recibida. Es un homenaje oportuno al autor y cantante que sigue deleitándonos y alegrando fiestas.

Y el incansable Alberto Hinestroza Llanos, el samario de miles de desvelos creadores, ahora está presente en un estudio sobre Antonio Cacua Prada, el reconocido escritor y periodista bolivariano. Es un examen juicioso y acertado de la vida y obra de uno de los más fecundos historiadores de Colombia.

Cambian los tiempos

Ya este marzo no es como el de antes, comenta doña Anita. Y tiene razón. Siempre las brisas refrescaban hasta su final, y el cielo permanecía azul. Apenas al iniciarse abril, las nubes mostraban su blancura para presagiar lluvias. Entonces comenzaban los rezos y mandas de los campesinos.

La ausencia de los vientos y del brillante Sol mañanero se ha visto compensado por los robles florecidos. Ha sido un esplendoroso espectáculo. Como nunca, el color violeta los adorna en plenitud. Hasta las aceras de las calles se cubren con la alfombra natural de las flores caídas.

Tal vez a veces me muestro fastidioso por obligar a los que me acompañan en los carros a mirar jardines y robles. Estos tiempos de pleno dominio de la prisa

no permite esas deleitosas nimiedades. Sobre todo en Barranquilla, la urbe del tráfico alocado.

Bueno, por lo menos en estos días los robles me ayudan a superar achaques de salud, y las molestias que no faltan en el existir.

El doctor Rafael Bolaño, fastidiado por hechos desagradables padecidos, comenta que va a seguir mi ejemplo, en la búsqueda del olvido al desagradecimiento. Y recuerda a Ramón y Cajal cuando escribía: "Hay tres clases de ingratos: los que se callan el favor, los que lo cobran y los que lo vengan".

¿Y quién que ha servido ha podido librarse de esa compensación? En el caso nuestro las posibilidades son dobles: por cristianos y bolivarianos. Porque en Cristo y en Bolívar la ingratitud rebasó límites conocidos. Ya, desde los tiempos de Sócrates, el sabio filósofo aconsejaba: "El primer arte que deben aprender los que aspiran a dirigir es el de ser capaces de soportar el odio, la envidia y la ingratitud".

Cuando converso con el doctor Bolaño, se acerca el doctor Francisco Cuello Duarte y nos entrega las

fotocopias de los originales de su libro *La Biblia del Concejal,* próximo a editarse.

El doctor Cuello Duarte es de Aracataca y se graduó de abogado en la Universidad Simón Bolívar, institución donde ahora se desempeña como catedrático.

La materia tratada por el autor es muy completa en lo que se refiere al papel que le corresponde al órgano legislativo del Municipio colombiano. Se inicia con el desarrollo histórico y el régimen legal que lo cobija. Después sigue con el análisis de las calidades que deben respaldar a los concejales, el espíritu de los Acuerdos y la conducta que ha de primar en los reglamentos internos.

También la doctora Elvirita Barceló Bolívar, me hace llegar dos cartas acompañadas de dos libros.

El señor Cónsul de Venezuela en Riohacha, doctor Luis Hernández Lárez, escribe: "Todos los días, desde muy temprano recibo *El Heraldo,* cuya lectura comparto con amigos. Y los martes apreciamos sus comentarios sobre libros, publicaciones y el quehacer diario de las cosas más sencillas que pueden observarse en el existir. En La Guajira el Sol siempre luce radiante, y el oasis es la oficina donde trabajamos procurando acompañar a

la sociedad y a los cultores empeñados en conseguir espacios donde proyectar el producto de su talento. Y hoy, con agrado, le envío el libro *Momentos Difíciles*, del joven guajiro Pedro Peñaloza Álvarez".

En la introducción el autor resume el contenido de su relato. Es una historia de pesares de una familia wayúu. Una niña muere inesperadamente y doblega en la tristeza a su madre, quien al final sucumbe sin poder superar el pesar.

Y Nicanor Flórez Vergara, Gerente General de la Sociedad Portuaria Bocas de Ceniza, expresa en su misiva: "Soy un convencido del papel de la mujer en la evolución de la especie humana, no obstante la conspiración de fuerzas reaccionarias contra la gran obra de Dios. Los hombres libres y de buenas costumbres han derramado su sangre en la historia de la búsqueda de la libertad y la defensa de los derechos de la mujer.

"Los logros de la mujer sufren los efectos de una conspiración de sistemas económicos que disfrazan una libertad que en ciertos casos las utiliza como mercancía, atrapándola en la sociedad de consumo. Por eso pienso que su artículo pasado sobre la mujer

vale la pena ser difundido en las universidades, como ya lo he hecho entre los que me rodean. Le adjunto mi poemario *El Tallador Tallado,* un homenaje a la mujer".

El libro del profesor Flórez Vergara es digno de leerse en estas tardes de rosados soles. En una edición hermosamente ilustrada sobre un tierno azul, le canta a la amada. Son versos que además ensalzan a la gitana, a la libertad y a la luna llena. A la compañera le confiesa: "Cuando despierto y pasas a mi lado/ me arroba tu fragancia y enredado en tu bella/ cabellera siento que acaricias todo mi ser".

La Biblia del Concejal

Con suma complacencia he leído los originales del libro *La Biblia del Concejal*, del abogado y profesor doctor Francisco Cuello Duarte.

Como él mismo lo anota de subtítulo, su contenido es "Todo lo que debe saber un concejal para que no se lo lleve el diablo".

Y mucha razón lo asiste, porque en las páginas de su inventario recoge los preceptos legales que reglamentan al órgano legislativo municipal.

Es una compilación donde nada se escapa. Desde el marco constitucional, el régimen legal, los reglamentos internos, los modelos de proyectos de Acuerdos, hasta la reciente Ley 617.

La lectura de este valioso obsequio que el ilustre

catedrático entregará próximamente a los ediles del país, a los políticos en general y a los estudiantes de Derecho, me obliga a regresar a los inolvidables días comprometidos en la política. Por cierto que esa actividad la inicié desde la juventud. Hasta el punto de haber sido elegido diputado sin contar con la edad establecida por la ley, y por eso no pude ingresar a la anhelada Corporación departamental.

Y en el período de 1986-88, después de pasar por el Congreso de la República, formé parte del Concejo Municipal de Barranquilla, en compañía del doctor Salomón Calvano.

Doña Anita recuerda que entonces en los periódicos me llamaron el concejal solitario, porque no formaba parte de ninguno de los grupos. Y, además, acostumbrado al rigor de la cátedra, estaba en mi pupitre a la hora establecida, y allí permanecía a la espera de los colegas.

Las primeras páginas, que cumplen el papel de la presentación, las dedica el autor al desarrollo histórico. Y en ellas explica el origen de la Institución, en el Imperio Romano, integrada por ciudadanos que no recibían sueldos.

Los Concejos de América Latina fueron instituidos por los españoles. En Colombia, en la Colonia, los Cabildos gozaban de una autoridad máxima. En los años de la insurgencia independentista, las distintas constituciones de las regiones sublevadas (Cundinamarca, Tunja, Antioquia, Cartagena, Mariquita) dedicaron parte de su articulado a las funciones de los Concejos.

Ya en la República, desde la Constitución de 1821, de Cúcuta, se acogen los Concejos. Después, en 1886, se dispuso la existencia de un Concejo Municipal en cada Distrito. Y en la más reciente, en 1991, se normaliza el período de tres años, con un número de miembros de siete a veintiuno, según la cantidad de habitantes y de los recursos fiscales.

Bien puede aceptarse como admirable y provechosa la labor adelantada por el doctor Francisco Cuello Duarte. Egresado y profesor de la Universidad Simón Bolívar, en esta casa de estudios superiores siempre se valorará su esfuerzo. Él ha tenido el cuidado de enriquecer cada uno de los artículos con la jurisprudencia del Consejo de Estado y de sus propios comentarios.

Todas las normas legales que reglamentan a los

Concejos Municipales las encontrarán los interesados en el conocimiento de la materia en la *Biblia del Concejal*. Allí está la Ley 136 de 1994, que trata sobe la composición, período de sesiones, nombramiento de funcionarios, etc.

En cuanto a las facultades y prohibiciones a los concejales, todo el contenido de la Ley está enriquecido con la jurisprudencia. El artículo 42 se refiere a las calidades para poder ser elegido, entre ellas la de haber nacido en el territorio del municipio, o el tiempo necesario de residencia.

Y sobre las inhabilidades, son muchas: haber sido condenado por sentencia judicial, desempeñado cargo público, parentesco con quienes hayan ejercido autoridad civil, política, administrativa, etc.

En cuanto a los proyectos de Acuerdos, la Ley establece que pueden ser presentados para su consideración por los concejales, alcaldes, personeros, contralores y juntas administrativas. Y, como expresión del carácter democrático de los concejos, también el pueblo goza de esta prerrogativa.

Para facilitarles a los señores concejales el mejor conocimiento de los reglamentos internos de los

Concejos, la Ley ofrece un modelo. Son muchos los capítulos que tratan sobre las sesiones ordinarias y extraordinarias, la mesa directiva, las comisiones, los debates y la votación.

La Ley 617 del año pasado aparece en la compilación como un Suplemento que dicta normas sobre el gasto público nacional. En su articulado se establecen categorías en relación al número de habitantes e ingresos en los departamentos y municipios. Para los distritos y municipios son seis las categorías, además de una especial.

En fin, y para terminar, es necesario reconocer que todo lo tratado por la Constitución y las leyes de Colombia en asuntos propios de los Concejos está rigurosamente codificado por el doctor Francisco Cuello Duarte en su magnífica investigación.

Desafiando el Silencio

Óscar Flórez Támara siempre es poeta cuando tiene la pluma en la mano. Su capacidad creadora está comprometida con el verso de la dulce tonada. Aunque escriba en prosa, la poesía está presente.

Esto puede apreciarse en las páginas de su nuevo libro *Desafiando el Silencio*, que entrega a sus lectores y admiradores como feliz obsequio del año dos mil uno.

Y con cuánta gratitud lo recibimos. Ahora las horas vespertinas del descanso serán más gratas saboreando cada uno de los artículos que enriquecen el conjunto de poemas del bardo sucreño.

Es sencillamente bello el razonar de Luz Ángela, la niña mimada del poeta. Y tiene ella mucha razón. A mis amigos suelo criticarles su permanente disconformidad. Siempre se andan quejando de lo existente. En

los días de verano, de brisas agradables, de las noches frías; en los de invierno, el calor los atormenta.

A ellos les observo que hay que saber gozar lo que la naturaleza ofrece. Hoy, por ejemplo, desde bien temprano mi hijo José Eusebio, ahora Rector de la Universidad Simón Bolívar, llama por teléfono para que veamos la Sierra Nevada de Santa Marta. Las lluvias despejaron el horizonte, y allí, como si estuviese más cerca, todo el esplendor de la montaña, con sus picos nevados, puede apreciarse. La prisa que doblega, casi siempre sin objeto, impide detenerse a gozar la lejanía.

Muchas veces los que crían cometen el error de asustar a los niños. Para evitar sus travesuras les hablan de fantasmas y peligros inexistentes. Sea el caso de la lluvia, los truenos y los rayos. En vez de invitarlos a gozar el hermoso espectáculo, presagian peligros y alimentan temores.

De ahí el encanto de las reflexiones de Luz Ángela, porque los rayos y los truenos deben disfrutarse, como todo lo que brinda, en sus distintos cambios, la madre natura.

Analiza el poeta Flórez Támara la trascendencia

de la creatividad, el arte y la vida. Y levanta la voz para sopesar la importancia del compromiso creativo. Porque la creatividad es, en el hombre, el motor que impulsa la existencia y despeja el camino.

¿Y qué decir del amor? ¿Quién no se valió de las más bellas palabras para ponderar el divino sentimiento? Ya Lacordaire opinaba que el amor es el principio de todo, la razón de todo, el fin de todo. Y Víctor Hugo, en el embeleso, se valía del amor para olvidar. Óscar Wilde pensaba que solo el amor puede ayudar a vivir.

Para nuestro poeta, el muy bolivariano Óscar, el amor es resorte de la vida. Y no comparte los criterios de filósofos del ayer que pretendieron limitar el amor con el razonamiento. Recuerda que el corazón tiene razones que la razón no entiende. O, como alegaba Walter Scott, el amor y la razón son dos viajeros que nunca moran juntos en el mismo albergue: cuando el uno llega, parte el otro.

Ahí está la enseñanza de Cervantes en su *Don Quijote de la Mancha,* argumenta Flórez Támara. En la inmortal obra los personajes centrales los impulsa la virtud y el ideal de servir a la comunidad. Pero sus sacrificios siempre son ofrendados al amor lejano, la ponderada Dulcinea y la humilde Juana.

Bueno, dejo al lector libre de comentarios insinuantes, para que goce, como yo, de la lectura de *Desafiando el Silencio*.

Óscar Flórez Támara, en los actuales momentos, se desempeña en el cargo de Director del Fondo Mixto de la Cultura del Departamento de Sucre. Como escritor, a pesar de estar todavía en los predios de la juventud, son bastantes los libros publicados. Entre ellos, *Entre el Tiempo y la Sonrisa, En la Soledad de mis Ojos, En los Estambres de la Aurora, Canto para Todos, Flor de Cactus, ¿Quién?, Parábola de la Ironía, Juancho Polo: Una Metáfora, Retazos de Memoria,* y *En el Dolor y la Esperanza.*

Las fiestas de los libros

Lleno de regocijo comparto con escritores, intelectuales y académicos en las fiestas de presentación de libros.

Días atrás, en la sala cultural del moderno edificio de la Sociedad Hermanos de la Caridad, el doctor Leonello Marthe Zapata entregó a los concurrentes ejemplares de su libro *Los Poetas Cantores de la Muerte.*

Los afortunados oradores se refirieron a la dedicación del galeno y escritor en la tarea de compilación del legado de los poetas colombianos en el significado de la muerte.

Distinguidas damas leyeron poemas de Meira Delmar, Gustavo Raad Mulford, Juan Eugenio Cañavera, Luis Carlos López, Jorge Artel, León de Greiff,

Rafael Maya, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, etc., y fueron aclamadas con entusiastas aplausos.

Después sonó la cumbia, como se hacía en Isabel López el día de los muertos, para alejar a las ánimas benditas.

En la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, el lunes catorce del presente mes de mayo, todas sus instalaciones recibieron a centenares de personalidades que llegaron complacidos a participar de la presentación de libros publicados con el patrocinio de la Universidad.

Y allí estaban con ellos la intelectual Martha Lucía Eastman, Directora de la Casa de la Cultura de Pereira; Miriam de Wilches, de Cúcuta; Florentino Rico, Presidente de la Sociedad de Economistas de Cartagena. Además, los bibliotecarios y conferencistas que asistieron a la Primera Feria del Libro de la Gran Cuenca del Caribe.

Varios fueron los libros presentados, unos de poesía y relatos, y otros de ciencias sociales. De Sincelejo llegó el poeta Óscar Flórez Támara con su libro *Desafiando el Silencio*, aún calientico, porque apenas unas horas antes la imprenta Multigráficas se lo había entregado.

Flórez Támara es abogado egresado de la Universidad Simón Bolívar y se desempeña como Director del Fondo Mixto de la Cultura del Departamento de Sucre. Ha escrito doce libros y vive orgulloso de cumplir su compromiso intelectual con su región.

Del reconocido educador Aquiles Escalante, Decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Simón Bolívar, se entregó la segunda edición de *Los Mocaná*.

El famoso antropólogo desde muchos años atrás dedicó su capacidad investigadora al estudio de la cultura indígena que habitó nuestro departamento del Atlántico en los tiempos anteriores a la Conquista.

Gracias a la obra del doctor Escalante y de compañeros de inquietudes, como Carlos Angulo Valdés, Armando Dugand y Pedro María Revollo, podemos conocer la cultura y costumbres de nuestros antepasados.

Del señor ex ministro de Salud Pública, doctor César Esmeral Barros, la Editorial Grijalbo, con el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar, presentó la segunda edición de sus *Reflexiones sobre la Costa Caribe*.

El profesor Esmeral es un apasionado del rescate de las aguas medicinales de Usiacurí. En sus investigaciones ha podido comprobar que existen en el bello municipio fuentes que tienen las mismas propiedades de los famosos pozos que hicieron de la segunda patria chica de Julio Flórez el lugar donde llegaban los enfermos en busca de mejor salud.

El aporte del Chocó estuvo representado con *Análisis Financiero, Bases y Técnicas Esenciales*, del economista y contador público, doctor Bianor García Rojas.

Es un volumen en pasta dura de cuatrocientas treinta y dos páginas, con prólogo del doctor Florentino Rico, quien comenta que el texto combina los conceptos teóricos y prácticos de las finanzas.

También en la fiesta del libro se obsequió la edición ciento once de la revista *Desarrollo Indoamericano*, esta vez con el libro *El Pensamiento Literario del Libertador*, como suplemento, del veterano catedrático Miguel Altamar Altamar.

Como es sabido, *Desarrollo Indoamericano* fue galardonada en 1998 por la Asociación Internacional de Escritores, con sede en los Estados Unidos, como la primera en su género en el mundo. Ella ha sido

siempre el órgano de expresión del pensamiento económico auténtico de América Latina. El doctor Altamar Altamar comenta el legado del Libertador y lo califica como uno de los grandes de la literatura de América Latina.

Y doña Anita Bolívar de Consuegra, compiladora de tiempo completo del quehacer de su Casa de Estudios Superiores, hizo entrega del volumen dieciséis de la historia gráfica comentada de la Universidad Simón Bolívar.

Algunos de los asistentes a la fiesta cultural expresaron complacencia por encontrar en el trabajo de doña Anita sus discursos y escritos publicados en el presente año. Y, como complemento artístico, las danzas y grupos folclóricos bolivarianos, deleitaron a todos con la riqueza de la expresión musical vernácula.

El libro siempre vivirá

Muchos amigos se muestran sorprendidos por las predicciones de un columnista sobre el destino del libro que conocemos, de papel y tinta. Piensa él, que en el futuro la cibernética y la electrónica ofrecerán elementos distintos en el campo de la lectura.

En escritos pasados he tenido la grata oportunidad de referirme al significado del libro en la existencia de un escritor, estudioso e intelectual.

El libro asemeja a la amada. Sus páginas se acarician y se adornan con los subrayados de la frase que se quiere recordar. Y como seres queridos se resguardan cuidadosamente en los anaqueles de las bibliotecas.

Un libro es un fiel compañero, siempre en disposición de auxiliar y servir. El libro es el patrimonio sagrado de

la humanidad. Sobre todo, de su creación intelectual y de sus conquistas científicas.

Es interesante y gratificador resulta comprobar que cada nuevo día ofrece más libros. Esa semana pasada, por ejemplo, solo en Barranquilla las máquinas impresoras parecen no tener descanso. Ahí está, sea el caso, el legado abrumador de dos casas editoras amigas: Antillas, que dirige la familia Ávila Pérez, encabezada por el consagrado escritor y catedrático doctor Abel José Ávila Guzmán; y Mejoras, con su tradición casi centenaria, empresa también de familia, conducida por el doctor Rafael Salcedo y la doctora Lucía Hernández.

Pero la actividad es ejemplar en todo el país y en América Latina. Y, son tantos los obsequios, que apenas cuento con espacio para mencionar sus títulos y contenidos.

El educador Antonio Mora Vélez me envía desde Sincelejo varios libros publicados por la Corporación Universitaria del Caribe, —CECAR—, donde dirige la Revista Institucional y el Bienestar Universitario. Y lo hace directamente, sin la ayuda de secretarias. Esta labor la adelanta con orgullo.

Entre el paquete de libros está *El Fuego de los Dioses,*

hermoso poemario con versos míticos, cósmicos, antrópicos y apocalípticos. Son los cantos del maestro Antonio Mora Vélez, al tema de la cosmología.

En *El Costeñol,* el laureado José Elías Cury Zambrano, al decir de Orlando Fals Borda, ilustra relaciones entre la vivencia, el lenguaje y la forma como se ha ido desarrollando en el mundo costeño una semántica.

El jurista Enrique Carlos Angulo Hoyos escribió *Banda Ancha para la Educación y la Paz,* y es presentado por el Rector. Y el laureado escritor José Luis Hereyra Collante, en *Kilimanjaro, Corazón Helado,* obsequia sus recientes poemas. En el prólogo, que es un estudio muy completo de la obra del autor, Edgardo Santiago piensa que se trata de "un dolor telúrico de amor herido que busca culpables que no existen".

Y me parece oportuno, ahora cuando me deleito con la lectura poética, festejar la vivencia solidaria de los poetas de todos los pueblos. Hoy he recibido una invitación al XXI Congreso Mundial de Poetas que se reunirá en Australia en los primeros días del próximo mes de octubre, bajo los auspicios de la Academia de Artes y Cultura, presidida por Rosemary Wilkinson, con sede en los Estados Unidos. Al informar a mis amigos poetas sobre la buena nueva, dos de ellos,

Gustavo Raad Mulford y Óscar Flórez Támara, me han hecho saber que prepararán maletas.

Bueno, de México, Ramón Martínez Escamilla, el ilustre investigador científico de la UNAM, ahora director del Centro de Estudios para el Desarrollo Nacional, CEDEN, remite sus nuevos libros. Ellos son: *La Fuerza de Trabajo en el Capitalismo Mexicano*, de doscientas páginas; *México, Revolución y Reformismo*, con doscientas diez; *Racionalidad Económica, Sistema y Gobierno*, con doscientas sesenta y cuatro; y *Emiliano Zapata*, con trescientas cincuenta y ocho. Es sorprendente, como puede apreciarse, la capacidad creadora y la disciplina y compromiso del maestro Martínez Escamilla, con el pensar y las letras.

De Barranquilla la contribución es abundante: Ernesto Arias Butrón, Orlando Andrade Gallardo, Hermes Ospino Castro, Elizabeth Rodríguez Consuegra, Gustavo Esmeral Barros, Sergio Tulio Barraza Peña, Vera Judith Villa Guardiola, Alberto Enrique Sánchez Galvis, Tomás Rodríguez Rojas, Javier Hernández, Adriana Hernández, Víctor González Solano, Ricardo Sierra Quintero, Eduardo Pastrana Rodríguez, y muchos otros, con sus libros, que ya comentaremos en próximas entregas. Como también los llegados de Medellín, Popayán, Pasto y Bogotá.

Más y más libros

En el artículo pasado hablé de la prodigiosa actividad en el mundo de los libros, para refutar a los entusiasmados voceros de la electrónica de nuestros días, que imaginan un futuro cercano de su dominio en el campo de la lectura, a costa del papel impreso.

Y mencionaba los muchos libros recibidos en una semana en distintas áreas del saber, pero muy especialmente en la creación poética.

Y apenas acababa de escribir mi alegato cuando son otros los autores que complementan alegrías con la entrega de sus inspiraciones. Por cierto, casi todos ellos súbditos de la palabra embellecida.

Así, Elías Antonio Muvdi complace exigencias con dos volúmenes editados en España. Uno es *Canto de Iniciación*, y el otro, *Madrigales y Elegías*.

Para Elías Antonio la poesía es el ángel divino que consuela a los humanos. Se refugia en ella, como si llegara de un largo viaje de lluvias invernales. Y se aprieta en sus caderas y la acaricia en abrazo lujurioso.

En los *Madrigales* descubre que la piel de sus mañanas son de color amarillo primavera. El Sol le sonríe con la compañía cantarina de colibríes y ruiseñores. Y poco le importa la llegada del crepúsculo, porque en esos momentos las angustias le parecen más sencillas. Y sigue navegando por espacios donde la luz y el color le fabrican paraísos de ensueños.

Cuando el poeta Muvdi se involucra en los *Madrigales*, suplica al fantasma de los insomnios, sea quien fuese, que se haga presente y llegue a la orilla de sus ojos, de su palabra sedienta y de su piel solitaria.

Porque él nada tiene que dar, si apenas una triste ilusión, un ensueño de aquel amor primero, que nunca se olvida, y reencuentra con alegría.

Y al final, una inscripción:

"Aquí el tiempo se angosta,/ Aquí el espacio fenece./ Aquí los ojos se cierran./ Aquí toda historia termina".

Óscar Aguirre Gómez, desde Pereira, envía sus poemas recogidos en el libro, *Nocturno Sol Menor.*

Aguirre Gómez, además de bardo es cuentista consagrado. Ya son varios los concursos que ha ganado en la narración breve. Y son también varios los libros publicados que recogen sus relatos.

Para su crítico y colega Aurelio Tavera, *Nocturno Sol Menor* "es una proposición tentativa de la estructura que deberá tener la nueva poesía". Y Francisco Javier López Naranjo, el prologuista, alaba también la originalidad, que revela en sus versos un universo lírico, "rico en figuras literarias y sugerencias musicales esotéricas".

Pero oigamos al poeta: Desde su primer poema aconseja que debemos amar nuestro destino. Vale decir, lo que la vida generosa ofrece. Hay que seguir las huellas del sino aunque sea en la noche abismal. Porque todo es música, ya en el cielo o en el abismo.

La noche también tiene sus resplandores. Lo que hay es que perderse en ella para encontrar la luz que oculta. Y entonces se descubren liras y se sabe que es la dueña de los sueños. Y bajo "el ala mágica de la medianoche se sueña ante un nombre impronunciado".

Óscar Aguirre Gómez nos hace recordar la bella canción del ayer. En El Chubasco, exclama:

"Hoy he visto llover./ Hoy supe del agua y su transcurrir./ Las fuentes se abren y derraman la vida misma./ Del movimiento de plata sin brillo se nutre mi recuerdo./ Ópalo, seda y carne son un fulgor lejano".

Bueno, doña Anita me llama. Tenemos que salir para el teatro de Bellas Artes, a la presentación del libro de Rafael Oñate Rivero, sobre los *Vallenatos Inmortales,* y a la exposición de retratos al óleo de Hernán Iguarán. Es un homenaje que se rendirá a veintidós juglares del bello canto y del folclor, que ya se fueron. Y allí estaremos en compañía de los directivos de la Universidad Simón Bolívar saboreando cadencias.

La fiesta de las poetisas

También las poetisas se suman al jolgorio de los libros. Y han hecho su presencia en el Teatro Municipal Amira de la Rosa, obsequiando a la concurrencia poemas y canciones.

La escritora Adriana Ávila Pérez ha publicado una antología poética con el respaldo asesor de sus padres y hermanos.

Y ella explica el motivo: Es el deseo de cantarle a la vida, al amor y a los hombres. Y de ocupar una parte del tiempo para darle gracias a Dios, y de un momento, vestido de azul, donde se escuche el sentimiento de amor al padre, en un verso que simplemente diga, te quiero de verdad.

En el prefacio Adriana rinde homenaje al hombre, y lo admira como un soplo divino de majestuosidad. "Sencillo ser lleno de sentires donde desemboca el fin

del universo. Unánime complot de realidades, ilusiones y pasiones etéreas".

El libro de las poetisas tiene el título de *Filigranas de Mujer*. Y esa noche memorable, los intelectuales, catedráticos, escritores y poetas, escucharon y aplaudieron, con sonrisa placentera, la palabra azucarada de las autoras.

La ocañera Mary Alsina Quintero recuerda y añora a su padre. Y le hace saber que quisiera ser golondrina para volar hasta más allá de las nubes para contemplarlo radiante compartiendo alegrías con los ángeles. Y a sus hijos los añora en el ayer cuando alimentaron la razón de la existencia y abonaron sueños y anocheceres.

Ruby Elena Lozano Zárate le roba minutos al ajetreo jurídico para también invocar al padre, intrépido y gallardo. Y le confiesa que no deja de escuchar su voz parecida al cielo tifú, repleta de sabiduría.

El amor lejano le confiesa que está en su corazón. Y le pide que venga a su lado, porque sigue como antes, prendida a la magia de sus miradas y canciones.

Rosa Victoria Brown Ferguson es costarricense de nacimiento, sanandresana de corazón y barranquillera de vida entera. Sus versos son para su padre, su esposo

y su hijo. Le dice al progenitor que con su ejemplo la condujo a la literatura. Y le agradece el camino escogido y el mundo que le regaló. En el esposo deposita la confianza, y para él se considera una sirenita negra. Al hijo le reconoce haberla convertido en madre con un amor verdadero.

La samaria Magaly Durán Linero se deleita memorando aquella tarde cuando escribió su nombre bajo el cielo y el sol. Y le clama al amor de entonces que anhela volver a ser niña para reír e inspirar su poesía; o mar para brindarle olas con espumas blancas, caracoles, y miles de conchas rojas.

Maharguris Mercado González le confiesa a Fernando, su esposo, que solo cuando el último poema se escriba dejaría de amarlo. Y al viejo, su padre, cuando lo mira de frente, el orgullo parece galopar con los vientos de diciembre.

Natalia Delgado Chegurín se deleita cantándole a los amigos. Y le hace saber a su amigo del alma que cuando vuelva espera que se siente al borde de su lecho, y le toque los cabellos para suspirar en el embrujo del encanto. Entonces suplicaría un abrazo para sentirse segura, cómoda y repleta de placer.

Marcela Soto Solano le escribe cartas al abuelo y al

padre por la herencia legada en el campo del cultivo de la palabra azucarada. Le asegura al primero que el olvido jamás se anidará en su corazón. Y al papá lo describe como el hombre sencillo, hermoso y digno de la admiración perpetua. A los dos les confiesa que para qué deambular en busca de mitos de oro si están ellos siempre a su lado.

Marinelly Montalvo Camargo nace a la sombra del Caribe para cantarle al amor. Al padre le suplica que siempre permanezca a su lado, llevándola de la mano como a la niña que empieza a vivir. En cuanto al sentimiento sublime, piensa que el amor nace cuando un niño corre y juega libre como el viento veraniego. Aparta el sufrimiento y a cualquier amargura porque un nuevo amor acaba de anidar en su pecho. Y lo que importa es que ahora él está allí.

Bueno, y al final le toca el turno a Adriana, la afortunada compiladora, hija del consagrado escritor, doctor Abel José Ávila Guzmán. Ella está repleta de anhelos, y exclama que sus ojos imaginaron ver los colores rosados del pecho del futuro enamorado. Entonces su mar enloquecerá con los besos que habrán de regarse en la lejanía de los sueños. Y el hombre, a quien la niña aprendió a decirle papá, sabe todavía subirse a las montañas a recoger para ella las estrellas, y vive para verla sonreír.

El fecundo cultivo de las letras

Parece como si el cultivo de las letras hubiese reemplazado el de las plantas. Antes los campesinos sembraban la yuca, el plátano, el maíz y todo lo que alimentaba a los habitantes del Atlántico. Ahora se recorren las carreteras para llegar a Cartagena, vale decir, se pasa por buena parte del Departamento, y no se ve ni una mata de las rozas del ayer.

Las tierras pertenecen a propietarios que las mantienen en el llamado engorde, o en ganaderías que poco ocupan mano de obra.

Distinto al deterioro de la actividad productiva en el campo, el quehacer intelectual y, sobre todo, la publicación de libros y revistas, ofrece un acervo que alimenta regocijos y alegrías.

Todos los días los amigos generosos me prodigan

satisfacciones con el envío de sus frutos. A veces son paquetes con muchos de ellos. La Editorial Antillas, sea el caso, me permite saborear el contenido de creaciones literarias y estudios históricos y científicos.

De lo acabado de publicar está, por ejemplo, *Los Aspectos Sociales y Políticos de Cartagena de Indias en los siglos XVI y XX*, de Álvaro Angulo Bossa, mi viejo amigo y compañero de cátedra en la inolvidable Universidad de Cartagena. Juntos, y al lado de otros colegas, recorrimos las calles del Corralito de Piedra, en aquellas noches repletas de la belleza del pasado, libres de ruidosos automóviles.

En la presentación de este hermoso libro puede leerse: "El Corralito de Piedra es un mundo mágico en cada esquina. Es una caja inmensa de sorpresas donde los recuerdos se estancan para dar paso a este testimonio de Álvaro Angulo Bossa, el escritor fascinante de la pluma tradicional, llena de emociones, de verdades, de innumerables sucesos inesperados. Una pluma que divierte y a la vez enseña. Una pluma que apetece leer con las brisas que bañan el mar".

También Victorino Martelo Sarmiento recorre los caminos de la historia para indagar sobre el pasado de su pueblo natal. En *Calamar, Evolución Histórica*, rinde

homenaje al municipio de sus ancestros. Comienza indagando el origen de su nombre, y recuerda que esa rica región estuvo habitada por los Mocaná. En las últimas páginas recoge testimonios obtenidos en el Archivo General de la Nación, sobre censos de población de la Provincia de Cartagena en el año 1752, con datos sobre Calamar.

El repertorio de los poetas es sencillamente deslumbrante. Reynaldo Morán Yacamán, en su *íntimamente, repleto de ensueños*, le dice a la amada: "Tú venías, y detrás de ti venía también la mañana cargada de luz".

Lucas Paz, en *Un Charquito de Ilusión*, se desborda en el sentimiento divino. Y le pide a la compañera que recuerde cuando iban cogidos de las manos recitando poesías con versos llenos de besos y estrofas de caricias.

El paisaje de La Guajira inspira a Rafael Segundo Mercado Epiayú. En *Flamenco y Mar, Poemas del Alma*, piensa que las flores son la sonrisa de Dios.

Y Adriana Ávila Pérez, la consagrada poetisa de la familia editora, proporciona el deleite de *El Sueño de la Rosa* y *Unicornio*. En estos dos libros el númen cumple su misión creadora.

Paso a las revistas periódicas. Son muchas y de máxima calidad en la presentación y contenido. En la Universidad Simón Bolívar se editan diez, porque cada Facultad cuenta con su órgano de expresión. Esta semana recibo varias. Entre ellas *Justicia, Psicogente* y *Gestión Bolivariana.*

Justicia es la revista jurídica de la Facultad de Derecho, dirigida por su Decano, doctor Porfirio Andrés Bayuelo Schoonewolff. Cuenta con ciento ochenta páginas y en ella escriben ensayos y artículos, catedráticos y estudiantes.

Psicogente representa a la Facultad de Psicología, y en esta edición número siete dedica sus páginas al análisis de los asuntos de psicología y la sociedad.

Gestión Bolivariana sirve a las Facultades de Administración de Empresas y Contaduría Pública. Los temas de sus colaboradores tienen que ver con la importancia de la investigación.

Ricardo León de las Salas Mier ha puesto en circulación su Revista *Taller Luna y Sol,* con una compilación de poesías de la región, debidamente ilustradas por Óscar Ojeda Solano. Veintiséis poetas y poetisas, como

anuncia el Director, "pueblan las páginas de la revista con sus más recientes poemas de amor ardiente".

Y el Club Lagos de Caujaral, en un hecho ejemplar entre clubes sociales, de la mano del poeta, cuentista y arquitecto, doctor Gustavo Raad Mulford, nos trae la edición número tres de *Poesías y Cuentos*, donde los socios y sus hijos dan a conocer sus expresiones literarias. El Presidente del Club, doctor Raúl Renowitzky Comas, presenta con orgullo a los colaboradores.

La poesía de siempre

Juan Eugenio Cañavera, el poeta de siempre, entrega su nuevo libro, *Poemas a Duras Penas*.

Aquí está Cañavera con un legado de poemas que obligan al retorno y al gozo de la palabra iluminada. Porque, como bien definía Montalvo, la poesía es olorosa, y mana de una fuente viva; en sus ondas se embellecen los hijos de las Musas. Poesía es la perfección del alma, elevación del pensamiento, profundidad de sensaciones, delicadeza de palabras. Luz, fuego, música interior. Y esa es la poesía que saboreamos en *Poemas a Duras Penas*.

En este libro Juan Eugenio compila el fruto de su inspiración desde hace más de medio siglo. Y sus poemas de antaño obligan al grato recuerdo.

Eran los años juveniles cuando compartíamos en la

Lunchería Americana, de la esquina de la calle San Blas, con el callejón del Progreso, y después, en la Librería Nacional, de la calle Jesús con Veinte de Julio.

Allí estaba Cañavera con disposición y ánimo de complacer a sus compañeros de sueños e inquietudes: Javier Auqué Lara, Luis Felipe Palencia Caratt, Luis Carlos Pérez Lara, César A. Del Valle, Armando Bustamante, Aureliano Gómez Olaciregui, Armando Cañavera, Rafael Prins y V., Portos Campos Pineda, Enrique Molinares, Marceliano Polo Restrepo, Isaacs Pardo, Aniano Iglesias, José Ángel Bolaño, José María del Castillo, José de la C. Mendoza, César Roncallo Llinás, Joel Rivera.

Todos iban llegando después de cumplir deberes, ya como periodistas, profesores, estudiantes de bachillerato, o aprendices de políticos.

Desde mucho tiempo atrás los críticos literarios han reconocido la obra valiosa de Cañavera. Así, Gustavo Fabal, el consagrado historiador y escritor cubano, escribió en 1974: "Los libros de Juan Eugenio Cañavera son de una belleza lírica extraordinaria. Expresan un lirismo pleno de entusiasmo, y transmiten una emoción poética exaltada y rica en fervorosas expresiones. Sus poemas evidencian alta ilustración y posesión de una

vasta cultura. Confieso que pocas veces he visto tanta elegancia y señorío en el manejo del idioma".

En mi caso, leo varias veces, para sacarle más provecho, muchos de sus versos. En el poema *Esta Noche Propicia,* confiesa el poeta que la presencia de la amada ilumina de nuevo su nostalgia. Y cuando describe los recuerdos de la niñez frente a su río moreno, acepta que ellos persisten impetuosos como si estuviesen mordisqueando el anzuelo oxidado del olvido.

Y a su Curramba, la de Alfredo de la Espriella y Esthercita Forero, en todo la encuentra sabrochonga. Ya sea en los arroyos, que risueños viajan presurosos, o en las lluvias que alimentan los ciruelos y los mangos. Y también en las noches que patrocinan las fritangas en los candentes fogones, o en las brisas de diciembre, con sus alisios que levantan faldas para atraer las miradas de jóvenes y viejos. Por todo eso, confiesa convencido, al estilo de Miguel Moreno Alba, que quien no encuentre bajo el azul del cielo, una ciudad que colme la fiebre de su anhelo, que detenga sus pasos, y se quede en Curramba.

Al final al poeta lo domina la nostalgia. Mira al anciano y cree que distrae la soledad con su mirada perdida en la distancia. Entonces pregunta quién

vertirá una lágrima en su tumba. Duda si en verdad fue una realidad aquel amor, aunque en sus manos conserva el perfume de su cuerpo. Siente que la alegría de los tiempos de la infancia, ha cedido su puesto a la tristeza. Y apenas en su cielo alumbra ahora, en las noches sin nubes, una estrella lejana.

Bueno, hay que agradecer a Juan Eugenio Cañavera este regalo de los dioses. Mil gracias, amigo de siempre.

Economía

La Constitución de Venezuela

En todas partes hay expectativa por los alcances políticos y económicos del nuevo gobierno del presidente Hugo Chávez, y muy particularmente por la Constitución que al finalizar el milenio aprobó la Asamblea Nacional Constituyente.

En Colombia también, en 1991, una Asamblea Nacional Constituyente redactó una nueva Constitución.

He considerado de interés ofrecer a los lectores de *Desarrollo Indoamericano* los textos completos de las dos Cartas Magnas de las repúblicas bolivarianas.

El preámbulo de la reciente Constitución venezolana es una muestra elocuente del espíritu que animó a los constituyentes, y ofrece en síntesis atractiva la invitación a la lectura. Allí se hace saber que con "el

ejemplo histórico del Libertador Simón Bolívar y el heroísmo y sacrificio de los antepasados aborígenes y de los precursores y forjadores de una patria libre y soberana; con el fin supremo de refundar la República para establecer una sociedad democrática... en un Estado de justicia federal y descentralizado que consolide los valores de la libertad... asegure el derecho a la vida, al trabajo, a la educación, a la justicia social...".

Desde el artículo 1 queda establecido el nombre: República Bolivariana de Venezuela, cuyo patrimonio moral y sus valores de libertad, igualdad y justicia se fundamentan en la doctrina legada por Bolívar. Y en el 4, de ejemplar significado para nosotros, se consagra la descentralización, con el objeto de propiciar la integración del territorio nacional.

Con afirmación y claridad el artículo 13 hace saber que en el espacio geográfico venezolano no se podrán establecer bases militares extranjeras por parte de ninguna potencia o coalición de potencias.

En cuanto a los derechos de los ciudadanos, queda normalizado que el sistema público de salud es obligación del Estado, y toda persona goza de la facultad de hacer uso de dicho servicio. La educación

(Artículo 102) es un deber social, que el Estado asumirá de manera democrática, gratuita y obligatoria, como función indeclinable y de máximo interés.

En el campo económico las normas son novedosas. El artículo 113 prohíbe los monopolios y obliga al Estado a resguardar el medio ambiente, libre de contaminación. Y en el 153, se dice que "la República promoverá y favorecerá la integración latinoamericana, en aras de avanzar hacia la creación de una comunidad de naciones, defendiendo los intereses económicos, sociales, culturales, políticos y ambientales de la región".

Me es grato recordar que en los días de aprobación definitiva del articulado tuve la feliz oportunidad de asistir como espectador a las discusiones finales de la Asamblea Constituyente. Por solicitud de las Academias de Historia y Ciencias Económicas, y de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, el Gobierno Nacional me honró con la Orden Académica del Libertador. Entonces fui invitado por el Constituyente doctor Gastón Parra Luzardo a escucharlo en una de las sesiones donde se trataba el tema de la explotación petrolera.

Con afirmación patriótica el doctor Parra Luzardo,

prestigioso economista, escritor, educador universitario y colaborador especial de *Desarrollo Indoamericano,* defendió con sus compañeros de bancada tesis relacionadas con la propiedad, explotación y aprovechamiento de la riqueza del subsuelo, que quedaron recogidas en los artículos 302, 303, 304 y 305. En ellos se establece que el Estado se reserva la actividad petrolera y promoverá la manufactura nacional de materias primas provenientes de la explotación de los recursos naturales. "Por razones de soberanía económica, política y de estrategia nacional, el Estado conservará la totalidad de las acciones de Petróleo de Venezuela, S. A., o del ente creado para el manejo de la industria petrolera."

Al doctor Parra Luzardo le informé, en lo relacionado con el Banco Central, que las experiencias colombianas no habían sido satisfactorias en el manejo autónomo. Las responsabilidades de la banca central en la política monetaria y la emisión del dinero son máximas, y no pueden quedar en manos de juntas autónomas. El Banco Central debe tener el carácter de nacionalizado y su manejo y orientación ha de reposar en el Estado.

En el artículo 318, sin embargo, se instituye que "el Banco Central de Venezuela es persona jurídica de derecho público con autonomía para la formulación y el ejercicio de las políticas de su competencia".

Las Teorías de la Inflación

Con motivo de mi ingreso a la Academia Colombiana de Historia escribí un ensayo que titulé *El Origen Latinoamericano de las Teorías de la Inflación.*

En el escrutinio del pensamiento económico, la indagación histórica me ha permitido encontrar razones en el juicio a la dependencia intelectual. Por ejemplo, en el mundo de la enseñanza en nuestras universidades, la gratuita repetición de lo expuesto en los manuales extranjeros, es lo más acostumbrado.

Para el caso de la historia de la teoría económica, casi siempre la conjetura se circunscribe al aporte de los autores de los países desarrollados o dominantes.

Y, más desconcertante aún: Se suele divulgar, como procedente de esas regiones, deducciones teóricas que fueron esbozadas con anterioridad por los nuestros.

Así, en el campo del análisis de los fenómenos monetarios, los investigadores latinoamericanos han hecho saber que la teoría cuantitativa fue expuesta en este continente doscientos años antes de que lo hicieran los economistas europeos. Como, también, el juicio estructural de la escuela cepalina, y el enfoque oferta-precio, que me permití presentar en el libro *Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios,* forman parte de la aportación latinoamericana.

Lo desconcertante del sometimiento es comprobar que las teorías ahora en boga, supuestamente originarias de los centros de poder, fueron expuestas con claridad primigenia en América Latina.

Y, naturalmente, en la concepción cuantitativa de la moneda tenía que ser así. Porque la teoría no se inventa alegremente. Ella se deduce de una realidad y de la interpretación de hechos y fenómenos. Por ejemplo, Juan de Matienzo, fray Tomás de Mercado, fray Bartolomé de las Casas y los otros analistas, en sus observaciones en los sitios cercanos a las minas de oro y plata que jamás hasta entonces el mundo había conocido, pueden apreciar que los productos adquieren allí precios superiores a los de otras partes. Igual sucede en Sevilla, donde llegan los metales preciosos de las Indias con relación a otras ciudades de España.

De ese acontecer deducen la teoría cuantitativa de la moneda.

"Todo lo mejor y más estimado que hay en las otras partes antiguas, aún de Turquía, viene a ella (a Sevilla), para que por aquí se lleve a las nuevas (Las Indias) donde todo tiene un excesivo precio", escribía Mercado.

Mucho antes que Juan Bodin, el economista francés que se le tiene como padre del cuantitativismo, en Perú, Bolivia, Panamá, Colombia y México, se explicaban los precios en razón de la cantidad de dinero. Más aún, Bodin habla de metales preciosos, mientras los pioneros latinoamericanos se refieren al dinero, concepto más amplio y económico. "A do ay más dineros, decían el Presidente y los Oidores de Charcas en 1562, valen siempre las cosas más caras".

En los escritos de los cronistas, bueno es recordar, también abundan las referencias de sabor cuantitativo. El propio Las Casas, en sus repetidas denuncias a la Corte a favor de los indígenas señala, como si se tratara de un crítico social de nuestros días, los efectos de la inflación como azote de los desposeídos. En sus "Tratados" le dice al Rey que por causa de tanto oro que se apropian los españoles, "las cosas valen tres

doblados precios que valer solían, y por esa causa la gente pobre padece grandes miserias y necesidades". De igual manera Cieza de León, Pedro de la Gasta, y muchos otros, exponen conceptos sobre la materia.

El origen empírico de la Teoría Cuantitativa, afirma el profesor Oreste Popescu, es en última instancia, latinoamericano. "En el Perú, la historia de la teoría cuantitativa crece parejamente con la historia de la revolución de los precios ocasionada por las minas del Potosí".

Y, oportuno es aclarar, como bien lo hace Popescu, que si alguno de esos primeros precursores del siglo XVI nacieron en España, todos ellos pertenecen a la historia cultural de América Latina, porque acá se formaron y asimilaron la realidad. Por cierto que coincidían en las interpretaciones y explicaron con lucidez novedosa, además del fenómeno monetario, hipótesis sobre el justo precio, la teoría subjetiva del valor y la razón de los aumentos de los precios, o inflación.

El precio, sea el caso, lo definían como el valor vendible expresado en dinero. Lo mismo dijo un poco más de trescientos años después Alfred Marshall, al escribir que "el precio es el valor de cada cosa expresado en dinero".

Por eso tiene razón el profesor Popescu cuando, con el respaldo de su erudición sin límites, declara que si Marshall podía darse el lujo, desde el punto de vista europeo, de afirmar que en el campo de la Economía Política todo estaba ya en Adam Smith, nosotros podemos replicar, incluyendo al consagrado escocés y a su *La Riqueza de las Naciones*, que todo estaba ya en el razonar latinoamericano. Porque los analistas de la Escolástica Tardía, como los llamó Joseph Shumpeter, se adelantaron en años y siglos a los que más tarde fueron aceptados como originales exponentes de teorías que se enseñan en nuestras universidades.

La inflación y la realidad

Los hechos son tozudos. Este viejo decir de los abuelos es necesario recordarlo en el diagnóstico de la inflación. Porque pueden alegar lo que quieran las interpretaciones acomodaticias que responden a conveniencias determinadas, pero la realidad demuestra lo contrario.

Por ejemplo, en el marco de los enfoques monetaristas y cuantitativos, que explican la dinámica de los precios en razón de fenómenos de demanda u oferta de las mercancías y servicios sometidos al rigor de cantidades de dinero en circulación, la inflación se controlaría a través de manipulaciones en los campos de las emisiones primarias y secundarias, los redescuentos, las tasas de intereses, la congelación de gastos y salarios, etc.

Sin embargo, sean cuales fuesen las medidas suge-

ridas o adoptadas, la inflación está ahí, sostenida o en aumento permanente, exigiendo conductas correctivas distintas.

En discurso pronunciado en la Academia de Historia de Colombia, me permití tratar el tema de la inflación y sostuve la tesis de que todas las teorías sobre esta materia, han sido expuestas inicialmente en nuestra América Latina.

Una de ellas, la que he llamado Oferta Precio, la presenté en el libro *Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios*. En mi concepto la inflación depende exclusivamente del dominio de la oferta y de los precios por parte de productores y vendedores. Siempre la cantidad de dinero que está en circulación corresponde a la necesaria para la circulación, de acuerdo con el nivel general de los precios.

Las mercancías entran al mercado con su precio. En todas las etapas de la humanidad esto ha sucedido así. Porque la inflación es un fenómeno de precios y no de moneda. La moneda no es agente activo, sino pasivo. Responde su cantidad al volumen de los precios fijados, por productores y distribuidores.

Los precios jamás han sido la consecuencia del

actuar de manos invisibles, de ofertas o demandas, de gustos o presiones sicológicas. Los productores y oferentes en general, en todos los tiempos y circunstancias, han dominado y dominan. Más aún en la etapa actual de máxima concentración. Desde los tiempos de Aristóteles, como lo dice el filósofo en su *Política,* los monopolios imponen los precios de las mercancías. Siempre en alzas, porque cuando se presenta abundancia relativa, las cosechas se queman, los huevos se rompen o la leche se arrojó a los arroyos para evitar la baja. Y cuando se hace uso del *dumping,* el descenso de los precios lleva el propósito de desplazar competidores para después dominar mejor los mercados y los precios.

En nuestros días, con el papel alienante que juegan los medios de comunicación, especialmente la televisión, hay que aceptar que los economistas norteamericanos que han estudiado la realidad del mercado de su país, tienen razón cuando hacen burla del ponderado poder del consumidor. Porque la verdad es que el sujeto potencial de compra llega al puesto de venta con el gusto preparado por la propaganda y tiene que someterse al mandato de la moda impuesta por los productores. En las economías socialistas, el poder omnímodo del Estado y el dominio absoluto de

la oferta, descartó la participación preponderante del consumidor.

La inflación, se ha dicho, es el impuesto que pagan los de abajo. Con la inflación la distribución inequitativa del ingreso se acrecienta. Antes, la acumulación del capital encontraba su máxima fuente en la plusvalía. En los tiempos presentes la inflación es el medio que predomina.

El ritmo de las transacciones condiciona el ritmo de la circulación monetaria. Cada unidad monetaria simboliza el valor de una parte alícuota del precio total de la producción material mercantil. La inflación, pues, se expresa en los cambios ascendentes de los precios que, a su vez, obligan a mayores cantidades de medios de pago indispensables para la circulación. Como por conducto de la inflación la acumulación se acrecienta, resulta ella el instrumento más adecuado en la búsqueda de mayores utilidades.

Si la inflación es un fenómeno de precios, solo el control oficial de estos podrá controlarla. La política económica del capitalismo salvaje recomienda lo contrario. Es lo que sucede en Colombia para padecimiento del pueblo.

Los Libertadores y el neoliberalismo

Oportuno es recordar que en la interpretación de las causas del subdesarrollo ahora se ofrecen nuevos diagnósticos, por cierto, adecuados y de conveniencia para los centros dominadores.

Hasta hace pocos años se nos decía que el problema se originaba en la explosión demográfica. Los fenómenos estructurales de la dependencia económica, cultural y tecnológica, las formas de tenencia de la propiedad territorial y del capital, el efecto demostración y el consumismo, la desintegración continental, etc., nada tenían que ver con el asunto.

Ahora todo depende del saber, del conocimiento que debe adquirirse a través de las matrices y técnicas que facilita la computadora de información y los llamados Internet, naturalmente elaboradas por ellos.

Ante esta realidad avasallante, ¿qué puede esperarse del futuro?

Nuestros libertadores nos dejaron un pensamiento y unos lineamientos, tristemente colocados en el cofre del olvido. Pero ahí estarán ellos esperando aplicación y uso.

El "loco" genial Simón Rodríguez, profesor de Simón Bolívar, prevenía a sus paisanos: "Vean la Europa cómo inventa; y vean nuestra América, cómo imita. La América no debe imitar servilmente, sino ser original. ¡Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo!".

Y El Libertador, siguiendo esa línea de conducta, supo resumir en el Congreso de Angostura lo que bien podría calificarse como un compendio de valoración de lo propio y de postulado defensivo, cuando sostuvo que "las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, a sus ideales. ¡He aquí el Código que debíamos consultar, y no el de Washington!".

Más aún, en cuanto al comercio internacional, Bolívar fue diáfano en la exigencia de cuidados con

todo lo que provenga de las potencias dominadoras. Por eso le pedía a Bernardo Monteagudo actuar con suma prudencia porque "cuando se hace el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil". Al propio Santander le escribió oportunamente en momentos de convenios comerciales: "El tratado de amistad y comercio, entre la Inglaterra y Colombia, tiene la igualdad de un peso que tuviera una parte en oro y la otra en plomo. Vendidas estas dos cantidades veríamos si eran iguales. La diferencia que resultara, sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil. Este es el caso; y caso que no podemos evitar".

La obsesión de Bolívar por la integración de la América Latina encajaba en sus idearios económicos defensivos. Como también el afán por responsabilizar a los pueblos libertados de su destino. De ahí sus pronunciamientos en la instalación del gobierno de las Provincias Unidas, al decir: "Todo era extranjero en este suelo. Religión, leyes, costumbres, alimentos, vestidos eran de Europa y nada más debíamos hacer ni aún imitar. Un vasto campo se presenta ante nosotros que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses".

Si el padre de estas Patrias resucitara tendría que

repetir sus palabras, apenas incluyendo, al lado de lo europeo, que prevalece lo japonés y norteamericano.

Pero el consejo valedero y acertado sería el mismo.

Como lo es, también, el del gran Andrés Bello: "América (Latina) solo tiene un camino: su propio camino". Sentencia, por cierto válida y legítima para todos los pueblos del mundo dominados por normas y políticas divulgadas e impuestas por los dominadores.

La consigna, pues, existe. Ahora hay que responder con la actuación.

De regreso

Los ilustres directores de *El Heraldo* y *La República,* doctores Juan B. Fernández y Jorge Emilio Sierra, me han preguntado por qué no he vuelto a tratar los temas económicos en la columna semanal.

Entonces les contesto que lo que pudiera decir ya está escrito en los libros que he publicado en los muchos años del quehacer universitario.

Hoy domingo, 30 de septiembre, toda la primera página de *La República,* el diario de los empresarios y financistas, escribe: "Hay doscientos once millones de personas pobres. De ellas algo más de ochenta y nueve millones se encuentran bajo la línea de la indigencia. Hacia 1999, el cuarenta y tres ocho por ciento de las personas (treinta y cinco por ciento de los hogares) carecía de los recursos para satisfacer sus necesidades básicas y el diez y ocho punto cinco por ciento (trece punto nueve por ciento de los hogares) se encontraban en una situación de indigencia o pobreza extrema".

Precisamente, en estos días las casas editoras Grijalbo y Plaza & Janés han hecho nuevas ediciones de mis libros *Teoría de la Inflación, Prólogos, Diálogos y Críticas, Apuntes de Economía Política, Las Sorpresas del Tiempo, El Pensamiento Económico Venezolano* y *El Pensamiento Económico Colombiano,* y me ha correspondido leer contenidos.

Y compruebo, con satisfacción, que en el análisis de la ideología del neoliberalismo y la globalización, denuncio su incidencia negativa en el porvenir económico de los países subdesarrollados, y la consecuencia nefasta en las posibilidades de superación de los fenómenos propios de la dependencia.

Naturalmente, tenía o tiene que ser así. Porque pretender que el rico y el pobre cuentan con las mismas posibilidades de bienestar en una organización social libre de la intervención del Estado, es una engañosa estrategia para liberar al pudiente de responsabilidades.

Según estas teorías remozadas del liberalismo económico del ayer, que pregonaban el librecambio, todos los países, dominantes y dominados, gozan de las mismas ventajas en la globalización. Y ahí están los

resultados: Industrias nacionales y actividad agrícola doblegadas por la competencia extranjera, aumento masivo de la desocupación, entrega de los recursos naturales para la provechosa conveniencia de los dominadores, y cosecha de más pobreza.

En las recientes conferencias que dicté en Caracas y Barquisimeto me limité a repetir el pensamiento de Simón Bolívar y otros Libertadores.

Bolívar fue enfático al pregonar las tesis de la necesidad de una teoría económica basada en la realidad para la defensa de una estrategia a favor de nuestras conveniencias.

"Un vasto campo se presenta delante de nosotros, que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses. Nuestra Patria es América Latina", exclamaba Bolívar. Y Andrés Bello sentenció: "América Latina tiene un camino: su propio camino".

Y es ese el legado que exige el compromiso de los economistas e investigadores sociales en general: El de no tomar la muy fácil posición de repetir o acoger dócilmente los modelos que pregonan e imponen los países desarrollados, sino la de comprometerse con

el estudio y análisis de esta realidad dependiente y exponer tesis autóctonas.

*****

Problemas de salud me obligan a reducir el trabajo intelectual. Por lo anterior ofrezco excusas a los generosos amigos y lectores en la aparición regular de esta columna.

América Latina

Llegó el dos mil

Dos aspiraciones acariciaba en mil novecientos noventa y nueve: Llegar con vida el treinta y uno de diciembre y tener la oportunidad de mimar al primer biznieto.

La primera se cumplió y la segunda la seguiré añorando en este dos mil de esperanzas que acaba de iniciarse. Sin embargo, debo confesar que los seis nietos, dos de cada uno de los tres hijos, me saturan el cofrecillo de la alegría familiar. Por cierto, los dos últimos, mellizos que la bondadosa madre natura prodigó al vientre de Anitica después de larga espera, mantienen sometida a doña Anita a costa de los halagos que antes me prodigaba.

Con familiares y amigos que llegaron a visitarnos y compartir el advenimiento de la nueva centuria saludamos con esperanzas las doce de la noche.

Un poeta decía que cada año al marcharse deja en pos de sí algo cuyo presente continúa viviendo. Y eso es muy cierto. Sobre todo cuando el oficio o actividad que se adelanta complace y merece seguir cultivándose.

En mi caso, son mis deseos, y así lo expresé en el jolgorio de los abrazos acostumbrados en la fiesta del año nuevo, gozar de salud para proseguir en la brega en el patrocinio de la publicación de libros, entrega a la actividad educadora y el permanente teclear de esta modesta máquina portátil que desde hace ya bastante rato me acompaña.

Bueno, es esa la cara de la medalla que podría tildar de agradable. Porque la otra se mantiene bajo el tinte de la tristeza.

La dependencia económica que genera el sometimiento en el pensar y actuar en la América Latina, y la violencia y la injusticia social que soporta nuestra amada Colombia, me doblega buena parte el entusiasmo y la capacidad creadora.

Desde hace varias décadas he formado parte de la conducta que propende por la autenticidad ideológica en procura de una ruta apropiada que facilite la

superación del subdesarrollo y el sometimiento económico y cultural.

En los años sesenta del siglo pasado los economistas, sociólogos y pensadores sociales en general, solidariamente levantaron la voz en memorable declaración pública para responsabilizarse en el estudio histórico de la realidad latinoamericana, con el objeto de formular las teorías que sirviesen de instrumentos correctos a las estrategias defensivas y la política económica y social conveniente a los intereses de nuestros pueblos.

Entonces se me encomendó, en histórico encuentro en la ciudad de México, la fundación de una revista que cumpliese el papel de órgano divulgativo del pensamiento original de los investigadores del continente. Así nació *Desarrollo Indoamericano*, la Revista que ahora se edita auspiciada por la Universidad Simón Bolívar, y cuyos doce mil ejemplares se distribuyen gratuitamente en las bibliotecas universitarias de Colombia y países hermanos y, naturalmente, a profesores y estudiantes.

Contrario al anhelo de esos días, la globalización y el neoliberalismo impuesto por las potencias dominadoras agudiza la dependencia. En la cátedra universitaria y en las páginas de los periódicos muchos economistas y dirigentes gremiales propagan con en-

tusiasmo las tesis del modelo neoliberal y utilizan, como catecismos inequívocos, los textos extranjeros que recogen el bagaje ideológico que lo sustenta.

En lo que se refiere a la guerra en los campos y a la delincuencia común en las ciudades que padece el país, mi aflicción está presente. Porque es sencillamente incomprensible e insensato que un país considerado como pródigo en recursos naturales, ofrezca el espectáculo de la injusticia social: las tierras fecundas en manos de propietarios ausentistas, o al servicio de ganaderías extensivas, mientras las masas laboriosas campesinas deben emigrar a engrosar los tugurios urbanos. El crecimiento industrial detenido ante la carencia de una intervención estatal protectora. En fin, hechos estructurales que generan sublevaciones y también descomposición social.

Ha llegado el dos mil, y todos acariciamos esperanzas. De nuestra parte seguiremos transitando el mismo camino, con el ejemplo y el pensamiento del gran Libertador Simón Bolívar como pautas orientadoras.

Ocurrencias argentinas

Nadie más orgullosos de sentirse latinoamericanos que los argentinos del ayer, encabezados por sus libertadores máximos, José de San Martín y Manuel Belgrano.

Sin embargo, desde mediados del siglo pasado para acá, a muchos de ellos se les ha dado por sentirse europeos, o demasiado importantes. Hasta el punto que son motivo de gracejos. Y así se dice que quien compra a un argentino por lo que cree que vale y lo vende por el justo precio, se arruina. Recientemente en la revista *Condorito*, la publicación chilena de la gracia y el humor, presentan a una señora que levanta sus brazos y exclama: "Dios mío, dónde estás, no me abandones, vela por mis hijos". Y en la sala contigua, le responde su marido, el Che Copete: "Mujer, yo estoy aquí, ¿para qué me necesitas?".

Jorge Julio Greco, un argentino indoamericanista, ex presidente de la Sociedad Unidad Latinoamericana, y ahora catedrático de la Universidad Simón Bolívar, goza con las ocurrencias de sus paisanos, y cuenta anécdotas que confirman las aseveraciones. Por ejemplo, recuerda que el gran Borges solía comentar que primero escribía en inglés para después verter al castellano. Y su compañera de grupo literario, la poetisa Victoria Ocampo, hacía saber que pensaba en francés y más tarde redactaba en castellano.

Una vez, continúa declarando el doctor Greco, invité a un escritor del Chaco para que disertara en Buenos Aires. El Chaco es una provincia argentina bañada por los ríos Paraná y Paraguay, con una selva que llaman La Impenetrable, por su espesura y riqueza natural todavía virgen. Yo esperaba una exposición sobre el ambiente fantástico y autóctono. Y aquel personaje dedicó su exposición a informar sobre las labores del Instituto que dirigía en Resistencia, la capital del Chaco, dedicado exclusivamente a difundir el pensamiento de Sartre y del Existencialismo. Ese pobre diablo no tenía nada que ver con el Chaco, puesto que en realidad "vivía" en París. Lo gracioso del asunto fue que al terminar su discurso el chaqueño de piel, cabello y facciones indígenas, yo tuve que disertarle a la confundida concurrencia, para referirme a sucesos

de entonces, entre otros, de humillaciones y atropellos contra el pueblo chaqueño, por parte de las empresas forestales europeas sembradoras de miseria que se llevaban el tanino.

Aprovecho los comentarios del doctor Jorge Greco y de los amigos que me visitan en disposición y ánimo de mirar el río Magdalena y las Bocas de Ceniza, para mostrarles publicaciones que acabo de recibir de la Universidad de Morón, de la ciudad del mismo nombre, que forma parte de la provincia de Buenos Aires. Pero antes me permito recordarles que esos complejos extranjerizantes y resabios colonialistas que aún perduran entre personas y grupos dominantes, se cosechan en toda nuestra América Latina. Ahí está el caso del nombre de nuestra ciudad capital, hasta 1991 conocida con el que le dio el Libertador Simón Bolívar, simplemente Bogotá, recogiendo el patronímico Bacatá, de origen autóctono indígena. Hace diez años, los ilustres constitucionalistas de entonces, la hicieron regresar a los días de dominación española, para volverla a bautizar como Santa Fe de Bogotá.

Bien, a la Biblioteca José Martí, de la Universidad Simón Bolívar, le ha llegado la Revista *Ishtar*, de la Universidad de Morón. Ninguno de los contertulios, ni Jorge Greco, conoce el nombre, y tenemos que leer

en voz alta el editorial. Allí se explica que se trata de una "diosa caldea, señora del planeta Venus... a quien su hermana Allat condena con siete enfermedades y encierra en cárcel miserable... Después los dioses encomiendan a Ea para que la rescate. Ya libre Ishtar se casa con Dumuzi, y hereda con su muerte sus dominios, que al poco tiempo pierde en guerras con vecinos. Y aparece Izdubar, quien hace huir a los invasores. La diosa le solicita su amor, pero este personaje la rechaza porque no es virgen. Ishtar jura tomar venganza el insulto, sube a los cielos y pide a su padre Anu que la vengue. Anu se lo promete, crea un toro monstruoso y lo envía a Erech, pero Izdubar, con ayuda de Eubani, vence y mata el animal. Ishtar, loca de furor, maldice entonces a Izdubar. Y su madre Anat, para favorecer los deseos vengativos de su hija, mata a Eubani, el fiel amigo del héroe...".

¿Cómo les parece esta joya de nombrecito para esta importante y bella publicación repleta de informaciones bibliográficas de la muy criollita Universidad de Morón? Y lo desconcertante del asunto es que la dirige la escritora Graciela Susana Puente, autora de una docena de libros dedicados a valorar el legado de los antepasados indígenas. Uno de ellos, *Sintiendo ser Mapuche*, un hermoso canto al ancestro, especie de ramillete en honor de la herencia dorada.

La poetisa y escritora Graciela Susana Puente recoge el legado de leyendas, que ella, en prosa cristalina y versos armoniosos, obsequia a la juventud argentina. Y allí abundan relatos con los nombres de sus protagonistas, muy apropiados para cualquier revista universitaria. Digamos por caso, *La Machi* (sabia), precursora de la escritura; *Filú*, la víbora que impide que los gigantes se levanten. O, *Bragado*, más reciente, el caballo que no se dejaba domar, símbolo de la libertad.

Por Venezuela y México

Antes mis viajes al exterior eran frecuentes. De muchas universidades de América Latina me invitaban a dictar conferencias, o asistía a encuentros con economistas.

De nuevo me animo y he aceptado hablar sobre el pensamiento económico y social de nuestros países en Venezuela y México.

Mis amigos D. F. Maza Zavala y Gastón Parra, máximas figuras del pensar social de Venezuela, ahora al frente del Banco Central, han organizado, en compañía de otras ilustres personalidades del hermano país, un encuentro de investigadores, y desean que los acompañe con una disertación sobre el pensamiento económico latinoamericano.

Y de México, el doctor Ramón Martínez Escamilla,

integrante del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, y Director General del Centro de Estudios para el Desarrollo Nacional, CEDEN, me escribe:

"En nombre del CEDEN formulo a usted una cordial invitación para que a finales del mes de septiembre próximo venga a dictarnos un ciclo de conferencias. La primera de ella sería en el propio CEDEN con la presencia del personal académico de nuestro Centro y de los miembros de la Academia Mexicana de Ciencias Económicas, que me honro en presidir. La segunda conferencia la dictaría usted en el seno del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, y las restantes en tres de las principales universidades mexicanas".

Bueno, me he permitido escribir sobre lo anterior, para que mis generosos amigos lectores sepan que durante todo el mes de septiembre estaré fuera de Barranquilla y, por lo tanto, no podré atender el compromiso de esta columna, que con tanta satisfacción redacto todas las semanas.

Sobre el estudio y la investigación del aporte de nuestros científicos sociales, desde hace muchos años me he empeñado en valorarlo y divulgarlo. Me refiero

a la obra de los que han dedicado sus esfuerzos a deducir hipótesis originales del análisis de nuestra realidad concreta.

Y como reconocimiento al compromiso creador de esos admirados escritores, son varios los libros que ya he publicado.

Por ejemplo, después de dictar una conferencia en la Aula Máxima de la Universidad del Zulia el 25 de septiembre de 1996, lo allí expuesto se publicó en el libro *El Pensamiento Económico Venezolano*. Ya antes había aparecido *El Pensamiento Económico Colombiano, Las Ideas Económicas de Simón Bolívar*, y otros ensayos sobre la aportación auténtica en otros países latinoamericanos.

Recuerdo que en 1982 el maestro Maza Zavala conceptuaba que el pensamiento social venezolano era joven, vigoroso y promisorio. Entonces, con la cordialidad de compañeros idearios, le observé que siempre había sido así, no obstante el manejo contrario de la conducta de los distintos gobiernos del ayer. Ahí estaba, desde la Independencia, el razonar adecuado del Libertador en materias que todavía son motivo de análisis en la búsqueda del desarrollo de nuestros

pueblos. Porque los conceptos de Bolívar sobre la integración, el comercio, la industrialización y la justicia social mantienen su vigencia.

Y como Bolívar, Francisco de Miranda es vigoroso y múltiple en el pensar político y social. En sus sueños e ideales se afianza en lo nuestro, en la organización incaica, y habla siempre de la América del Sur. Andrés Bello, por su parte, es más radical cuando sentencia: "América (Latina) solo tiene un camino: su propio camino". Simón Rodríguez, como vigoroso precursor de la protesta contra la dependencia ideológica, decía: "Vean la Europa cómo inventa; y vean nuestra América cómo imita. La América no debe imitar servilmente, sino ser original. ¡Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo!".

En Colombia la literatura económica es abundante. Ahí está la posición correcta de figuras, especialmente de Cartagena, dignos exponentes de un pensar vernáculo, ajustado a las conveniencias que el desarrollo económico exigía en los tiempos de la insurgencia.

En mi libro *El Pensamiento Económico Colombiano,* publicado en 1984, dedico un capítulo al pensamiento social latinoamericano, con páginas dedicadas a

México, Brasil, Argentina y Cuba.

Como la búsqueda del conocimiento del pensamiento económico de América Latina ha estado presente en mi actividad docente de tantos años, me sentiré muy a gusto compartiendo con los colegas y amigos venezolanos, y escuchando sus autorizadas palabras.

Academia

Volver al viejo Caldas

Volver al viejo Caldas es un regalo de los dioses. Allí está la belleza del paisaje y el alma de su gente en simbiótica armonía. En cada nuevo instante se gratifica al gusto con el generoso obsequio de la naturaleza pródiga en la oferta.

Una delegación de la Universidad Simón Bolívar tuvo la fortuna de recorrer, en curvilíneas carreteras, los espacios que separan las ciudades. Allí puede apreciarse la capacidad laboriosa de un pueblo. En lomas empinadas los cultivos se apiñan. En cientos de kilómetros no hay una cuarta de tierra sin labranza. Ante ese espectáculo del aprovechamiento adecuado, yo recordaba las distancias que separan a Barranquilla de Cartagena. Acá, por el contrario, ya sea por la carretera de la Cordialidad o por la del Mar, no se ve una cuarta sembrada.

Esa triste realidad en el Atlántico (y en la Costa) es la consecuencia de una propiedad de "engorde", en manos de dueños ausentistas que habitan en las ciudades a la espera de alzas en los precios, apenas con ganadería extensiva, que no produce trabajo ni cosechas. Y ahí están sus elocuentes resultados: En los días de obstrucciones de las vías los alimentos escasean, porque casi todos vienen del interior del país. Hasta las verduras, sea el caso, antes cultivadas por los chinos en los límites urbanos, ahora llegan de regiones lejanas.

Pero sigo con los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío. Allá se disfruta el espectáculo aleccionador de un pueblo. De esos domadores de riscos que al lado de las guaduas sembraron café, plátano y caña de azúcar, como bien lo relata el escritor Jorge Emilio Sierra Montoya en su libro *Historias y Leyendas de Pueblo.*

Para un costeño acostumbrado a la planicie los sembrados verticales obligan a la admiración. Sin cercas ni alambres que, como dijera el observador acertado, son sinónimo de hambre, hasta en los bordes mismos del pavimento de las carreteras están las matas de ese café que el mundo saborea.

Y las ciudades del llamado Eje Cafetero también

son muestrario de la pujanza de los colonizadores del ayer y los ciudadanos del presente. Manizales, en todo el lomo de la cordillera, con apenas una o dos calles planas, exhibe su belleza original, de casas que en sus espaldas limitan con pequeños precipicios. Ante la majestuosidad del dominio de la naturaleza por el hombre, el doctor Rafael Bolaño recordaba a Tubará, y decía en voz alta: "No volveré jamás a quejarme de sus ondulaciones, porque esas son simples lomitas, si se les compara con este mosaico pintoresco de lindeza seductora".

La actividad cultural de Manizales es abundante. *La Patria*, el periódico de siempre, informa de los acontecimientos diarios: Conferencias, presentaciones de libros, conciertos, etc. A mí me concedieron el honor de disertar en el Alma Mater, la Universidad de Caldas, y en el Instituto Caldense de Cultura, que dirige el intelectual Carlos Arboleda González. En los dos sitios me esperaban los escritores y catedráticos. Y con ellos, y la labor modeladora de Arboleda González, se ofrecieron a la audiencia conceptos sobre el papel que le ha correspondido al libro en el acontecer cultural de los pueblos. Las bibliotecas y los libros, opinamos todos, seguirán cumpliendo su sagrada misión más allá de las pretensiones de los augures de los personeros del tecnicismo moderno.

Como deleitoso complemento a las conferencias y diálogos, la música andina estuvo presente. Antonio Patiño y su grupo Los Armónicos de Chinchiná deleitaron a los visitantes con bambucos, pasillos, guabinas y tanta riqueza más del folclor y la música popular colombiana.

La acogida social fue también pródiga: En casa de Humberto Restrepo, Graciela García y Carlos Arboleda, los platos típicos y la bandeja paisa, abrieron apetitos y obsequiaron deleites a doña Anita, Alicia de Figueroa, Elvirita Barceló y Ludy de Bolaño.

Tres días después, al iniciar el descenso a Pereira, todos los miembros de la delegación exclamamos: ¡Gracias Manizales!

Volver a Bogotá

El doctor Raúl Alameda Ospina, Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, me dice en una carta: "Aún me resuenan aquí los ecos del alborozado encuentro la noche de la presentación de tus libros y de todos los editados bajo el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar. Fue tan entusiasta la acogida de la concurrencia que yo no pude adquirirlos todos. Por eso iré hoy a las librerías en busca del *Diccionario de Economía,* de Salvador Osvaldo Brand; las *Historias y Leyendas de Pueblo,* de Jorge Emilio Sierra; *Simón Bolívar, maestro de periodistas* y *El general de San Martín, Libertador del Sur,* de Antonio Cacua Prada, y *Las Ideas Políticas de Bolívar,* de Ramiro de la Espriella".

En verdad, la fiesta intelectual de Bogotá es para recordar con gratitud. En el Salón de Actos Culturales de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas compartimos la complacencia de un nuevo encuentro

con sus miembros, los colegas de la Academia Colombiana de Historia, y muchos amigos escritores de Colombia. Bien podría decir, sin pecar de exagerado, que allí estaba buena parte de la intelectualidad residente en la capital de la República.

Al llegar a Bogotá con la comisión de la Universidad Simón Bolívar que asistió a la Feria del Libro de Pereira, tuve el cuidado de alojarme en el centro, en la calle 19, al lado del edificio donde habitan Rafael Escalona y David Sánchez Juliao, los amigos de siempre.

El recuerdo de mi vida de estudiante, de ex miembro del Consejo Nacional de Planeación y de ex congresista, me obliga al hospedaje cerca de los sitios familiares de ese grato ayer. Y, como entonces, vuelvo a saludar caras conocidas al caminar por la carrera Séptima.

Sin embargo, siento pesar al pasar al lado de mendigos y enfermos. No comprendo por qué sigue la arrogante y acogedora ciudad de clima fresco e histórica cultura, ofreciendo el triste espectáculo del abandono oficial de los desposeídos. Se invierten centenares de miles de millones de pesos en ampliación de avenidas para la circulación de más y más vehículos de los acomodados, y no hay uno o dos centenares de

millones para adquirir una casa que sirva de reclusión y de taller artesanal a los indigentes.

Al regresar a Barranquilla comento esos hechos con amigos que me visitan. Entonces uno de ellos, el doctor Antonio Spirko, me pregunta si hoy no vi la fotografía que publica *El Heraldo* del monumento del Libertador en el Paseo Bolívar. Acá, comenta, estamos igual. También en Barranquilla los sin techo y sin cama, duermen en el pedestal de la estatua del Padre de la Patria.

La fiesta en la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, como escribe el doctor Raúl Alameda, fue para presentar los libros editados con el patrocinio de nuestra Casa de Estudios Superiores. Después de las palabras de bienvenida de los académicos Isidro Parra Peña y Raúl Alameda, intervine para agradecer e invitar a los concurrentes a vincularse al proyecto de establecer una sede en Bogotá de la Universidad Simón Bolívar.

Desde hace ya un par de años he venido reclamando la presencia de las universidades de las distintas ciudades de la Costa Caribe, el Sur, el Occidente y el Oriente colombiano, en Bogotá.

De la capital nos llegan decenas de universidades y es justo y necesario que también las nuestras extiendan sus servicios a Bogotá. Allá viven millones de costeños, antioqueños, vallecaucanos, santandereanos, nariñenses, etc., que recibirían con agrado la presencia de las instituciones universitarias de sus regiones.

Y para mi complacencia, la respuesta afirmativa obsequió regocijos. Porque de inmediato, voceros de las academias y de organizaciones culturales allí presentes, ofrecieron respaldo a la inquietud.

Ojalá pronto la Universidad Simón Bolívar, que ya cuenta con extensiones y sedes en Cartagena, Cali, Cúcuta, etc., inaugure también en los próximos meses la de Bogotá.

Bueno, esta visita a la Zona Cafetera y a la capital, que ha sido motivo de comentarios en tres columnas, reconforta el espíritu y permite augurarle a Colombia un mañana distinto, de paz, justicia social y comprensión entre sus hijos.

Bolívar y la literatura

Hace unos días le festejamos al profesor Miguel Altamar Altamar sus ochenta y seis años de existencia. Y entonces sus amigos comentaron que por lo menos ochenta de ellos los ha dedicado al estudio del Libertador Simón Bolívar.

El ilustre educador responde con una sonrisa, pero les recuerda que desde las aulas de la escuela primaria y del colegio de bachillerato, escuchaba con suma atención a los profesores encargados de suministrarles a sus discípulos las informaciones pertinentes sobre la obra y el pensar del genial caraqueño.

Y, para validar los conceptos de sus colegas, me hace entrega de los originales de un libro sobre el legado literario de su personaje predilecto.

A Bolívar, expresa el doctor Altamar, se le ha estu-

diado como militar, político, economista, etc. Yo, como profesor de Literatura en la Universidad Simón Bolívar, agrega, estaba obligado a ofrecerles a mis estudiantes un ensayo sobre el pensamiento literario del Libertador.

Y lo hace el consagrado catedrático con lucidez y derroche de erudición. Son nueve los mensajes bolivarianos, desde *Mi Delirio sobre el Chimborazo, El Manifiesto de Cartagena, La Carta de Jamaica,* hasta la Carta a José Antonio Páez, que le sirven de rico material para ponderar el estilo y la inspiración poética de Bolívar.

La primera parte de su obra la dedica el autor a entregar a los lectores una síntesis del pensamiento literario del Libertador, con su respectiva calificación. Y en la segunda acompaña cada frase seleccionada de un comentario.

Cada pensamiento de Simón Bolívar es motivo de la interpretación afortunada y correcta. Con el entusiasmo del auténtico admirador, complementa la idea expuesta por Bolívar, explicando, como lo hacía a sus alumnos en el aula de clase, párrafos de los discursos, proclamas o mensajes.

¡Qué admirable la labor adelantada por el profesor Miguel Altamar Altamar!

*****

Para la Colección *Pensamiento Latinoamericano* que edita la Universidad Santiago de Cali, el profesor Eduardo Pastrana Rodríguez escribió el libro *Poética Bolivariana*.

Interesante para mí la lectura casi simultánea de estas dos obras: Un autor resalta las cualidades literarias de Simón Bolívar, y el otro compila y analiza la poesía escrita sobre El Libertador.

Los poetas consagrados del mundo le han cantado a Bolívar. Pablo Neruda, con su imaginación prodigiosa, hasta charla con él: "Yo conocí a Bolívar una mañana larga, en Madrid, en la boca del quinto regimiento. Padre, le dije: ¿eres o no eres o quién eres? Y mirando al cuartel de la montaña, dijo: "Despierto cada cien años, cuando despierta el pueblo".

El uruguayo Edgardo Ubaldo Genta en sus poemas afirma que "Bolívar es grande porque se parece a los ríos, al relámpago, a la naturaleza en acción". Y pleno de regocijo le hace saber en sus versos: "Yo solo a ti te veo sobre una cima de eternal memoria. Crucificado por tu misma gloria como Jesús, Quijote y Prometeo".

"El libro *Poética Bolivariana,* ha dicho uno de sus críticos, con ojo avizor y en forma detallada, recoge las manifestaciones poéticas que, a lo largo de los siglos XIX y XX, nuestros bardos han hecho alrededor de la vida y obra del Libertador Simón Bolívar. Es un ensayo versátil y de gran erudición que va ubicando históricamente, dentro del ideario correspondiente, la poesía que el gran Bolívar ha inspirado a través de los tiempos. Existe una poética bolivariana abundante y fructífera."

En la hermosa prosa del maestro Eduardo Pastrana Rodríguez se puede saborear el deleite que le obsequia el numen de los que han reconocido la grandiosidad de Bolívar. Del apóstol José Martí recuerda su conocida exaltación: "De Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, ¡o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies!".

A Eduardo Pastrana Rodríguez se le ha reconocido como maestro universitario. Escritor y periodista, se enorgullece de ser soldado de la latinoamericanidad y de la valoración del pensamiento auténtico de nuestros pueblos.

La biblioteca de Salgar

La Universidad Simón Bolívar obsequió una biblioteca a Salgar. Y fue ese un acontecimiento inolvidable. Como en los mejores días festivos allí estaba la comunidad expresando satisfacción y gratitud.

Los estudiantes con sus uniformes impolutos. Profesores y trabajadores compartiendo el suceso placentero con periodistas e invitados. Madres, padres, en fin, buena parte de la población salgareña, feliz y orgullosa de contar con un sitio adecuado para el estudio y la investigación.

Desde las tres de la tarde llegó la delegación de la Universidad, y cada uno de sus integrantes con sus libros que fueron entregados, en el momento oportuno, por doña Anita Bolívar de Consuegra, Presidenta de la Sala General; César Esmeral Barros, ex Ministro de Salud Pública; Manuel Figueroa Ruiz, Vicepresidente

de la Sala General; Aquiles Escalante, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales; Leonello Marthe Zapata, miembro de la Sala General; Ledys Aguilar y Carmiña de Parra.

El acto estaba programado para las cinco de la tarde, y la espera fue disfrutada contemplando el azul del mar Caribe y su murmullo. Nada de ruidos perturbadores de escandalosos parlantes que en las pequeñas poblaciones y en los barrios de las ciudades perturban la tranquilidad de los vecinos.

A la hora prevista llegó la delegación oficial presidida por el señor Gobernador del Departamento, doctor Ventura Díaz Mejía; el señor Alcalde de Puerto Colombia, doctor Camilo Torres; el señor Gerente del Área Metropolitana, doctor Anwar María; el señor subdirector de la CRA, doctor Hugo Quijano, y otras personalidades.

La Universidad Simón Bolívar patrocina el enriquecimiento de varias bibliotecas en Barranquilla, Cartagena, Santa Marta y en otras ciudades, municipios y corregimientos. A la biblioteca de Puerto Colombia, que funciona en la histórica sede del muelle, obsequió estantes y libros. Y ahora se dispone a donar la estatua

En su presentación el doctor Rodolfo Zambrano Moreno hace saber que espera que los padres y abuelos disfruten el libro de Ignacio y lo conserven para los hijos y nietos, y les enseñen a valorar los recuerdos de Barranquilla.

La obra de Oñate Rivero es monumental. En sus dos hermosos tomos está el legado de los compositores del folclor vallenato. Esta obra, comenta la periodista Mary Daza Orozco, "Madurada en el fragor de las parrandas provincianas, en la nostalgia de los poetas del ayer, en las historias cantadas por los mayores, en las noches mágicas de la niñez y en los días serenos del pueblo natal, contiene veintidós biografías de los juglares del mundo mágico del vallenato".

Y el intelectual Andrés Salcedo, en la presentación, declara: "Oñate Rivero ha logrado retratar con mano maestra las vidas sencillas de esos hombres salidos, casi todos, del campo. Se ha acercado a ellos con la curiosidad del periodista y la pasión del aficionado. El resultado es una estupenda galería humana y artística donde no falta uno solo de los inmortales".

del Libertador que será colocada en la Plaza de Bolívar, próxima a inaugurarse en Salgar.

El espíritu cívico que a veces anima a un grupo de dirigentes de Salgar, y a sus habitantes en general, obliga al respaldo solidario. Y así estamos, en disposición y ánimo, de responder a sus inquietudes.

También a las personalidades que visitan a la Universidad, doña Anita les obsequia libros. Los amigos de América Latina y de Colombia, después de dictar sus conferencias, reciben el testimonio de gratitud. Entre esos libros de distintos autores patrocinados por la Casa de la Cultura y el Bienestar Universitario, hay dos que se distinguen por la pulcritud de sus ediciones. Ellos son, *Barranquilla, Umbral de la Arquitectura en Colombia*, de Ignacio Consuegra Bolívar, y los dos tomos de *Vallenatos Inmortales*, de Rafael Oñate Rivero.

El libro de Ignacio fue editado por Grijalbo y en sus primeras páginas recoge los autorizados conceptos de sus colegas arquitectos de Colombia, Cuba, Venezuela, México y Finlandia, entre ellos, Mauricio Múnera, Alberto Samudio, Alberto Saldarriaga Roa, Lorenzo Fonseca, Cristian Ujueta Toscano, Carlos Bell Lemus y Olga Pizano.

Serpa y la Universidad del Atlántico

Los costeños en general, pero muy especialmente los barranquilleros, se quejan de la discriminación en el campo del ejercicio presidencial. Desde mucho tiempo atrás ningún ciudadano oriundo de esta región ha ocupado el primer cargo de la Nación, la Presidencia de la República.

Para las próximas elecciones, por lo menos, nos conformaba el saber que el candidato del Liberalismo, doctor Horacio Serpa Uribe, adelantó sus estudios de Derecho en la Universidad del Atlántico, donde recibió el título de abogado.

Y recuerdo que para entonces me desempeñaba como Rector de esa Casa de Estudios Superiores, por voluntad de sus profesores y estudiantes. Pero, ya antes había dirigido la Facultad de Ciencias Económicas y

dictado la cátedra de Economía Política en sus distintas facultades.

Aprovecho mi paso por la Rectoría para adelantar, con el respaldo entusiasta de sus profesores y estudiantes, y de figuras destacadas de la docencia y la intelectualidad, como Jorge Artel, Arsenio Gutiérrez, Aquiles Escalante, Eduardo Pulgar Lemus, Liuba de Schmulson, José Stevenson, la ampliación de sus instalaciones físicas, de sus bibliotecas, editar libros y revistas y propiciar conferencias de las figuras destacadas del país en el cultivo de las ciencias económicas, sociales, jurídicas y literarias. Y acá llegaron entonces Gerardo Molina, Antonio García, Arturo Valencia Zea, Humberto Espinosa Uriarte, Raúl Alameda, Fabio Morón Díaz, Isidro Parra, Abdón Espinosa Valderrama, y estaba Alcides Vargas, Fernando Llinás, Roberto Burgos Ojeda, Meira Delmar.

Y pensaba que el doctor Serpa Uribe, como acucioso estudiante que era, mucho provecho había adquirido de su vida universitaria.

Por todo eso me muestro en desacuerdo con las críticas de sus adversarios al considerarlo poco experto en los temas económicos.

Pero hoy, miércoles treinta y uno de octubre, leo en *La República*, un amplio reportaje del candidato sobre el programa que adelantaría en su mandato en asuntos económicos y sociales.

Y al responder el admirado discípulo de la Universidad del Atlántico la pregunta que le hace el periodista acerca del papel del Estado en la orientación y fomento de la actividad productiva, comercial, de búsqueda de justicia social, de superación del desempleo, etc., como cualquier profesional dependiente del pensamiento foráneo, por ejemplo, los que adelantan estudios en universidades de los países desarrollados y dominantes, declara con orgullo que él sigue al pie de la letra desde hace cinco años las opiniones de Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía, las cuales menciona, y son las mismas expuestas desde hace veinte o treinta años por algunos de nuestros economistas, y están recogidas en sus libros.

Como bien dice Jorge Emilio Sierra, el signo de la dependencia es ignorar o despreciar lo propio para acoger lo extraño, o lo dicho por foráneos, aunque lo expuesto coincida con el razonar auténtico.

Qué interesante sería que nuestro ilustre candidato dedujera sus puntos de vista y las hipótesis que respal-

darán sus ejecutorias, en la observación y estudio de la realidad, acompañándose, fundamentalmente, con el análisis que hayan adelantado sus propios paisanos colombianos.

Bueno, con afecto y esperanzas, esperamos la labor gubernamental del discípulo de la Universidad del Atlántico, y muy aprovechado estudiante de entonces.

Costumbres y Tradiciones

Sobre costumbres y modas

Del periodista y abogado doctor Helí Alba Alba he recibido una carta donde me dice: "Gracias, en nombre de don Manuel Antonio Carreño por las observaciones que hizo en la entrega de tocas a las futuras enfermeras en la Casa de la Cultura de nuestra Universidad Simón Bolívar. Esa tarde usted recordó a directivos e invitados especiales que presiden los actos académicos y culturales en el estrado del bello y descubierto patio de ceremonias, el uso de saco y corbata como era costumbre del pasado y debe serlo del presente".

Lo interesante de las expresiones del gran Helí es que también él fue objeto de mis reparos cuando ejercía su sagrado oficio, con la inseparable grabadora en manos, y una camisa blanca de mensajes antitabaquistas.

Pero ahora quiero decirle al generoso y estimulante amigo que su respaldo me ha llevado a meditar

sobre mi conducta. Y he sopesado el papel que le ha correspondido a las costumbres y modas en el transcurrir de los tiempos.

Digamos por caso el uso de los cabellos largos que tanto mortifican a compañeros de labores de otros gustos. Y como bien anotan los doctores Aquiles Escalante y Leonello Marthe, hay que tener presente que el hijo de Dios, Jesús de Nazareno, siempre mantuvo larga cabellera, como era de usanza en su tiempo.

Y lo mismo podría comentarse del caso contrario. Nunca olvido que en la pubertad, el tío Rafael Consuegra en su Barbería La Viena, del Paseo de Bolívar, por insinuación de mi padre, me cortó casi de raíz la cabellera gardeliana, como entonces se le llamaba. Y me pasé varios días encerrado en la casa de la calle Obando a la espera de un nuevo crecimiento. Ahora la moda es distinta, y los jóvenes gustan de raparse y librarse de cabellos inoportunos.

Lo mismo sucede en el vestir y calzar. En las misas me perturbo un tanto cuando algunos fieles se acercan a recibir la Santa Comunión en chancletas, sin medias, y pantalonetas. Entonces don Manuel Figueroa Ruiz me calma y observa: ¿no te diste cuenta que el profesor Edgardo Castro, que ha sido símbolo en la Universidad

del riguroso buen vestir, la otra mañana acompañó al catedrático y tratadista Heliodoro Fierro, quien llegó de Bogotá de vestido azul entero a una conferencia en posgrado, con camisa descubierta para mostrar los vellos del pecho y libre de medias? Bueno, es que el hábito no simboliza virtudes, como antes se decía.

El doctor Carlos Llanos, Decano de la Facultad de Derecho, interviene para defender a su pupilo y colega, y argumenta: Antes, cuando en los colegios nos llevaban a San Pedro Alejandrino, lugar memorable, todos vestíamos el uniforme de las misas domingueras, por ejemplo, el saco azul de paño y el pantalón blanco del San José de la calle de las Flores, donde estudió el profesor Consuegra, y ahora los ilustres Presidentes de Colombia y Venezuela, doctores Pastrana y Chávez, lo hicieron en mangas de camisa y sin medias, como los mostró la televisión.

Cicerón y sus paisanos romanos de miles de siglos atrás también se sorprendían de los hábitos prevalecientes, y exclamaban perplejos: ¡O tempora! ¡O more! (¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!).

Y en cuanto al vestir despampanante de las señoritas y los aretes de muchachos y señores, los sucesos de quinientos años atrás son aleccionadores. Fueron los

años de la conquista genocida del Nuevo Continente, por europeos recién salidos de la oscura Edad Media. La historia registra el desaseo de monarcas españoles que pregonaban orgullosos que nunca se habían bañado para que sus cuerpos no quedaran al descubierto.

Con esos principios y las corazas guerreras los invasores exterminaron a las doncellas indígenas, de senos descubiertos, con el llamado vaho mefítico, olor nauseabundo de los violadores. Y los caciques y sus tribus permanecían desnudos, apenas con limitados guayucos, que cubrían los órganos genitales. Más aún, sus cuellos y orejas estaban adornadas con collares de piedras preciosas y aretes.

Todavía las comunidades indígenas que conservan sus tradiciones en el vestir, en las regiones de climas calientes, así continúan, gozando sus cuerpos, en libertad, de la oferta de natura.

Sobre las costumbres y las modas los críticos han expresado diversos conceptos. Aristóteles hizo mención del hábito como una segunda naturaleza. Y desde entonces religiosos y laicos han repetido el juicio. San Agustín acepta la sentencia, y Pascal se pregunta: "¿Por qué la costumbre no es natural? Mucho me temo que

la naturaleza no es más que una primera costumbre, como la costumbre es una segunda naturaleza".

En cuanto a la moda también son variados los pareceres. El irónico Bernard Shaw se refería a las modas en el pensar y en el vestir, y consideraba que para mucha gente le es difícil, si no imposible, el pensar de manera distinta al de la moda de la época, tal como sucede en el vestir.

En fin, amigo Helí Alba Alba, el asunto me confunde. La semana pasada, el señor Rector de la Universidad de Yacambú, de Barquisimeto, trajo la toga que acostumbran usar en Venezuela en los actos académicos. Y le hicimos saber que con saco y corbata bastaba acá. Pero ya hasta eso parece mucho sacrificio, comentan los doctores Rafael Bolaño y Antonio Spirko. ¿Qué hacer entonces?

La pereza y el hablar barranquillero

Los compatriotas andinos suelen calificar a los costeños de perezosos. Lo mismo decíamos nosotros de ellos cuando llegábamos a sus alturas a seguir estudios universitarios. Eran los años cuarenta del siglo pasado, y entonces Barranquilla mantenía el predominio de la ciudad albergue del progreso y la actividad económica. Por el contrario, la capital ofrecía el sosiego de sus cafés, siempre concurridos, y de la carrera Séptima, la calle de los paseos permanentes. Y así ha debido ser en los tiempos de la Colonia, cuando Cartagena se mostraba como cuna de la actividad comercial, mientras Bogotá desempeñaba el quehacer burocrático, libre de apresuramientos.

Pero mi tema de hoy se relaciona con la pereza en el hablar.

No hay barranquillero que no esté en disposición y ánimo de reducir frases y expresiones, de utilizar un lenguaje que obliga al recurso de la adivinación, o de minimizar calificativos y nombres.

Y nadie saluda con el buenos días, buenas tardes o buenas noches del ayer. Eso parece exigir demasiado esfuerzo. Ahora basta con "buenas", sin tener en cuenta el momento en que se dice.

En las tiendas y grandes almacenes ninguna señorita puede dar el precio correcto, en castellano, de las mercancías. Lo que vale, sea el caso, cincuenta mil trescientos pesos, basta con responder cinco tres.

Y los vendedores de la calle extreman su jerigonza. Así, siete puntos, o barras, o mangos, hay que entender como setecientos, siete mil o setenta mil pesos. Doña Anita, cuando el carro se detiene por instantes para adquirir algo de lo ofrecido, tiene que invocar, comenta con gracia y paciencia, a la Diva Zaibi de sus tiempos de niñez, que entonces en la calle Caldas ejercía de adivinadora.

La pereza parece extenderse también a la lectura, o mejor dicho, a la búsqueda de máxima comodidad en su práctica. Hace poco el doctor Cristian Ujueta Toscano, el prestigioso arquitecto que dotó a Barranquilla del primer plan regulador, me comentaba: cómo te parece, que un amigo lector de la Revista *Desarrollo Indoamericano*, se quejaba de su tamaño e insinuaba que te lo hiciera saber. Con sumo gusto, le respondió burlonamente Cristian, y también llevaré la queja a *El Heraldo, La Libertad, El Tiempo, La República, El Universal* y a todos esos periódicos que ya deben, en estos tiempos de rapidez, adoptar tamaños reducidos, de libros, para leerlos con más comodidad en el sofá o en la cama.

Lo gracioso del asunto, le comenté al doctor Ujueta Toscano, es que yo me molesto con los amigos cuando me reclaman que no les ha llegado la "revistica". Entonces el orgullo paternal me obliga a responder: ni por el tamaño, porque es como una sábana, ni por el contenido, pues en ella escriben los cultores del razonar auténtico y social y económico de América Latina. Y agrego: o me la llamas revista, sin diminutivo, o no la recibirás.

Y lo más criticable, remata mi admirado amigo y compañero de inquietudes planificadoras de hace ya casi medio siglo, es el uso de palabras foráneas, que

deforman el idioma, y son también muestrario de pereza en la correcta utilización de su rico lenguaje. Por ejemplo, ya muy pocas personas responden: con sumo gusto, sí señor, así se hará, está muy bien, etc., sino simplemente "okey". Y es esta una palabreja que se escucha en boca de intelectuales, escritores, empresarios y obreros. Y qué decir del "full", "man", etc.

Bueno, le concluyo a Cristian, son efectos de las costumbres y modas. Ya, en el caso de vestir, como lo escribí en mi columna pasada, claudiqué. Recordé el pregón de los fisiócratas en el campo de la política económica: "Hay que dejar hacer y dejar pasar, porque el mundo va por sí mismo". Naturalmente, reservándonos nosotros el derecho de ser excepciones, cuando fuese necesario.

Tribuna abierta

Esta semana estaré disfrutando el paisaje de la bella tierra del viejo Caldas. La intelectual Martha Lucía Eastman, Directora de la Oficina de Cultura de la Alcaldía de Pereira, prepara una gran feria del libro, con la presencia de escritores, poetas y artistas del país. En uno de los actos se rendirá homenaje a la Universidad Simón Bolívar con exhibición especial de los libros publicados o patrocinados por nuestra Casa de Estudios. Con tal motivo una delegación bolivariana estará presente compartiendo alegrías con los generosos anfitriones.

Y también Manizales quiere recibirnos. El doctor Carlos Arboleda, Director del Instituto Caldense de Cultura nos ofrece la grata oportunidad de escucharnos en una conferencia. Y en Marsella y Santa Rosa de Cabal, tienen listas la audiencia para recibir el libro de Jorge Emilio Sierra Montoya, que recoge las historias

de sus antepasados, los intrépidos sembradores de café.

Por esos motivos cedo esta columna a amigos que en escritos pasados he tenido la complacencia de mencionarlos y comentar sus conceptos.

El doctor Edgardo Castro Rodríguez, el penalista y catedrático de riguroso vestir, me envía una carta:

"¿Qué mejor regalo que usted y sus excelentes contertulios me hicieran objeto de comentarios en una jocosa charla sobre costumbres y modas la otra mañana que disfrutamos las frescas brisas del Caribe?

"Al leer la columna pasada he meditado sobre sus apreciaciones y no puedo hacerme, de ninguna manera, la pregunta final. Hay que vivir acompasadamente.

"De mi padre aprendí a establecer diferencia entre el rigor de exigente presentación en las jornadas diarias y la soltura de los fines de semana.

"Es conveniente marchar con los tiempos, pero, eso sí, sin atropellar las formas propias del círculo especial en que nos desenvolvemos, y sin escandalizar. Al fin y al cabo, ¿de qué otra manera se puede disfrutar el

encanto del trópico en un medio día sabatino con música vernácula al fondo y con paladar finamente regalado?

"Sus notas me invitan a seguir siendo como soy, con la seguridad de ser feliz en medio de tanta barahúnda".

Por su parte, el arquitecto y urbanista, doctor Cristian Ujueta Toscano, en su misiva expresa:

"La referencia a mi nombre y a mis opiniones en tu columna, me llevó a recordar los casi cincuenta años de inquietudes compartidas, especialmente aquellas inolvidables en la Oficina del Plan Regulador, donde elaboraste el estudio socioeconómico de la ciudad de 1955, que sirvió de base para el primer plan de desarrollo.

"Con el apoyo de ese gran Alcalde que fue don Rodrigo Carbonell, dirigí esa dependencia, con la colaboración tuya y de los connotados profesionales doctores Boris Rosanía, Manuel D'Andreis, Roberto Acosta Madiedo y Raúl Oñoro Amador.

"En cuanto a la pereza en el hablar lo más penoso es que en el propio seno de las universidades el hablar es

víctima de limitaciones. He observado el fenómeno y encuentro que algunas letras ocupan el lugar correcto de otras para pronunciaciones indebidas.

"Y permíteme que trate en esta epístola el tema de la autonomía universitaria y la intervención estatal. En días pasados leí un artículo de tu hijo, el Rector José Consuegra Bolívar, con cuyos conceptos me identifico con una ligera aclaración de mi parte, en lo referente al Estado y la integración universitaria.

"Yo pienso que la exagerada intromisión del Estado en la vida de las instituciones, ha contaminado el manejo de algunas universidades oficiales o estatales. Lo mismo sucede con aquellas universidades no oficiales, mal llamadas privadas, financiadas en parte por la industria, el comercio, u organismos internacionales. Las oficiales porque actúan como subalternas en la política del Estado; y las privadas, porque a la larga sienten los efectos de una contraprestación que vulnera su independencia. En los dos casos se quebranta la conducción académica en su rumbo histórico, el de su naturaleza social y en su papel en el desarrollo científico y tecnológico, como acertadamente lo dijo el maestro Antonio García."

La Perla del Otún

Bien ganado tiene ese nombre Pereira. Porque ella es una joya que circunda el río de aguas frescas y morenas.

La ciudad es nueva para mí. Hace veinticinco años no la visitaba y ahora es distinta. El progreso la presenta como urbe esplendorosa de seguro andar. Modernas edificaciones, atractivas barriadas y lujosos centros comerciales. El hotel donde me hospedé invita al reposo. Parece acondicionado para el disfrute familiar. Incluso los canales de la televisión son ajenos a la vulgaridad pornográfica que pudiese perturbar a niños y jóvenes.

Y hay un acontecimiento que motiva la alegría de los pereiranos. La Feria del Libro abre sus puertas a la comunidad como ha venido haciéndolo en años anteriores. Es la obra de Marta Lucía Eastman, la incan-

sable intelectual que obsequia a su región y a Colombia la más bella fiesta de la cultura.

Son tres pisos con salones para las conferencias, la actuación artística y la venta de libros. Las casas editoras exhiben en sus puestos las publicaciones clásicas y recientes. La Universidad Simón Bolívar está allí presente, como ya se le reconoce, con sus ofertas de dos mil pesos (libros de pasta dura) y mil pesos, los corrientes.

El programa incluye conferencias mías y de doña Anita. En Bogotá, Manizales, Pereira y Marsella diserto sobre el porvenir de la biblioteca y el libro ante el atropello de la tecnología y los augurios de sus personeros. Mis argumentos se fundamentan en los temores que comienzan a tenerse en los propios países dominantes, donde se generan dichas modalidades. Porque la máquina selecciona y limita.

En mis alegatos, tal vez, en momentos, me dejé conducir por el entusiasmo. Y fui un poco exagerado en mi defensa del papel prioritario que le corresponde al libro en nuestro existir. Sobre todo al libro original que recoge el pensar auténtico de nuestros investigadores, científicos y literatos.

Y qué ironías del destino. Al regreso me entero de los sucesos en Sabanalarga, la cabecera municipal del corregimiento donde nací. El sitio, la ciudadela donde la inteligencia es peste, como antes se le llamaba, la patria chica de los Gobernadores del Atlántico del ayer, de Alcaldes de Barranquilla y Bogotá, de Ministros, de candidatos a la Presidencia de la República, de intelectuales, escritores, catedráticos, etc., ahora su juventud levanta la voz en reclamo excesivo de computadores. Desde bien temprano el doctor Rafael Bolaño, que en el grato recorrido por las tierras andinas había compartido mis tesis, me dice: Ahí tiene usted motivo para una página más en sus *Sorpresas del Tiempo*. Lo mismo escucho el comentario del doctor Leonello Marthe Zapata, admirador de Sabanalarga, la cuna de políticos y hombres de Estado. Para el doctor Marthe, la política es la ciencia social por excelencia. En ella reposa la responsabilidad del destino de los pueblos. Y en cuanto a su práctica, me comenta el médico y educador, hay que distinguir entre quienes hacen buen uso de su ejercicio y los llamados politiqueros. Porque, como ya se ha conceptuado, el ejercicio de la política no ha de ser otra cosa sino el buen sentido aplicado a la moral. Sabanalarga ha contribuido al país con reconocida cuota en el campo político. Y qué interesante sería que su juventud no olvidara el legado de sus padres y abuelos, concluye el doctor Marthe.

Bueno, regreso a Pereira y al laborioso Quindío. Una mañana la delegación bolivariana se escapó a Marsella, la tierra del escritor y periodista Jorge Emilio Sierra Montoya, a presentar su libro *Historias y Leyendas de Pueblo*. Es una pulcra edición patrocinada por la Universidad Simón Bolívar. En estilo poético y agradable decir, el autor relata las proezas de los colonizadores que domaron serranías y escogieron libremente moradas.

Marsella es bella y acogedora. Sus habitantes viven orgullosos de su plaza central, su Casa de la Cultura y el Jardín Botánico. Toda la comisión lamenta el poco tiempo disponible para el goce adecuado del patrimonio cultural e histórico de Marsella. En la Casa de la Cultura centenares de marselleses presididos por Alberto Hernández Laverde, Tomás Issa, Alberto Pineda, Fabio H. Giraldo, Aleyda López, Mary Montoya de Sierra, Gilberto López, reciben con expresiva complacencia el obsequio intelectual de su paisano. Y en los abrazos dejan constancia de gratitud.

En la noche un espectáculo singular nos espera. Es la velada artística que ofrece la agrupación de decenas de niños sordomudos del Instituto de Audiología Integral, que dirige la socióloga María del Pilar Cárdenas. En el concierto los acompañaron un coro de treinta infantes

y la orquesta sinfónica. Compartiendo regocijos estaban también el señor Ministro de Cultura, el señor Gobernador, la señora Alcaldesa, el señor Arzobispo, y los escritores, pintores, intelectuales en general llegados de todas las ciudades colombianas, entre ellos Jorge Valencia Jaramillo, Carlos Arboleda, María Lucía Serna, Antonio Cacua Prada, Otto Morales Benítez, Miguel Álvarez, César Valencia, Fabio Suescún, Jorge Mario Eastman, Horacio Gómez Aristizábal, y muchos otros.

Al día siguiente a escuchar a doña Anita en su tema sobre el folclor costeño. Y después, a regresar con las mochilas repletas de contento y de recuerdos.

La Navidad ayer y hoy

La navidad de mi infancia ofrecía el encanto de las noches iluminadas por miles de estrellas y luces. Todo era sencillo y natural como se cuenta en el relato divino.

Los niños llegaban a la iglesia a cantar en el pesebre hecho por las Hijas de María. Y poco afán había por recibir aguinaldos. Porque ya en los días anteriores, cada uno elaboraba el suyo.

Yo era un experto en trompos, cometas, caballitos, bolas de trapo y bolitas de uñita. Para moldear los pedazos de madera que se cortaban en los patios contaba con viejos cuchillos bien afilados en las piedras de centella. Mis hermanas Blanca y Toña, con la ayuda de mi madre y la máquina de coser "Singer", producían sus muñecas de trapos.

En la ciudad las cosas eran un poco distintas. El Niño Dios, o Papá Noel, como ahora se le llama, obsequiaba regalos, especialmente vestidos. La fiesta era el veinticinco, estrenando ropita y zapatos. Entonces las familias solían visitarse, y los muchachos, todos pintosos estrenando, soportaban las molestias de evitar ensuciarse y permanecer mucho tiempo sentados.

Para doña Anita el recuerdo de entonces la obliga a comentar la Misa del Gallo en la iglesia de San José. Como vivía en la esquina de la calle Bolívar con Ricaurte, ella y sus amigas no se escapaban de los regaños por gustar de la abundante arena del estrecho callejón de sardineles altos.

En el presente el festejo colectivo es la noche del veinticuatro. Y esta vez fue espléndido. Por todas partes bailes y desfiles de personas adquiriendo más y más aguinaldos.

La noche del veintitrés servimos de padrinos de los novios Edwin y Adalgisa. El matrimonio fue a las ocho de la noche en la Iglesia San Antonio de Padua en Soledad. A don César Ruiz, el conductor del taxi, lo citamos a las seis para gozar la oportunidad de pasear por las calles del sur de Barranquilla.

Y qué grata sorpresa. La extensa calle Murillo, la calle del Papa y todas en general, con centenares de almacenes, tiendas y expendios en las aceras, repletos de compradores de juguetes y demás objetos apropiados para los obsequios.

En la calle Murillo, en el amplio parque, de varias cuadras, del Cementerio Universal, se ubicó la feria del juguete con docenas de expendios. Y estaban repletos de clientes.

Los vecinos de los barrios del sur iluminaron sus calles con miles de bombillos multicolores. Las convirtieron en calles peatonales, con arcos deslumbrantes, para que las familias las recorrieran sin temor a los vehículos.

El festejo del matrimonio fue en la mitad de la calle, como suele decirse. Allí estaban las mesas, bien atendidas, para el disfrute compartido. Nada de recintos cerrados con fastidiosos fríos artificiales. La frescura de diciembre patrocinaba también la recreación.

Escribo estas notas en la mañana del veinticinco. Y desde la ventana miro las calles. Ni una persona las transita. Todos amanecieron emparrandados. Hasta

las horas de la madrugada bailaron y brindaron copas. Y el día parece solo adecuado para dormir.

Y los periódicos y noticieros traen buenas noticias. Ni un niño víctima de las quemaduras de pólvora. La campaña para evitar los fuegos pirotécnicos dio buenos resultados. Los padres actuaron con responsabilidad.

Sin embargo, pese a las aclamaciones por la paz, en estos propios días de supuesto pacifismo colectivo, la violencia en el interior del país continuó dejando su huella dolorosa.

Ojalá (y es el aguinaldo que deseamos recibir) este próximo año del dos mil uno, las conversaciones que adelantan las fuerzas en conflicto, encuentren el camino que conduzca a la convivencia de los colombianos, en un anhelado existir con justicia social para todos, y una total dignidad humana para los niños.

Carnaval, alegría y paz

Complacido miro en la televisión, oigo en la radio y leo en la prensa las noticias sobre el Carnaval. Y, como feliz complemento, Servientrega, la eficiente empresa dedicada al servicio del transporte de correo, me hace llegar, como obsequio navideño, el bellísimo libro de Samuel D. Tcherassi, *Carnaval de Barranquilla*, con el adelanto de las farándulas y pregones del presente año.

Pienso que nunca como ahora, en estos amargos días de violencia, odios, muertes, secuestros y guerra fratricida, el fomento de la alegría y la diversión compartida debe acogerse y fomentarse, como oportuno complemento a las gestiones de paz que se adelantan entre el gobierno y fuerzas insurgentes, y en la defensa de los idearios que anhelan la justicia social y las reformas estructurales y económicas.

El acontecimiento de la iluminación navideña es un ejemplo. Hasta el año antepasado solo las familias barranquilleras practicaban la buena costumbre de adornar casas y cuadras con bombillos multicolores. El año pasado en todas las ciudades las calles embellecidas con el festín de las luces facilitó sonrisas entre vecinos.

Ya toda la Costa Caribe rinde pleitesía al rey Momo. Y no cuatro días, como se piensa en otras partes. Son dos o tres meses. Porque el jolgorio de diciembre empalma con los carnavales para continuar la juerga sana.

Es de esperar que muy pronto, y ojala sea el año entrante, en todos los rincones de Colombia, Joselito Carnaval haga presencia y contribuya a desarmar los ánimos belicosos.

Desde niño, en Isabel López, me pintaban la cara. En bandadas los muchachos seguíamos los pasos de los disfrazados. Algunos de ellos lo hacían por tradición. El hombre sin cabeza, la loca, el domador de culebras, etc., eran los mismos. Pero siempre el pueblo aplaudía sus morisquetas. Y ellos se contentaban con un centavo de obsequio hasta reunir cuarenta y dos que era el precio de la media botella de ron blanco.

Esta vez en Barranquilla serán tres los desfiles. A los del Sur y Vía Cuarenta se ha agregado también otro que recorrerá la carrera Cuartel. Lo que quiere decir que hay espacio para todos los contertulios.

Con Doña Anita ya el ánimo se muestra en disposición. En varias tardes de sábados pasados hemos estado acompañando a los nietos en los desfiles. En uno de ellos, la Danza Infantil del Garabato, ella llevó de las manos a los mellizos, de apenas un año y medio, que seguían detrás del Moni y el Meme, los primos mayores.

Y aquí, en la casa, estos nietos se la pasan contemplando el hermoso colorido de las páginas del libro de Samuel Tcherassi. Allí está, en la pulcritud y el arte de la fotografía y la impresión, toda la riqueza y el testimonio de nuestra fiesta popular.

Este obsequio primoroso de Tcherassi a Barranquilla ha recibido el concepto acertado de los intelectuales, y críticos. Meira Delmar, la poetisa de Colombia, ha escrito: "La imagen que surge de la breve palabra, del vocablo que por sí solo ríe y se mueve en el aire como la serpentina que acaba de lanzar la mano de un niño, no es la máscara preciosa que aparece y desaparece tras la música frente al Palacio del Dux, ni la carroza

elaborada que desfila por las riveras de la Costa Azul... La imagen que nos sale al encuentro si alguien dice de repente ¡Carnaval!, es la de una ciudad crecida entre el río y el mar...".

Y Roberto de Castro, en el prólogo, dice: "Nada más serio para un barranquillero que se respete que hablar sobre el Carnaval de Barranquilla. Porque el Carnaval es una civilización en marcha, que avanza orgullosa y progresivamente hacia un futuro siempre innovador, que pretende ir introduciéndose en un género humano... Por eso el libro de Tcherassi es una enciclopedia gráfica...".

Carlos Guerrero Hernández opina que "El Carnaval de Barranquilla constituye una de las expresiones culturales más importantes de nuestro país por el folclor saturado de la alegría y tradición. Y es así como Samuel Tcherassi capta los personajes, destacando a los principales exponentes del alma y el corazón de las fiestas carnestoléndicas".

Por mi parte, en mi solidaridad perpetua con la paz, la alegría y la cultura del pueblo, agrego: Gracias Barranquilla, y gracias Samuel D. Tcherassi, por esta artística y espléndida biografía de nuestro Carnaval.

Libros, humor y Carnaval

Hebbel opinaba que el humorismo es la única creación completa de la vida. Y no le faltaba razón. Porque son muchos los pensadores que elogian el cultivo de la jovialidad. Para ellos, digamos por caso Montaigne, la prueba más clara de sabiduría en el ser humano es la alegría permanente. Y Marcial, con radicalismo, sentenciaba: "Si eres sabio, sé alegre". Ahora, si el humor y la gracia es compartida, entonces es doble el beneficio.

Mis amigos gustan del provecho al buen estado de ánimo. Y entre ellos sobresale el arquitecto, poeta y cuentista, Gustavo Raad Mulford.

En los muchos años que tengo de tratar al doctor Raad Mulford, nunca la sonrisa ha estado ausente de su rostro. Hasta tiene la virtud, pienso que con exclusividad entre el grupo de los profesores y funcio-

narios de la Universidad Simón Bolívar, de aceptar, con desconcertante complacencia, toda clase de observación, reproche o crítica que se le haga.

Y ahora, como para obligarnos a ser partícipes de su ingenio, vale decir, de la "chispa y talento para ver y mostrar el aspecto gracioso de las cosas", ha escrito un diccionario de brevedades, que él llama *Condensatorio*, palabreja que no registra la Real Academia, pero que hay que suponer proveniente de condensar, en las acepciones figuradas de sintetizar, resumir y compendiar.

Aquí, en *Condensatorio*, la gracia puede saborearse en cada párrafo. Son razonamientos que en el ropaje del gracejo esconden realidades. Ramilletes de verdades. Muchas de ellas nos llegan. Forman parte del cotidiano existir. Y por eso duplican el placer de leerlas y releerlas.

En el capítulo a la filosofía, el juicioso discurrir le abre las puertas al Gustavo ocurrente para dejar constancia de su visión de los hechos. Él conceptúa por los otros y permite sopesar lo distinto que serían las cosas si sucediesen a su manera de sentir.

Y qué borbolleo de frescas aguas emergen espontá-

neas en las definiciones del silencio. Allí están las explicaciones graciosamente acertadas de la abstención en el hablar, o del cerrar el pico. Y el risueño autor pone al descubierto el verdadero origen de ciertos silencios. Como el de Gardel, para que la serenata penetre a la alcoba de la amada; el imposible, a pesar de los afanes de los maestros en las escuelas primarias; o el del niño, cuando la mamá pregunta quién se comió el dulce que estaba encima de la nevera.

Como estamos en carnavales suspendo lecturas para ir con doña Anita y los nietos a gozar el hermoso espectáculo de los desfiles. Ya hemos asistido a tres: el del Garabato, la Guacherna y la Batalla de Flores de los Niños.

El Carnaval es la más genuina expresión de nuestra cultura popular. Y todo su conjunto (disfraces, cantos, bailes, comparsas, mojigangas) recogen la tradición que utiliza la burla y el donaire para danzar y obsequiar alegría.

Estercita Forero estuvo acompañada, como nunca, con decenas de miles de bailarines y sus faroles. Y los niños se sobraron en su muestrario. Desde las tres de la tarde hasta las siete de la noche, todos plenos de seducción carnestoléndica, con sus pequeñas reinas.

Cuando llegamos al sitio acordado ya estaban allí los doctores Rafael Bolaño Movilla y Gustavo Raad con sus familias. En las cómodas sillas y en primera fila nos esperaban. A mi niña mimada, comentó Gustavo, en el colegio le pusieron una tarea sobre el Garabato. Y aquí la traigo para que aprecie directamente el significado de dicho gancho, en la bella fiesta. Y el doctor Bolaño, se reía de un amigo interiorano que ante su invitación cordial, le respondió que no gustaba de los tumultos ruidosos del Carnaval. Pero, a lo mejor, comentaba el ilustre jurista, goza en los bochornos de los estadios con botellas, piedras e injurias que suelen utilizar los llamados hinchas de los equipos contrincantes.

Y mucha razón tienen mis amigos. Porque los desfiles mencionados los cobijó el comportamiento cívico y respetuoso de la multitudinaria concurrencia.

Bueno, pero *Condensatorio* se sale con la suya. Porque a pesar del derroche de colorido, rítmico bailoteo y estimulante sonar de la flauta de millo y de los tambores, el doctor Tomás Wilches y doña Miriam, los educadores cucuteños que aman a Barranquilla, en los segundos que separaban una danza de otra, solicitaban al doctor Gustavo Raad Mulford, que les hablara de su espléndido libro.

La bella ciudad del ayer

"Cuando Barranquilla restaure el centro no tendrá nada que envidiarle a las ciudades europeas que muestran orgullosas sus conjuntos arquitectónicos del pasado".

Así se expresaba el periodista e intelectual doctor Jorge Emilio Sierra Montoya, Director del diario bogotano *La República,* la otra mañana que recorrimos las calles del centro y otros sitios.

Gracias a la invitación del arquitecto y acuarelista doctor Ignacio Consuegra Bolívar, fue posible el grato e inolvidable paseo. Sentados en el piso de una camioneta descubierta, sin techo, se facilitaba la observación de la esplendidez de los edificios abandonados, pero aún en pie, a la espera de restauración y embellecimiento.

Todos iban contentos. Porque los paseantes eran de

diferentes edades. Allí estaban los mellizos, de apenas dos años y medio, con sus padres, Porfirio y Anita Bayuelo; también el Moni y el Meme, los de Ignacio y Carolina, y lamentaban la ausencia de Tomás y Miriam Wilches, los educadores santandereanos que nos habían abandonado la noche anterior, pero que desde Cúcuta preguntaban por el paseo.

Todas las calles esplendorosas del ayer, fueron recorridas en lenta marcha. La del Comercio, con los edificios del Banco Dugand, que es una joya. Mogollón, el Betjala, el Hotel California, el antiguo Banco de la República y el Faillace; la Real, con balcones atractivos.

Ignacio muestra con orgullo la Plaza de la Aduana y el Colegio Biffi. En el Biffi recorrimos sus instalaciones y el doctor Sierra Montoya aprovecha las espléndidas amplitudes de la capilla del segundo piso, para rezar un Padrenuestro.

El Paseo de Bolívar, que también tuvo antes los nombres de Calle Ancha, Camellón Abello y Paseo Colón, se entusiasma con la restauración. Diagonal a la estatua del Libertador se embellece un edificio comercial, antigua sede de la Emisora Atlántico, y otros siguen el ejemplo.

La zona del antiguo mercado conserva sus características del pasado. Como era domingo, la limitación de la actividad comercial obligaba al recuerdo. Cuando mozuelo allí llegaban los camiones de Isabel López, y yo solía visitar el lugar para saludar a mis paisanos y enterarme de los sucesos del pueblo.

Después de tanto gozo fuimos a comer a la orilla del Magdalena. En el barrio Las Flores, cerca de Bocas de Ceniza, donde abundan los restaurantes, incluso con sus comedores encima del agua. Son lugares sencillos pero que desbordan en paisajes subyugantes. Sobre todo para los compatriotas del interior que llegan a Barranquilla con el programa de acercarse al caudaloso río. Ignacio habla de un proyecto de zona peatonal por la orilla para que las familias lleven a sus hijos a conocer su río y a disfrutar el paso interminable de miles de matas, muchas de ellas que parecen islas flotantes y viajeras, a veces florecidas y con pájaros e iguanas de pasajeros.

Bueno, gracias a Ignacio y a Carolina nuestro amigo Jorge Emilio regresa contento a Bogotá, con disposición y ánimo de regreso con su señora e hijo en los frescos días de diciembre. Aunque, bueno es decirlo, todos los que integramos el grupo, sentimos orgullo y beneplácito con lo mucho que Barranquilla tiene para mostrar, ojalá en un futuro cercano.

Diciembre y la alegría

Llegó diciembre y la alegría. A doña Anita la despierto bien temprano para mirar el cielo azul y recibir el frescor acariciante de las brisas. Es una vieja costumbre. Este año, un poco preocupados, por la amenaza de la persistencia de las lluvias. Antes las nubes respetaban la fecha y se retiraban a tiempo. Pero, todo ha transcurrido normalmente.

En la tarde salimos a recorrer las calles. El centro, el sur y el norte están animados. Los almacenes repletos de visitantes que inician la compra de los regalos navideños. Y esto ha seguido así. Como nunca, el afán de la adquisición de los obsequios supera lo acostumbrado. Y como se vive el modelo neoliberal, de todo se ofrece, proveniente del Asia, Europa y Norteamérica.

Diciembre también nos permite volver a recorrer

la carrera 58 en el Festival del Arte al Aire Libre. Allí se han dado cita los más sobresalientes cultores del arte. Lo mejor de la artesanía puede contemplarse y adquirirse.

La familia barranquillera disfruta el espectáculo en su séptima versión. Y el propio Gustavo J. García, gestor del festival, lo aprovecha con sonoras carcajadas.

A doña Paulina de Castro Monsalvo la saludamos en el quiosco del Museo de Arte Moderno, que atiende su directora, María Eugenia Castro.

Y para que todo sea completo, doña Sylvie Chavagneux, esposa del director de la Alianza Colombo Francesa, prepara platillos y crepes.

Los roqueños, con el festejo de los cuarenta y cinco años de la Asociación de ex alumnos Salesianos, multiplican el gozo de diciembre. El doctor Rafael Iglesias, hermano de Aniano, el compañero gaitanista del ayer universitario, otorga, en nombre de su organización, placas de reconocimiento cívico a doña Anita y a otras personalidades.

La conmemoración de los roqueños, me obliga a recordar noches de la niñez y primera juventud.

Entonces no le perdía un minuto a la famosa fiesta de San Roque. Todos los habitantes de Barranquilla y de las poblaciones vecinas, desde las seis de la tarde, copaban el espacio de la calle de las Vacas, desde el Callejón de Igualdad hasta el de Concordia. Vale decir, cuatro cuadras.

La Vaca Loca era la máxima atracción. De su cabeza y cuero salían decenas de buscapiés y fuegos artificiales. Y detrás de ella, los niños con su alboroto y gritos contagiosos.

En las ruletas, grandes y chicos apostaban, porque solo se ganaban los premios exhibidos: Dulces, camisetas, galletas, cuadernos, lápices, y muchas otras cosas.

Nunca supe de nada que tuviera que ver con la violencia. Las únicas peleas eran las de los boxeadores espontáneos que subían al *ring* en busca de premios. Por cierto, todas las noches un famoso mudo, deleitaba al público con su virtuosismo que le permitía ganarse a los novatos.

Bueno, gracias al doctor Iglesias, y a la doctora Iveth Rodríguez, por la fiesta roqueña, y a diciembre por su cielo azul.

La iluminación navideña

La iluminación navideña es digna de mostrársela a los amigos que nos visitan. Y eso lo hago casi todas las noches con doña Anita. Porque no es tanto la patrocinada por la Alcaldía y otras entidades, que en otras ciudades es la misma. La que nos regocija es la respuesta afirmativa de los vecinos en el embellecimiento.

En todos los barrios, del norte y del sur, parece darse una emulación entre moradores para continuar la tradición. Y este diciembre supera a todos los vistos en el pasado. Hasta los edificios obligan a detener a los paseantes para contemplar la variedad de los colores de los alegres bombillos.

Y muchas viviendas no se limitaron a la deslumbrante iluminación. También adornaron las terrazas y jardines con pesebres y nacimientos. Y allí está el Niño Jesús rodeado de sus padres y de los reyes magos.

En las carreras 57, 58, 59, y demás, parecen empeñados en la más hermosa competencia. Y hay que ir con los ojos bien abiertos para mirar en las dos aceras. Mis nietos se divierten mucho porque se les da por anunciar la más bella de las iluminaciones. Pero a cada momento gritan: Esta, esta, y así pasan las dos horas del callejeo.

César Ruiz, en su móvil ochenta, como buen conocedor de los barrios del sur, en uno de los cuales reside, se muestra orgulloso. Permite que en su taxi todos nos acomodemos. Y baja por la calle Murillo, repleta, como ninguna otra, de almacenes, tiendas y restaurantes. Allá, en sus predios, marcha bien despacio para que gocemos el espectáculo de las casas adornadas con los focos multicolores.

Daniela, la muy conversadora nieta de los esposos Wilches Durán, educadores cucuteños, no quería regresar a la capital del Norte de Santander. Y obligó a los abuelos a prometer el regreso el año entrante.

Otros acontecimientos han complementado el contento decembrino. El Colegio Distrital para la Educación Cooperativa y del Trabajo, bajo la Rectoría de la doctora Celia León Cantillo, entregó a los habitantes

del barrio Santo Domingo de Guzmán, la primera promoción de bachilleres.

Fue esa una fiesta académica digna del recuerdo. Grupos folclóricos deleitaron a los padres de familia e invitados. Y los graduandos recibieron obsequios, especialmente libros.

El seis de diciembre Isabel López inició las fiestas de la Inmaculada con la graduación de cincuenta nuevos bachilleres. La iglesia y el colegio se vistieron de gala para recibir a una numerosa delegación llegada en dos buses. Ahí estaban educadores y escritores de Barranquilla, Bogotá, Cúcuta, Cartagena y otras ciudades del país. Y alguno de ellos, como Jorge Ignacio Pérez, Juan Uricoechea y Jorge Jofre, de la casa Editorial Grijalbo, recibieron diplomas de hijos adoptivos. También fueron galardonadas las doctoras Nancy Vergara Romero y María Oralia Osorio, del Centro Cultural Santa Catalina.

La delegación de la Universidad Simón Bolívar la integraban Rafael Bolaño, Manuel Figueroa, Porfirio Bayuelo, Ana de Bayuelo, César Esmeral, Gustavo Raad, Jorge Bolívar, Antonio Spirko, Jorge Greco, Martha Carrascal, Ledys Aguilar, Rafael Iglesias y Sarita de Iglesias.

Al pie de la lona cantaban los himnos del Atlántico y del Colegio, centenares de niños, que abrían calle de honor hasta la iglesia. El señor sacerdote Jorge Osorio y el rector Diomedes Barros nos esperaban para el inicio de la misa. Después, en el Colegio, el amplio edificio de cinco pisos, único en esa región del centro del Departamento, se prendió la fiesta. Doña Anita colmó con obsequios, libros y revistas a los bachilleres y familiares. Y todos expresaban, con sus sonrisas, gratitud.

Cultura

Defensa de las bibliotecas

El catedrático y científico social, doctor Aquiles Escalante Polo, ha redactado un manifiesto de rechazo al proyecto oficial de fusionar la Biblioteca Departamental Meira Delmar con la Biblioteca Piloto del Caribe que funciona en las restauradas instalaciones de la Aduana. En la protesta pública acompañan al veterano e ilustre educador los intelectuales de la ciudad.

Las bibliotecas siempre han sido en el transcurso de la historia símbolos de la cultura y la creación intelectual. Los investigadores recuerdan que ellas existieron en los tiempos más remotos, y desde entonces merecen respeto como depósitos que son del saber humano.

En todas las ciudades y naciones las bibliotecas ocupan edificaciones apropiadas. Antes, los centros urbanos mostraban con orgullo sus majestuosas bibliotecas. En nuestros días la máxima satisfacción

es contar con muchas bibliotecas que satisfagan las exigencias de la comunidad. Vale decir, que estén cercanas a las residencias de los habitantes. En cada barrio las bibliotecas ofrecen a los estudiantes y lectores en general, la riqueza que resguardan los estantes.

De acuerdo con los historiadores de las bibliotecas más antiguas, en Jerusalén existió la de los judíos, lamentablemente destruida por los romanos. Las de las ciudades egipcias poseían cientos de miles de ejemplares. En Grecia sufrieron saqueos de los invasores de turno. En Roma distintos emperadores fundaron bibliotecas. Y ya en el siglo cuarto contaba con veintinueve.

En fin, en todos los países del mundo sus gobernantes han gustado de dejar sus huellas al patrocinar nuevas bibliotecas, y solo en las bárbaras conquistas la acción guerrera perturbó sus existencias.

No es, pues, razonable ni de buen gobierno para una ciudad reducir sus bibliotecas con fusiones, y mucho menos con argumentos relacionados con el gasto público. Porque los presupuestos deben atender con prioridad la educación, y esta se apoya en los libros que resguardan las bibliotecas, para bien de objetivos fructíferos.

Como alega el profesor Escalante, "Las bibliotecas son guardianes de la herencia social de la humanidad, de las regiones y de la comunidad, con el objeto de facilitar el tránsito por los caminos de la generación y desarrollo de legados que a la hora de los balances finales del hombre son los que hablan de la grandeza de los pueblos".

En el caso de la Biblioteca Departamental Meira Delmar, su mención me obliga al recuerdo grato. Buena parte de mi infancia y juventud transcurrió en sus alrededores y en su seno. Estudié el bachillerato en el Colegio de San José, bajo la orientación de los jesuitas. Ahí está la esplendorosa edificación cumpliendo la misión propiciadora de la educación juvenil, y la bella e imponente iglesia, que todas las mañanas recibía a la muchachada en la misa obligatoria antes de iniciar clases.

Aunque el colegio tenía su magnífica biblioteca, muchos de los estudiantes gustábamos de utilizar los recursos librescos de la Biblioteca Departamental, siempre dirigida por escritores y personajes ilustrados.

Y ahora, cuando la población de Barranquilla necesita cada vez más del estudio, nada puede justificar

el cierre de una biblioteca que, por su importancia y significado, lleva el nombre de la exquisita poetisa, primerísima figura de las letras colombianas, doña Meira Delmar, quien por varios años la dirigió con dedicación creadora.

Que los clamores del doctor Escalante sean escuchados en las esferas oficiales y, por el contrario, se amplíen los recursos dinerarios de la gran Biblioteca Departamental Meira Delmar, para enriquecer su patrimonio de libros, en la sagrada labor de servicio a la cultura y el saber.

La Barranquilla del ayer esplendoroso

En estos días muchas son las voces de protesta escuchadas por el marcado centralismo. En mis columnas varias veces he tratado el asunto. En verdad el absurdo involucra humillación y menosprecio a las estrategias y normas propiciadoras de la superación del subdesarrollo y la dependencia a través del adecuado aprovechamiento de la actividad económica.

Ahí esta el caso de AVIANCA, la misma SCADTA, que nació en Barranquilla, y es propiedad de un barranquillero. Ahora, para viajar a cualquier ciudad del norte hay que ir a Bogotá a tomar el avión, para después pasar, tres o más horas después, por encima de Barranquilla. Lo mismo sucede con Maracaibo o Caracas, a una o media hora de vuelo directo. Sin embargo, la ruta impuesta desde Bogotá obliga a perder todo un día en la insensata realidad centralista.

Y lo mismo sucede con la localización en el interior del país de las industrias de exportación y productoras de mercancías que utilizan materias primas extranjeras. Se castigan los costos, y se descarta la posibilidad de una competencia favorable en mercados exteriores.

Y lo triste del presente es recordar el papel que le correspondió a Barranquilla hace apenas un siglo. En el libro *Barranquilla, Umbral de la Arquitectura Colombiana*, de Ignacio Consuegra Bolívar, la información histórica es abundante. El autor compila y analiza. Hubo un tiempo en que el presupuesto nacional se alimentaba casi en su totalidad de los ingresos provenientes del puerto de Barranquilla. El muelle de Puerto Colombia se inauguró en 1893. Con cuatro mil pies de longitud era el segundo más grande del mundo. Para entonces se contaba, al decir de Elías Porter Pellet, cronista de esos días, con acueducto, un "soberbio mercado que admiran forasteros y extranjeros, y quizá no haya otro que le sobrepuje a la América española", hospitales y colegios. Creemos, agregaba el acucioso observador, "que ninguna otra ciudad de Sud América, haya tenido progreso tan señalado como el de la nuestra, y lo que más asombra es que se haya duplicado la población en poco tiempo".

Para finales del siglo XIX las industrias se multi-

plican. También se organizan bancos, y en 1884 la energía eléctrica, los teléfonos y el telégrafo hacen de las calles una tela de araña con sus alambres. En el campo de la cultura los teatros y la imprenta responden a las exigencias.

Ya en el siglo XX el propio Javier Cisneros, el ingeniero arquitecto del muelle, importa el primer tranvía a vapor. En 1903 en el Teatro Municipal se exhiben películas con proyección movida. En 1916 se inicia la construcción del Teatro Colombia con capacidad para tres mil espectadores.

En el área de la arquitectura el modernismo se inicia en 1920 con la urbanización del Prado, aunque maltratado por la indolencia permanece el testimonio de esa época de esplendor. Amplias avenidas arborizadas y residencias de arquitectura impresionante. Y el Hotel El Prado, construido por Burdette Higgins, por autorización de las familias Parrish y Obregón. Ahí está ese coloso de setenta y tres años, con sus bongas, palmeras e imponencia y su belleza desafiando el paso de los años.

En los años cincuenta todavía Barranquilla daba ejemplo en el campo de la urbanización. Entonces su Oficina del Plan Regulador que dirigió el arquitecto e

historiador Cristian Ujueta Toscano publica el primer Código de Urbanismo. A mí me correspondió redactar el estudio económico. Con la experiencia adquirida en la materia, después, desde la Planeación Nacional, tuve a mi cargo la honrosa misión de organizar las oficinas de Planeación de todos los Departamentos y de sus capitales en el país.

La gracia de la arquitectura de Barranquilla, opina Ignacio Consuegra Bolívar, fue su orientación en un sentido regional. Es decir, respondió a la manera de ser y de vivir de sus habitantes, utilizando hasta el máximo materiales de la región.

Bueno, que la conducta nefasta del centralismo ceda pronto a la cordura, para que las ciudades porteñas, Barranquilla, Cartagena, Santa Marta, Buenaventura y Tumaco, cumplan a cabalidad el papel que les corresponde en el camino integral del desarrollo nacional.

Poesía, bendita seas

En estos tiempos de angustia y temor es necesario intentar el refugio. Las horas del oscuro existir que prodiga la violencia exigen resguardos. Ante el Sol que calcina, la sombra del árbol es bienhechora.

Yo me valgo de la poesía para saborear descansos y mitigaciones. Ella ofrece su generoso albergue. Por cierto, los poetas parecen conscientes de su papel histórico. Ahora como nunca el regalo de su inspiración se ofrece pródigo.

En cada amanecer recibo nuevos libros de los poetas colombianos, con sus cantos de amor y esperanza. De Bogotá, Clara Samper me escribe: "La última vez que nos vimos te hablé de mi obra poética, y luego escribiste un artículo en *El Heraldo* sobre tu amistad con Darío Samper, y sobre mi poema *Padre de Piedra y Cielo*. Aquí va Mario, por fin, a tu ciudad querida, y

le he recomendado la misión de entregarte veinticinco poesías de mi próximo libro *Pájaro de Sol*".

De inmediato me entrego a la lectura y al recuerdo. Con Darío Samper me unieron inquietudes políticas e intelectuales. En un comienzo compartimos compromisos en la divulgación de los idearios gaitanistas. Entonces, desde las páginas del *Frente Nacional*, el semanario que yo había fundado en Barranquilla, y *Jornada*, bajo su dirección en Bogotá, expresábamos solidaridad integral con la conducta revolucionaria del caudillo mártir. Los jóvenes universitarios del momento no ahorrábamos esfuerzos para responder al llamado insurgente.

Después, al pasar el tiempo, seguí los pasos del poeta para escuchar sus poemas en las tertulias literarias.

Y ahora cuánta alegría me obsequia Clara al demostrar que responde felizmente a la herencia de su padre, con una poesía repleta de color y sabrosura.

Pájaro de Sol recoge dos cosechas. Una de los primeros años, bajo el efecto del existir norteamericano. Es 1970 transcurrido en Nueva York. Allí, en la gigantesca metrópoli, ella ve a la gente que pasa igual a pequeñas y dóciles hormigas. Las calles están llenas de caras

tristes, miradas de pantera, y ojos de ciervos. Sin embargo, ama la urbe como si fuese una alborada.

Harlem le conmueve con los negros de chaquetas amarillas y dientes de coco. Piensa que Walt Whitman la invita a sentarse a su lado en la orilla del río, para mirar las nubes, mientras bajo el puente arde el oro de octubre.

La poetisa aprovecha la primavera para saborear sus frutos. Y hace saber que el vino de la madrugada que entra por las ventanas cumple el papel de la mariposa embriagadora. Y se vale de ese obsequio de la naturaleza para cantarle a la vida y tejer ensueños.

Ya de regreso, el paisaje criollo la domina. En su Valle de Tenza goza en el cielo de arcilla, donde el maíz se levanta con sus crestas despeinadas y sus granos históricos que alimentan a los niños. Y escucha atenta las coplas campesinas del bambuco risueño, que se alegra aún más con el sonar del chasquido de las copas de aguardiente. Y la hija adolescente que se inicia en el amor la estimula diciéndole que el río Magdalena, conmovido, llora con ella.

En Cartagena la poetisa se entrega al mar, y le pide que la acaricie para viajar desnudos al cielo. Llévame

contigo, le suplica, hasta perder de vista la tierra, y arrúllame en los suaves cojines de tus brazos.

Ahora solo nos queda esperar que la poetisa Dora Castellanos escriba el prólogo para presentar el poemario hermoso de Clara Samper en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, tal como hicimos con los libros de los poetas Óscar Flórez Támara, Max Rangel Fuentes, Guadid Ospino Peñalosa, Tarcisio Agramonte Ordóñez, y otros cultivadores de la palabra iluminada.

Todos estos poetas responden al compromiso creador. Flórez Támara, por ejemplo, se deleita con poemas cortos repletos de mensajes. En *El Dolor y la Esperanza*, desde su amado Sincelejo recuerda al mar como una lágrima de amor salada por el sueño. Le confiesa a la amada que cuando recuesta el oído a su pecho descubre que en su cuerpo la vida se fabrica diariamente y arden las estrellas con silencio sonoro.

Gracias, poetisa y poetas, por las manos extendidas. Y tú, poesía, bendita seas.

Cartagena, turismo y libros

Mis recuerdos de Cartagena, de la Cartagena del ayer, poco compaginan con esta realidad navideña. Hace cincuenta años llegué a la ciudad por primera vez. Entonces me desempeñaba como catedrático con la Escuela Naval y columnista de *El Universal*. Eran los tiempos de intolerancia política y de exilios. Pero la toma del poder por los militares supuso un cambio de conducta.

Por consecuencia de lo anterior el conductor liberal, Carlos Lleras Restrepo, regresó a México, por la vía marítima. Entonces el doctor Domingo López Escuriaza invitó a los jefes políticos de la Costa y a periodistas y amigos para darle la bienvenida.

Pero esa mañana muy pocos estaban en el puerto recibiendo a quien fue después Presidente de la Re-

pública. De Barranquilla, por ejemplo, apenas acudió el periodista chocoano Leopoldino Machado. El temor al actuar oficial predominaba. Yo, por ejemplo, que fui solidario con el doctor López Escuriaza, sufrí las consecuencias. Al tercer día me separaron de la cátedra, porque un detective enviado desde Bogotá vino a informarse de lo acontecido.

Unos años después, ya restablecida la normalidad política, fui invitado por el doctor Gumersindo Serje a vincularme a la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena, como también lo hizo con Jorge Child, Raúl Alameda Ospina, Bianor García, Alberto Ruiz Vélez, Fabio Morón, Carlos Calderón Mosquera, Simón Bossa, Luis Meléndez y Lácides Cortés.

En esos días Cartagena era sencillamente plácida. Aún la idiosincrasia colonial conservaba sus rasgos en el campo del existir familiar. Apenas en Bocagrande estaba el Hotel Caribe y en las calles del suntuoso barrio prestaban servicio un bus mediano y otro pequeño.

Todas las tardes, después de cumplir los compromisos académicos, algunos catedráticos, presididos por el maestro Roberto Burgos Ojeda, salíamos a caminar

por las calles y las playas y a conversar con amigos y transeúntes.

Ahora llego a Cartagena y aquello es otro mundo. Nunca antes había visto tantos turistas o nativos departiendo en las calles y disfrutando comidas, helados o cervezas en miles de establecimientos. Y eso que doña Anita y yo hemos recorrido muchos países. Ni en la legendaria Calle Corrientes, de Buenos Aires, ni en la Séptima bogotana la acumulación era tanta.

Y todos esos miles o cientos de miles de cartageneros y visitantes, se apreciaban plenos de alegría y regocijo.

Recorro la ciudad y en ningún restaurante o heladería hay sitios disponibles. Las playas son verdaderos hervideros humanos. Y son espaciosas, con extensiones interminables. Pero en todas partes predomina el contento y el disfrute. La urbe está preparada para atender exigencias.

Y como si toda esa multitud de visitantes fuese poco, a su puerto arriban los trasatlánticos con miles de turistas en disposición y ánimo de apreciar sus murallas, sus calles coloniales y la sabrosura de las

aguas marinas tibias. Allá conversamos con algunos de los pasajeros del Queen Elizabeth, considerado uno de los tres más grandes palacios flotantes.

En verdad mi descanso fue de lecturas, como siempre he acostumbrado. Por instantes contemplo la multitud, y de inmediato empiezo a compartir inquietudes con los autores.

Ya lo he comentado en columnas anteriores: Ahora como nunca los escritores se entregan a su sagrada misión. Libros y más libros publican en América Latina. El caso de Barranquilla es sorprendente. Todos los fines de semana se presentan nuevas publicaciones, en actos concurridos festejados solidariamente.

Aquí estoy saboreando las páginas de *Popayán en su anécdota*, que desde las inolvidables tierras caucanas me hace llegar el ilustre historiador y académico Jaime Vejarano Varona. Y de Venezuela Tito Balza Tantaella sus *Motivos Históricos*, con bosquejos sobre la obra de los libertadores. Los economistas Arturo Ortiz, Héctor Núñez y Arturo Bonilla, todos ellos veteranos miembros del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, reúnen

valiosos ensayos en el volumen *Cambios Urgentes de la Política Económica a partir del año 2000.*

Bueno, en próximo comentario escribiré sobre los de acá, de cuantiosa oferta.

Debo también agradecer a los generosos amigos que se suman al enriquecimiento del Museo Bibliográfico Bolivariano, de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar. Ya son casi cinco mil los libros coleccionados sobre El Libertador.

Periodistas, escritores y San Roque

Nuevamente la Iglesia de San Roque festejó, con misa solemne y la presencia de autoridades e intelectuales, el Día de los Periodistas.

Más de dos horas exigió la ceremonia. Y al final, todos los allí presentes permanecieron más tiempo disfrutando la grata oportunidad de intercambiar saludos y opiniones.

Un grupo selecto de sacerdotes, encabezados por los presbíteros Gervasio Fornara, Víctor Tamayo, Claudio Blanco, Hermes Nieto, Dagoberto Berdugo y Julio César Stand, presidió la ceremonia religiosa.

El doctor Gervasio Fornara es un orador agradable, que trata con plenitud de conocimiento y decir placen-

tero, temas relacionados con la historia de la ciudad y de las tradiciones dignas de resguardarse.

Todos los años, en un ritual casi legendario, los periodistas que prestan sus servicios en los periódicos, revistas, televisión y radio, acuden complacidos al encuentro el nueve de febrero, día de su fiesta, a la iglesia de San Roque. Allí se reúnen camaradas, amigos del ayer y compañeros de trabajo e inquietudes.

Antes los barranquilleros y los habitantes de los pueblos vecinos seguían los pasos de la procesión y disfrutaban en las tardes y las noches de la más auténtica y guapachosa de las fiestas, apenas emulada, en la diversión colectiva, por los carnavales.

De niño iba con mis familiares a admirar los variados espectáculos: boxeo, con el famoso mudo que peleaba y ganaba todas las noches; la Vaca Loca, con sus misteriosos cachos, de los cuales brotaban chorros luminosos de buscapiés; la lluvia de cohetes que iluminaban el cielo; las ruletas, para apuestas de centavos; las fritangas soledeñas; las varas de premio; los castillos de fuegos artificiales; la bola de candela y tantos otros entretenimientos.

Nunca he sabido quién fue, o quiénes fueron,

los desafortunados ocurrentes que patrocinaron la extinción de las fiestas, iniciadas después de rezar la novena en la iglesia.

Y, oportuno sería, pensar en revivir las festividades. A los amigos periodistas los he invitado a promover esta misión que los barranquilleros del ayer añoran, y los de hoy recibirían con beneplácito.

El padre Fornara, después de implorar la paz y la convivencia de los colombianos, invitó a las personalidades asistentes a expresarse. Y el señor Gobernador, doctor Ventura Díaz Mejía, en su condición, también de periodista, solicitó a sus compañeros de oficio, continuar cumpliendo con absoluta fidelidad el compromiso con la verdad y con la defensa de la justicia social. Por su parte el señor Alcalde, doctor Humberto Caiafa, solicitó muy respetuosamente a los señores periodistas que continúen, como hasta ahora lo han hecho, sirviendo a la responsabilidad e imparcialidad que exige el oficio, para bien de la comunidad en su conjunto.

Esa misma noche la Universidad Autónoma del Caribe rindió homenaje al gran Chelo de Castro, el veterano periodista, inauguró la sede de la Biblioteca Moderna del Periodismo y presentó dos libros de los

catedráticos Jaime de la Hoz Simanca y Anuar Saad Saad.

Espléndidas fueron las horas departidas con los distinguidos asistentes en las acogedoras instalaciones de la prestigiosa casa de estudios superiores que dirige el doctor Mario Ceballos Araújo y su señora, doctora Silvia Gette de Ceballos.

Los discursos pronunciados por los escritores merecieron los sonoros aplausos de los concurrentes. Los doctores De la Hoz Simanca y Saad Saad derrochan entusiasmo y responden al quehacer fecundo de Uniautónoma en el campo de la cultura.

Como ya lo he comentado en semanas pasadas, en Barranquilla, en la Costa y en todo el país, la labor editora sigue ofreciendo pródiga cosecha. Este jueves pasado la Universidad Simón Bolívar y la Sociedad Bolivariana del Atlántico rindieron homenaje al Libertador, y presentaron libros en la Casa de la Cultura; y con motivo de la inauguración de la nueva Hemeroteca, el próximo jueves serán también presentados varios libros. Sobre estos hechos escribiré oportunamente.

Homenaje al Libertador

Dos acontecimientos se realizaron en la Universidad Simón Bolívar en la pasada quincena de febrero. En la Casa de la Cultura, con la honrosa presencia de los miembros de la Sociedad Bolivariana del Atlántico, se le rindió homenaje póstumo al Libertador, concediéndole el título de Doctor Honoris Causa.

Los discursos fueron pronunciados por los doctores Juan Francisco Lascarro Hernández, Presidente de la Sociedad y José Consuegra Bolívar, Rector de la Universidad. Sus palabras permitieron recordar la capacidad creadora, el pensamiento brillante y las hazañas militares del Padre de la Independencia de Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Panamá y Colombia.

El doctor Hugo Flórez, hijo del inolvidable poeta Julio Flórez, declamó un soneto inédito de su padre

dedicado al Libertador. También se expuso un óleo con la figura de Bolívar, obra del artista Wilson Santos Camargo. Y la Orquesta Sinfónica Alvin Schutmaat, ofreció un concierto con música de consagrados compositores nacionales y extranjeros.

La nueva Hemeroteca de la Universidad Simón Bolívar fue inaugurada por la doctora Patricia Martínez, Directora del Instituto Colombiano de Fomento de la Educación Superior, ICFES. A la ceremonia asistieron rectores de universidades costeñas, intelectuales y catedráticos.

La Hemeroteca es rica en revistas editadas por las universidades y centros de cultura de América Latina. Gracias al canje de las once publicaciones periódicas de las distintas Facultades de la Universidad, entre ellas *Desarrollo Indoamericano* con sus doce mil ejemplares por número, en los estantes de la Hemeroteca, los estudiosos, investigadores, profesores y estudiantes, tienen a su disposición lo más reconocido de la actividad intelectual del mundo universitario.

Esa tarde se presentaron libros recientemente escritos por autores nacionales y extranjeros. Entre ellos los de Vera Villa, Alberto Sánchez, Otto Morales Benítez, Alfonso Molina, Lilia Gallardo, Lelis Movilla, Alberto

Hinestroza, Eduardo Pastrana, Aquiles Escalante, Samuel Tcherassi, Arturo Bonilla y Ana Bolívar de Consuegra.

*****

Carnaval, bendito seas. Con doña Anita, hijos, nietos y amigos universitarios, disfruté los desfiles de los cuatro días. Todo fue alegría y comportamiento ejemplar de danzantes y público asistente. A pesar de los graves problemas sociales que padece el país y Barranquilla, con el desempleo a la cabeza, el pueblo respondió al legado histórico y, como siempre, supo valorar la máxima expresión folclórica de la fiesta.

Barranquilla es, ante todo, alborozo y deleite compartido. Y en los carnavales el beneplácito de la comunidad se desborda. El catedrático argentino, doctor Jorge Greco, le comentaba a Ledys, la secretaria y personera de toda actividad festiva, que él vino hace unos años, desde su lejana Buenos Aires, a una reunión de la Unidad Latinoamericana, en víspera del Carnaval. Y los amigos lo invitaron a pasar acá las fiestas.

Desde entonces el doctor Greco está presente en el gozo de la cultura de este pueblo que tanto admira. Esta vez llegaba desde bien temprano a la acera previamente

escogida en el recorrido de las comparsas. A un amigo que lo invitó a las playas, de inmediato le respondió: Para lavarme los pies con agua salada tengo todo el año. Pero si he dejado a la gran Buenos Aires y a mi añorada Calle Corrientes es, después del aporte a la educación de la juventud, por el disfrute que ofrece la representación folclórica de este Caribe amañador.

Y razón tiene el conferencista bonaerense. Y esta vez el regocijo ha debido ser mayor. Porque en los cuatro desfiles los miles de cumbiamberos recibieron el aplauso de gratitud de la multitud espectadora. Todos los disfraces llamaron la atención. Y los niños bailarines permitieron presagiar que siempre Barranquilla sabrá responder al sano espectáculo.

Pintura y libros

Terminan los desfiles del Carnaval y vuelvo al trabajo y a los libros. Aunque, en mi caso, es una sola y misma actividad.

De México llega la hermosa publicación IV Bienal Internacional de la Acuarela, y de Italia Acquerelle Senza Confini.

La actividad acuarelística mexicana está a cargo de Gerardo Estrada, Director del Instituto Nacional de Bellas Artes; Alfredo Guatí Rojo, Director del Museo Nacional de la Acuarela; y Héctor Rivero Borrel, Presidente del Comité Mexicano del Consejo Internacional de Museos.

En la pasada Bienal participaron quince países (asiáticos, europeos y americanos), entre ellos Colombia. A nuestro país lo representaron Zarita Abello,

Roberto Angulo, Martha Caicedo, Ignacio Consuegra Bolívar, Manuel de los Ríos y Juan Manuel Jaramillo.

Y, nada más oportuno, en estos tiempos de nubarrones bélicos que ensombrecen el horizonte nacional, que el deleitoso refugio que ofrecen las páginas de estos libros.

Aquí está la exquisita magia del color, la pulcritud editorial y la belleza de la creación artística.

La Asociación Italiana de Acuarelistas que presiden Angelo Gorlini y Alessandra Arecco, y asesora Antonello Viviano, divulga al mundo una selección de acuarelistas de Bélgica, Francia, Irlanda, México, España, Suiza, Italia y Colombia.

También en la muy voluminosa y espléndida publicación, con los colores originales de los cuadros, está Zarita Abello, Roberto Angulo, Martha Caycedo, Ignacio Consuegra y Alice Salazar.

Las acuarelas de estos amigos y compatriotas, en el orden mencionado, llevan los nombres de Come Prima, Reflejos, En el Jardín, Se hace camino al andar y Bosques Bogotanos.

Bueno, en cuanto a libros editados en Barranquilla, vuelvo a leer *Los Mocaná*, del profesor Aquiles Escalante, y saboreo el estilo muy original de Elizabeth Rodríguez Consuegra, en *La Nobleza de un Ángel*.

Para la segunda edición del ya clásico estudio del consagrado educador doctor Aquiles Escalante, escribí que esta es una obra pionera. Los críticos la ubican en el campo de la ciencia integral del hombre, porque se refiere a sus aspectos fundamentales, la antropología física, la etnografía y la lingüística. De ahí que se justifique el subtítulo Bases Antropológicas del Atlántico.

Se llamó Mocaná a los indios que habitaron los territorios del actual departamento del Atlántico. Los Mocaná se dedicaban a la agricultura y a la pesca. La belleza y elegancia de sus mujeres fueron admiradas por los conquistadores europeos. Uno de ellos, en sus crónicas, comenta: "Cada cual dellas de gracioso gesto, en todos miembros, bien proporcionadas. En efecto, por ser estas hermosas, pueblo de las hermosas se le puso".

El libro consta de cuatro partes. La primera es una relación etnográfica de la cultura material y espiritual Mocaná; en la segunda se informa sobre las primeras

relaciones hispano-indígenas; en la tercera se extracta lo escrito acerca de las excavaciones arqueológicas; y en la cuarta se ofrece al lector un resumen didáctico.

Varias horas del domingo las deleité con la lectura de *La Nobleza de un Ángel*. Aunque se trata del homenaje de una hija agradecida a su padre, el relato ofrece universalidad y apasionamiento.

Se trata de una modalidad especial, escrita en verso y prosa. Como bien dice la poetisa Adriana Ávila, de la autora: "Canta y compone con una voz cautivadora. Sus versos recogen el sentir de su alma desgarrada al perder al padre, Rafael Ángel Rodríguez, refugio inspirador".

La mujer

Razón tiene doña Anita cuando enfatiza que todos los días deben ser consagrados a la mujer. Sobre todo si se piensa en ella como madre. Ya decía Severo Catalina que "La mujer bella es un libro que consta de una sola página y se examina con una sola mirada. La mujer bella y buena es un libro que consta de tantas páginas, que la vida entera no basta para hojearlo, ni el corazón para sentir las emociones que produce".

Pero, en verdad, todas las mujeres son bellas. El hecho de ser mujer es suficiente para involucrarla en los predios de la belleza. Algo tiene Juana cuando Pedro la persigue, suele comentar el maestro Escalona, con el respaldo de su sabiduría y experiencia.

En Puerto Colombia y en la Universidad Simón Bolívar asistí a concurridos actos en homenaje a la mujer en su fecha internacional. En la Escuela María Mancilla Sánchez, su directora y los profesores; y el señor Alcalde, doctor Camilo Torres Romero; los secretarios

del despacho, y la doctora Darcy Gallardo, presidieron un grato festejo con la participación de las graciosas alumnas de la Institución.

La delegación bolivariana, con el propósito de sumarse al regocijo obsequiaron libros a los asistentes y para la biblioteca.

En el amplio patio de la sede central de la Universidad Simón Bolívar, las facultades de Derecho y Trabajo Social prepararon el feliz acontecimiento, con la presencia de miles de estudiantes. El saludo de bienvenida estuvo a cargo de la doctora Ligia Camacho de Sanjuán.

Esa tarde la complacencia fue desbordante. Los coros cantaron, las parejas bailaron y los grupos folclóricos y vallenatos recibieron el aplauso permanente y las voces delirantes de la concurrencia. Además, el poeta y profesor Gustavo Esmeral, recitó sonetos; el doctor Osmín Vargas Gallardo leyó poemas, y la niña Osiris Treviño, acrósticos.

Las directivas de Trabajo Social y Derecho condecoraron, con la Orden Mujer Bolivariana Sobresaliente, a doña Anita Bolívar de Consuegra, y a las doctoras Anita Consuegra de Bayuelo, Elvirita Barceló Bolívar,

Yomaira Lugo, Luz Marian Fonseca, Eva Fuentes Padilla, Beatriz Osorio, Edith Montenegro y Ledys María de la Hoz Redondo.

Aproveché la oportunidad, en los momentos que me concedieron el uso de la palabra, para recordarles a las damas que sigan en su lucha por la conquista de sus derechos. Que es esa una inquietud justa que exige el respaldo de los hombres de bien.

Pero que no confundan sus objetivos. Porque la búsqueda de la igualdad en el quehacer político, la administración pública y privada, el acceso a la educación, etc., no debe asociarse con la imitación de costumbres negativas de los hombres.

Por ejemplo, en nuestros días, en las reuniones sociales puede observarse que las mujeres fuman más que los hombres, y se muestran apresuradas en el consumo de licores. En algunas, también, es corriente escucharles palabras antes propias del vocabulario poco agradable de los varones.

No es correcto, tampoco, pretender que puede aceptarse como homenaje a la mujer el fomento del libertinaje, como acertadamente aclaraba el doctor Antonio Spirko. El Día de la Mujer debe promover

la fiesta compartida de los esposos, los novios, los amigos, en fin, la búsqueda del regocijo familiar y de la comunidad.

Propiciar, y hasta decretar oficialmente, el grosero espectáculo que la televisión mostraba en bares y lugares la noche de las mujeres en la capital de la República, es grotesco y nada digno en la grandeza de la mujer, afirmaban las doctoras Ana Lucía Mosquera de Gutiérrez y Martha Arrieta.

Y el poeta Óscar Flórez Támara, desde Sincelejo, se suma al desagrado, y agrega: "La gran reserva en este país, sus mujeres, también quieren acabarla".

Toda mujer es una flor. Y donde quiera que esté adorna. Puede andarse aprisa, como ahora se acostumbra en calles y carreteras, en autos o a pie, pero si el caminante o el viajero detiene el andar, sus ojos gozarán el deleite de los colores de las flores o la sonrisa de una mujer.

Para menospreciar a la mujer, o hacerla motivo de burla, los autores abundan desde el lejano pasado, incluyendo consagrados literatos. Hasta Madame de Stael, en tono humorístico, escribió: "Yo me alegro de

no haber sido hombre, porque entonces hubiera tenido que casarme con una mujer".

Pero ahí está la respuesta de Víctor de Jouy: "Sin la mujer, al comienzo de nuestra vida nos hallaríamos desvalidos; a la mitad de ella sin placer, y al final sin consuelo".

Después de todo lo importante en la vida es el amor. Es el sentimiento supremo. Y es la mujer la que más lo motiva. Todos los hombres, por más poderosos que hayan sido, encontraron la mujer que los condujo. Juan del Encina versificó sobre el tema: "Dicen que el sabio varón Salomón/de amores vencido fue;/e David por Betsabé,/ e por Dalila Sansón".

Las fiestas de Barranquilla

La semana dedicada a festejar, con actos culturales variados, la fecha de consagración de Barranquilla en Villa, vale decir, en ciudad, fue esplendorosa. Y mucho más digna y necesaria la labor adelantada por sus promotores, cuando nuestra amada ciudad tiene fama de gozar de poca memoria.

Los fenómenos del subdesarrollo, en el campo internacional y del centralismo, en lo nacional, generan dependencia y complejos, y en algunos sitios sus habitantes aprecían, sobre todo, lo que se da en esos centros de poder. De ahí la trascendencia de acontecimientos como el adelantado el 7 de abril en el Salón Jumbo del Country Club para rendir homenaje a los personajes de la Costa Caribe en el siglo XX, que acaba de pasar.

Samuel D. Tcherassi presentó una exposición con

las fotografías de destacadas figuras de las letras, el arte, la ciencia, la academia, el periodismo, la música, el deporte, en fin, de todos los aconteceres que han merecido el reconocimiento de Colombia y otros países. Y, como feliz complemento, ofreció a una numerosa concurrencia un hermoso espectáculo digno del recuerdo perpetuo.

La función se inició con un café concierto, tributo de admiración a los compositores costeños y a las tradiciones populares. De inmediato la legendaria orquesta de Pacho Galán, permitió escuchar la belleza del porro, la cumbia y los aires, como el merecumbé, que nos legó el maestro Pacho, el soledeño de la inspiración espontánea que le cantó a las butifarras.

También la orquesta y la cumbia La Soberana, acompañaron impecablemente a los ballets de Gloria Peña y Mónica Lindo. Centenares de danzantes y armoniosas voces de intérpretes, obsequiaron la alegría y la complacencia general. La prosa, de acertada descripción de lo acontecido, del gran Alfredo de la Espriella, complementaba el regocijo. María Cecilia Donado y Óscar Fernández hicieron de Maestros de Ceremonia.

Compartí la primera fila con Rafael Escalona,

Roberto Esper Rebaje, Esthercita Forero, Chelo de Castro, Eduardo Acosta Bendek, Isolina Majul, Alfredo Gutiérrez, Juan Jinete y otros. Todos manteníamos las manos en alto, aplaudiendo sin cesar un instante. El maestro Escalona repetía: "Esto es único. En ninguna otra parte se hace algo igual. El señor Alcalde y el señor Gobernador deben obsequiarle a Colombia y a la América Latina este espectáculo, patrocinando la presentación en sus ciudades lo que estamos contemplando".

Y todos los allí presentes compartíamos el razonar del consagrado compositor. Por cierto, debo decirle en el oído al amigo Tcherassi, en la fiesta del arte musical costeño, faltó el vallenato, el género, que al lado de la cumbia y el porro, se pasea por nuestra América.

En la sabrosura de su prosa Alfredo de la Espriella, de la misma manera, describió el ejemplar esfuerzo de Samuel David Tcherassi. "Esta exposición de retratos, anotó en su columna, más que un perfil de personajes costeños, –vale decir, de la más clásica estirpe Caribe– es muestra elocuente del señorío de nuestro terruño. Abolengo cívico; franca, sencilla y cordial expresión de simpatías, la vocación en sí de cada quien se halla exaltada en su nítida espontaneidad. Aura lograda

gracias a esa paciencia, talento y parsimonia de Samuel. En la expresión de cada personaje, la euforia justifica el talante y simpatía que subordina la conducta de todos bajo el impacto de su sinceridad y la ecuanimidad de sus virtudes".

Tanta complacencia saturaba el espíritu de los presentes, que doña Anita no quería abandonar la silla y reclamaba que continuara la actuación artística. Y también los doctores Leonello Marthe, Aquiles Escalante, Eugenio Bolívar, Elvira Barceló, Jorge Bolívar, Porfirio Bayuelo de la Rosa, José I. Consuegra M., Martha Carrascal y otros bolivarianos, fueron los últimos en salir.

Entonces aproveché la oportunidad para conversar un par de minutos con el doctor Escalante y felicitarlo por la acertada intervención televisada, que le permitió explicar el origen de Barranquilla. Él y el profesor Luis Felipe Palencia Caratt, con argumentos históricos, hacen saber que Barranquilla careció de fundadores españoles, porque acá siempre vivieron Mocaná.

Y como baranoeros y cienagueros agradecidos, gustan del relato, o leyenda, como algunos llaman, de los galaperos que llegaban acá en los días de sequía, en

procura de agua, pastos y frutos. Y es que eso ha sido y sigue siendo Barranquilla, la ciudad acogedora del visitante y del que busca refugio. Aquí están los retoños de los asiáticos, europeos y norteamericanos que llegaron a finales del siglo antepasado y en las guerras mundiales del pasado siglo, y acá se convirtieron en prósperos comerciantes e industriales. Esa es la gracia de Barranquilla, concluyen los dos consagrados catedráticos.

Barranquilla en desventaja

Esta Columna expresa sabores distintos. Por un lado me conmueve la lectura del artículo "De aquí pa'allá y de allá pa'ca" de la consagrada periodista Mabel Morales Polo. Y por el otro me regocija recibir todos los días nuevos libros escritos por amigos de la Costa, toda Colombia y América Latina.

Mabel Morales ofrece una radiografía de cuatro ciudades colombianas, para decir con tristeza que su ciudad, Barranquilla, se encuentra en desventaja y presenta una situación de descuido oficial y de desafecto por parte de quienes la habitamos.

Después de admirar los logros en una nueva Bogotá, con calles peatonales, y aceras que invitan a la caminata, a la sombra de olorosos pinos y eucaliptos. Hasta en la llamada Zona Rosa observa que una joven hippie obliga a un transeúnte a recoger la bolsa vacía

que arrojó en la calle. Además, la multitud de nuevos y atractivos edificios la invitan a detenerse para contemplarlos.

En Cartagena descubre más hoteles y heladerías y sus calles están recién pavimentadas, todo diferente a los tiempos en que a La Heroica se le calificaba como el centro urbano más descuidado del país.

Yo tengo que decir lo mismo. En Semana Santa se calcula que Cartagena recibió doscientos mil turistas. Los hoteles estaban copados. Y por sus calles, de día y de noche, miles de personas, especialmente niños, las transitaban plenos de alegría. Daba gusto caminar y hasta saludar a conocidos y extraños. Doña Anita, que llegó allá con un dolor en la rodilla derecha, se olvidó de los achaques y obligaba a los suyos a recorrer a pie el largo trayecto de Bocagrande hasta la Puerta del Reloj.

Allí tomaba el coche para pasear las limpias y adornadas calles de la ciudad amurallada, joya histórica y urbanística de Colombia y América. Y el doctor Juan José Sánchez le reprochó a un amigo a quien tuvo que acompañar en la orilla de la playa a tomarse una botella de licor. Yo he venido a bañarme en estas aguas marinas, y a volver a recorrer las bellezas históricas,

le dijo. El whisky lo puedo tomar en Barranquilla o Galapa.

Santa Marta también impresionó a la escritora Morales Polo. En ella encuentra calles sin vendedores ambulantes, los parques abundan y en el campo del comercio emula con Cartagena.

Pero llega a su patria chica la tenaz observadora. Y es recibida por las calles rotas y peleas entre el Concejo Municipal y el señor Alcalde. Ella no comprende, tantas cosas que hay que hacer por parte del Legislativo Municipal y la autoridad administrativa, y ocupan su tiempo en polémicas y críticas dignas de tratamientos distintos.

Gustavo Raad Mulford, el arquitecto, poeta y humorista, siempre en disposición y ánimo para el comentario ocurrente, le comenta a Aurelio Pertuz: Si nuestros ediles por lo menos se dedicaran a limpiar los postes de las calles que aún están cubiertos con sus retratos y propagandas de la última campaña electoral, nos sentiríamos compensados en el respaldo que les dimos a sus candidaturas con nuestros votos.

Al referirse al tránsito vehicular, la doctora Mabel Morales Polo no duda un instante en calificarlo como

el más caótico del país y tal vez del mundo: el orden de prioridades en el caos puede ser: motocicletas, buses y taxis. Los buses recogen los pasajeros en todas partes y hasta en la mitad de los cruces de las calles y carreras.

Y aunque desde hace varios meses impera el verano, por las calles corre el agua de los carros que lavan en las aceras. Es algo desconcertante. Tanto, que el doctor Porfirio Bayuelo considera que el castigo de las autoridades debe ser a los propietarios de los vehículos, y no a los muchachos desposeídos que hacen el oficio. Yo prefiero mantener mi carro con la capita de polvo que recibe en el estacionamiento, agrega, pero jamás patrocino el grosero espectáculo del lavado y hasta engrase en las puertas de las casas y de sitios que demandan un mínimo de respeto, como las iglesias, las universidades, los almacenes, etc.

Al centro que antes visitaba con mis padres, recuerda Mabel, ahora no pude ver la fachada de uno solo de los almacenes de entonces. Todos están cubiertos por los toldos de los pequeños vendedores. Y las carreteras, quemadas en sus alrededores como consecuencia de las colillas de cigarrillos que tiran los viciosos fumadores.

Y remata, con gracia e ironía su feliz comentario la acertada columnista de *El Heraldo*: "Alzo la vista y

desde un lujoso carro una señora con elegantes lentes oscuros, los que le hicieron en la última nariz que le remendaron, lanza la envoltura del chocolate (sin azúcar), a la calle. Después paso por los mediocres y ridículos puentes que construyeron hace veinte años".

Bueno, Mabel Morales Polo me obliga a regresar, repleto de nostalgia, a los años cuarenta del siglo pasado. Entonces Barranquilla era pujante y pionera. Aún los efectos de la absurda determinación de abandonar el muelle de Puerto Colombia no había comenzado a rendir sus nefastos resultados que dieron inicio a la decadencia.

Homenajes que estimulan

En estos días han sido muchos los homenajes de reconocimiento que se han ofrecido a servidores de la ciudad.

El reconocimiento estimula y compromete en la entrega y el servicio. Y aquellas organizaciones y personas que reconocen los méritos de otros representan la expresión positiva y valiosa de la comunidad. Ya decía Massieu que el reconocimiento es la memoria del corazón.

Rendir honores es muestra de máxima grandeza de sus promotores. Y las personalidades a quienes se les ofrecen deben aceptarlos complacidos. Porque de otra manera sería tanto como un desprecio que obliga a pensar que los oferentes carecen de capacidad analítica para valorar méritos. O, como afirmaba Marañón, "En ciertas ocasiones, el rechazar un honor no es humildad,

sino explícita soberbia, afán de superar a todos los que han aceptado antes los honores: Pocas veces asoma con tanta nitidez a la superficie del alma la violencia del subconsciente, cuando se acuda a estas actitudes".

A la más reciente fiesta de la gratitud que he asistido fue la otra mañana en la emisora Onda Nueva, que dirige el popular periodista y hombre de radio, Jaime Jiménez.

Jiménez ha institucionalizado el programa anual la Constancia Ñera, en donde se entrega la placa Ñero más Ñero a los ciudadanos, que según sus miles de oyentes, merecen distinciones por la labor cumplida.

Y con su gracia y don familiar reúne en su décimo piso del edificio Once de Noviembre a contertulios que respaldan espiritualmente su conducta.

Durante una hora se debaten problemas nacionales y urbanos a medida que los agraciados reciben sus premios.

Allí estaban los galardonados, doctores Ricardo Rosales Zambrano, Miriam Llinás de Ovalle, Álvaro Borrás, representantes de la Universidad Simón Bo-

lívar, monseñor Víctor Tamayo, Álvaro Jaramillo Vengoechea y monseñor Cirilo Swynne.

Todos ellos recibieron la felicitación de Juan Pablo Llinás, Ana Bolívar de Consuegra, José Consuegra Bolívar, Arlencita Consuegra Machado, Martha Carrascal, Ledys Aguilar, Lucy Abuchaibe, y otros.

El periodista Jaime Jiménez se refirió a la historia de Barranquilla y al papel que le corresponde en la actividad cultural de Colombia.

Nació Barranquilla, y felizmente así se mantiene, dijo, como un sitio de puertas abiertas. Y recordó la anécdota de aquel inmigrante que al llegar acá solo encontró casuchas con techos de paja poco atractivos. Pero al caminar por una de sus cortas calles, donde se almorzaba, con las puertas abiertas, como era la costumbre, lo invitaron a compartir la comida, sin conocerlo. Entonces comenzó a apreciar el espíritu generoso y amigable de sus habitantes, y eso lo hizo cambiar de parecer y acá pasó el resto de su vida.

En otras partes, especialmente en Bogotá, comentó el Director de Onda Nueva se cree que en Barranquilla solo se piensa en fandangos y estadios. Parecen empeñados los paisanos del interior en ignorar el fomento

del saber de los nuestros y el patrimonio cultural de la urbe.

Y deben saber que Barranquilla cuenta con universidades con ricas bibliotecas y museos, casas de cultura, periódicos y revistas ilustrativas, etc. Bastaría con mencionar el Museo Romántico, que dirige Alfredo de la Espriella, y el Museo Bibliográfico Bolivariano, con ya casi cinco mil libros escritos sobre El Libertador; tal vez único en el mundo.

También fueron muy bien recibidas las intervenciones de los galardonados, quienes en simpático y amistoso diálogo expresaron opiniones personales sobre problemas que afectan al país, a la Costa y a Barranquilla.

Después vino el festejo con la animación de sabias y eruditas disertaciones de los doctores Juan Pablo Llinás, Miriam Llinás de Ovalle y el sacerdote Cirilo Swynne.

Los Carnavales de Alfredo

La bella fiesta que ofreció en noche pasada Alfredo de la Espriella a los barranquilleros y a los ilustres conferencistas del Quinto Seminario para la Revitalización de los Centros Históricos de América Latina y el Caribe, SIRCHAL, es para recordar siempre.

La expresión graciosa, el estilo original y la redacción impecable de un maestro de las letras, permitieron a los mil contertulios del Salón Jumbo, dejar constancia de su agrado y felicidad con las interminables carcajadas y aplausos.

A los directivos, profesores, estudiantes y amigos de la Universidad Simón Bolívar, doña Anita los tiene acostumbrados a disfrutar la sabrosura de la música vernácula que cultivan las danzas y grupos folclóricos, bajo la responsabilidad del Departamento de Bienestar

Universitario, ganadores de premios en los encuentros de las casas de estudios superiores del país.

Por eso todos ellos, al terminar la función del gran Alfredo, se acercaron alegres y contentos a felicitar al guardián de la cultura ñera, director del Museo Romántico.

El programa fue sencillamente completo. El acto lo inició Samuel D. Tcherassi, responsable general del espectáculo, con su muy elogiada exposición fotográfica de los personajes del siglo veinte.

Y de inmediato vino el llamado Café Concierto, con farandulerías y pregones del Carnaval de Barranquilla, donde María Cecilia Donado tuvo a su cargo la responsabilidad de Maestra de Ceremonia.

En la parte artística actuaron el ballet de Mónica Lindo y ciento cincuenta bailarines de las famosas agrupaciones, la Cumbia El Gran Carajo, El Cipote Garabato y Las Marimondas del Barrio Abajo, todas ellas bajo el influjo de la cumbia La Soberana.

Cada pueblo cuenta con un legado de costumbres y dichos. Lamentablemente, la rapidez de la vivienda en estos tiempos y el dominio de la televisión y otros

medios facilitantes del extranjerismo, conducen al olvido del ingenio y el gracejo del ayer.

Y es esa la labor que con tanto acierto y donaire cultiva el escritor Alfredo de la Espriella, para recordarles a sus paisanos la riqueza del hablar autóctono, la palabra libre de envolturas depuradas y el comentario jocoso.

Para explicar la tradición de las comparsas y el porqué de los disfraces, Alfredo se vale del género literario que más agrada, tan necesario y valioso en los días presentes de temores y bajos sentimientos. Es el lenguaje de la comedia, en el cual predomina, como bien define la Real Academia, los aspectos placenteros, festivos o humorísticos.

Sería muy provechoso para la difusión del patrimonio de la cultura popular que las entidades responsables de su fomento y divulgación, se empeñen en llevar a todas las regiones de Colombia y de América Latina, la obra de Alfredo de la Espriella. Y esto sería de máximo provecho propagandístico de los carnavales curramberos, en buena hora ya reconocidos como genuino testimonio de la alegría y la gracia de un pueblo.

Y que Alfredo continúe, como hasta ahora, con esa desbordante capacidad creadora, organizando otros café conciertos, sin descuidar como siempre lo ha hecho, la herencia cultural de la amada Arenosa, en su Museo Romántico.

*****

En estos días son muchos los libros que he recibido. Dejo los comentarios para próximas entregas. Pero es satisfactorio comprobar que los escritores están cumpliendo con su sagrada y hermosa misión.

Y menciono, entre ellos, a Armando del Gallego Parias, con su *Teoría y Práctica de las Relaciones Industriales;* Vera Judith Villa Guardiola y Alberto Enrique Sánchez Galvis, autores de *Teoría y Práctica de Derecho de Familia;* Ciro Alfonso Serna, con *El Problema de la Racionalidad Económica;* Tomás Rodríguez Rojas, y su *Cultura Frente al Mar;* Javier Hernández, y *El Teatro de los Acontecimientos;* Moisés Manotas Romero, y *El Fantasma de Xejok;* y Adriana Hernández, con sus bellos versos publicados por la Universidad Cooperativa de Colombia.

El muelle de Puerto Colombia

El muelle de Puerto Colombia está involucrado en los recuerdos gratos de mi pubertad y primeros años de juventud. Allá iba todos los domingos en compañía de amigos, primero a admirar su majestuosa presencia, y después a gozar el frescor de las aguas cristalinas de la bahía.

Todos los estudiantes de bachillerato vivíamos orgullosos del segundo muelle más largo del mundo. Él era la razón fundamental del progreso de Barranquilla, como también la bahía, el atractivo turístico de Puerto Colombia.

Entonces Cartagena y Santa Marta no habían descubierto la moderna fuente de la actividad económica y social del turismo. Los turistas de la época del interior del país y los pasajeros de los grandes trasatlánticos se

hospedaban en los hoteles para gozar el obsequio de la naturaleza y la mano del hombre.

Y allí permanecen todavía El Esperia, El Estambul, El Merey, Las Antillas y Pradomar como muestra elocuente de una época lamentablemente desquiciada por el absurdo de la dirigencia barranquillera.

Fueron los días equivocados de convertir a Barranquilla en puerto terminal, para iniciar así, también, su decadencia. Porque esa es la verdad histórica. El absurdo del abandono del muelle, con su capacidad para recibir toda clase de embarcaciones marítimas, sin importar su tamaño, limitó la capacidad y la importancia de Barranquilla, como sitio receptor de la mercadería extranjera que seguía al interior del país.

Y la canalización del río Magdalena en procura de un calado —siempre inferior al del muelle— fue causa de la desaparición de la isla que protegía la bahía y, por lo tanto, también, de su fin.

En otras palabras, la incomprensible iniciativa de los dirigentes barranquilleros (políticos, económicos y sociales), condujo a la decadencia de Barranquilla y Puerto Colombia.

Mañana viernes, 15 de junio, se cumplirán los ciento ocho años de la inauguración del muelle de Puerto Colombia. Yo escribo esta nota en la mañana del jueves catorce.

Ayer miércoles asistí en Puerto Colombia a una mesa redonda auspiciada por el señor Alcalde, doctor Camilo Torres Moreno y su dignísima esposa, doctora Martha Villalba de Torres. Participaron los historiadores Alfredo de la Espriella, José María Bravo Betancur, Ignacio Consuegra Bolívar y Elkin Núñez.

Todos los conferenciantes se refirieron a la magna obra de Francisco Javier Cisneros, elogiaron su personalidad e informaron sobre la trascendencia del muelle y del ferrocarril que unía a Puerto Colombia con Barranquilla. Precisamente, recordó el arquitecto Consuegra Bolívar, el primer plano de dicha vía ferrocarrilera, fue elaborado por el bisabuelo Silvestre B. Higgins, desde Nueva York, antes de llegar a Colombia a programar la construcción de los puertos en el río Magdalena y a estudiar los recursos naturales y las mordeduras de las culebras, por encargo del gobierno norteamericano.

El señor Alcalde, su señora y personalidades de Puerto Colombia se encuentran empeñados en la loable

misión de la restauración del muelle. En declaraciones a la prensa la Primera Dama porteña ha hecho saber que se trabajará al lado de la Fundación Cisneros hasta hacer realidad el sueño de su recuperación.

Y son muchos los actos que realizarán para estimular a los buenos amigos de Puerto Colombia a sumarse a las inquietudes oficiales. Recitales de treinta poetas, foros turísticos en el Club Náutico, exposiciones fotográficas y de pinturas alusivas al muelle, ferias de artesanías, etc.

En esta promoción restauradora el señor Alcalde y su señora cuentan con el entusiasta respaldo del jefe de prensa, periodista Jaime Santiago; el asesor cultural, doctor Víctor González, los directores de la Oficina de Deportes, doctores José Molina y Kelly Rubio.

La Universidad Simón Bolívar complacida con los festejos de Puerto Colombia obsequiará trescientos ejemplares de distintos libros con destino a la biblioteca municipal. Ya, en años anteriores, había donado estantes y libros.

Fechas memorables

Los festejos en el Atlántico fueron para dos fechas dignas del recuerdo perpetuo. Baranoa recibió al señor Presidente y al señor Gobernador, doctor Ventura Díaz, en los actos conmemorativos de los noventa y seis años de creación del Departamento Y en Puerto Colombia, durante tres días, todo el pueblo estuvo presente en las conferencias de los invitados a disertar sobre el muelle con motivo de sus ciento ocho años de existencia.

En el artículo de la semana pasada escribí sobre el absurdo histórico de la clase dirigente barranquillera, que patrocinó el abandono del muelle y el traslado del puerto marítimo. Y afirmamos que desde entonces se inició el decaimiento de la ciudad y, naturalmente, el de Puerto Colombia.

A los porteños les dije que lo más triste en ese episodio fue la humillante compensación: la cuota bu-

rocrática en las oficinas y actividades trasladadas a Barranquilla a costa del porvenir de la más floreciente población colombiana de esos días.

Ahora la inquietud de las autoridades y organizaciones cívicas de los porteños y de los buenos barranquilleros se orienta hacia la restauración del muelle como atractivo turístico, y la realización de las obras necesarias para lograr que vuelva a contarse con la bahía.

Sobre estos temas he recibido los conceptos del economista doctor Eduardo Santos Ahumada, hijo ilustre de Puerto Colombia, ex Alcalde y ex Rector de la Universidad del Atlántico, y mi discípulo en sus claustros, y del arquitecto restaurador Ignacio Consuegra Bolívar. Ellos conceptúan que el rescate de la bahía debe tener prioridad para poder asegurar el restablecimiento adecuado y a menor costo del muelle.

El doctor Ahumada hace saber que a principios de los años cincuenta del siglo pasado la Misión Cadwenn presentó un informe sobre la defensa de la Bahía de Puerto Colombia que recomendaba la construcción de varios espolones desde la llamada Vuelta Nisperal, o Pradomar, hasta más allá del muelle.

Este proyecto se inició en el gobierno del general ɔjas Pinilla, pero con espolones más pequeños que ıos sugeridos. Para entonces la Isla Verde, que servía de protección natural de la bahía, ya estaba averiada, a consecuencia de las operaciones y desastres de las armadas norteamericana y colombiana, que lanzaron sobre ella bombas en entrenamiento de guerra. Naturalmente, agrega el doctor Ahumada, hay que suponer que la dirigencia barranquillera involucrada en el traslado del puerto, participaba también de esta desconcertante conducta.

Lo anterior, me dice, complementado con las corrientes provocadas por la canalización del río Magdalena, como usted lo comenta en su columna.

Los doctores Ahumada y Consuegra Bolívar son enfáticos en la consideración de la prioridad de los proyectos de la bahía con auxilios nacionales.

Obtenidos los resultados favorables se facilitará la obra de restauración del muelle, con menores costos, por cuanto se supera la violencia del mar abierto.

Y, lo más importante para Puerto Colombia, concluye el doctor Eduardo Santos Ahumada, sus playas, aunque no como en el pasado, serán más adecuadas

para atraer y facilitar la visita de turistas y bañistas.

Por su parte, el doctor Consuegra Bolívar, conceptúa que Cisneros escogió el sitio donde está el muelle, en la Bahía de Sabanilla, por la franja de tierra que lo protegía, la Isla Verde. Por eso hay que pensar ante todo en la bahía.

Que sigan, pues, adelante el señor Alcalde de Puerto Colombia, su señora esposa, los organismos cívicos y todos los habitantes del bello y hospitalario Puerto Colombia, en la búsqueda de nuevos horizontes.

Pintura y Carnaval

Esa noche del viernes 13 de julio llegué al Teatro Amira de la Rosa en compañía del doctor Silvio Trejos Bueno, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, quien vino a Barranquilla en compañía de otros colegas a dictar conferencias en la Universidad Simón Bolívar.

A los amigos les hice saber que me sentía plenamente compensado, porque a pesar de mis indisposiciones de salud, la bella exposición de los pintores de Sucre obsequió ánimos y satisfacciones.

Allí estaba la creación artística de José Carrasco, Juan Carlos Ibáñez Torres, Plinio Zambrano Flórez, Hemis Montesinos y Ramiro Blanco Redondo, cada uno con su estilo y sus motivos.

En la muestra, llegada de Sincelejo, Barranquilla recibió un cariñoso homenaje a su fiesta de la alegría,

del folclor y de la cultura popular. Porque cinco de los cuadros expuestos recordaban el colorido de las danzas y disfraces del Carnaval.

Doña Anita le comentaba a la colonia sucreña orgullosa de la obra de sus paisanos, que la Universidad Simón Bolívar siempre ha sido, desde su fundación, solidaria con la inquietud intelectual del muy fecundo Departamento. Así, la primera exposición de pintura, hace ya casi treinta años, fue la de los maestros Pedro González y Juan Marichal. Y entre los egresados, que después de titularse se vincularon por un tiempo a la cátedra, están, entre otros, Óscar Flórez Támara y Antonio Mora Vélez, dirigentes actuales de la cultura y la vida universitaria sincelejana.

Después de contemplar el obsequio a los espíritus de los cinco expositores, con sumo regocijo se escucharon emocionadas palabras de algunos de los asistentes. Margarita Quiñónez Romero, la gestora cultural, habló de la personalidad que se apreciaba en una pintura fruto de soles intensos, clima cálido, exhuberancia de la naturaleza tropical, mitos y leyendas.

La extensa región sucreña, recordó Margarita, "Ofrece un escenario ideal para la configuración de las artes visuales, quizás por ello, hallamos en estas

obras una pintura eminentemente expresionista y pasional que enfatiza el gesto por encima de la imagen relamida, en algunos casos poética, rigurosa en otros, casi siempre bañada por una vehemente luminosidad, donde el color asume la contundencia primitiva de su mensaje jovial".

Por su parte, Margarita Quiñónez, Jorge Urueta y Anuar Vargas, integrantes de la organización Asuntos Culturales del Caribe, en un comunicado de prensa, hicieron saber que "En medio de la violenta cotidianidad que vive el país, las manifestaciones culturales constituyen una herramienta de integración para la comunidad y el Caribe colombiano, en el cual se pueden construir elementos de paz y reabrir espacios de entendimiento. De ahí lo oportuno de la presencia de cinco artistas sucreños en Barranquilla".

Del teatro Amira de la Rosa seguimos a la carrera Cuartel a disfrutar el desfile carnavalesco dedicado a los futbolistas de los países participantes en la Copa América.

El día de la inauguración del evento deportivo el estadio fue escenario de la simpatía de decenas de niños, padres y abuelos que acostumbraban a engalanar las calles barranquilleras en los días de Carnaval. Y

muchas de las comparsas, cumbias y disfraces estaban ahora mostrando al público la gracia de sus cantos y bailes.

El pueblo barranquillero está siempre en disposición y ánimo para expresar alborozo. El magistrado Trejos Bueno, de las tierras caldenses, abría bien los ojos para no perder detalles: Cientos de bailarines con las vestimentas carnavalescas del pasado. Él, que nunca ha venido hasta ahora al Carnaval, le hizo saber a doña Anita que en febrero estará acá con su familia en una de las tarimas de la Vía Cuarenta admirando el desfile.

Y en verdad que el comportamiento de la concurrencia y la entrega contagiosa de los alegres danzarines patrocinan el disfrute del folclor y la inventiva cultural del pueblo.

Dos horas duró el paso de las danzas y nadie quería que terminara. Hasta mis dolencias se alejaron en ese tiempo y me permitieron gozar también del máximo y original testimonio de la costeñidad.

Libros y Esthercita

Vuelvo a los libros. Esta mañana de hoy jueves, antesala del homenaje a Esthercita Forero en el teatro Amira de la Rosa, y de partido de Colombia en la Copa América, recibo la visita del escritor Jaime Mejía Duque.

Jaime trae su reciente libro *Los Pasos Perdidos de Francisco El Hombre*, patrocinado y editado por la Cámara de Comercio de Valledupar, con ilustraciones de Nelson Amaya.

José Horlandy Castro, Presidente Ejecutivo de la Cámara de Comercio, tiene a su cargo la presentación, y comenta, que el autor, en un tema novedoso, convierte el relato en un "aporte relievante al escaso registro impreso de la tradición y leyendas que enmarcan el folclor vallenato, en una narración de ficción y de

interpretación de las diversas versiones difundidas en la provincia".

La música vallenata se pasea airosa por el mundo. Su cadencia sirve para bailar y para escuchar las historias de un pueblo siempre en disposición y ánimo de rendir homenaje a las sabrosuras de la vida.

El gran Jaime Mejía Duque se permite declarar en la primera página que su empeño ha sido el de reunir las distintas versiones acerca de la leyenda de Francisco El Hombre.

Y afirma, con plena convicción, que el personaje existió, y fue juglar y acordeonero de singulares dotes: "Difusor en sus cantos de toda clase de noticias en una época sin radio, ni televisión y cuando los periódicos, escasos y precarios, si llegaban, tardaban demasiado".

Esthercita Forero es la novia de Barranquilla. Y es el orgullo de la ciudad jacarandosa. A ella ha dedicado su inspiración poética y musical bellas canciones que continúan endulzando las brisas veraniegas. Por eso el homenaje que se le ofrece es una especie de ramillete de gratitud.

En el Amira de la Rosa estaré esta noche con doña

Anita y los directivos de la Universidad Simón Bolívar. Con nuestra presencia queremos decirle lo mucho que la admiramos.

Que siga Esthercita con su vitalidad ejemplar cantándole a su Curramba, para que Colombia y nuestra América Latina gocen el fruto de su melodiosa inspiración.

Y allí estuvimos compartiendo el frenesí de la fiesta. El programa lo inició el Coro de la Universidad Simón Bolívar con los himnos de Colombia, del Atlántico, Barranquilla y dos canciones de Esthercita. Desde ese momento los aplausos fueron una constante, y los asistentes permanecían de pie en señal de gozo y complacencia.

Las orquestas de Venezuela, Santo Domingo y de Colombia y sus cantantes, obsequiaban, como nunca, el virtuosismo de sus instrumentos y sus voces.

Después la propia Esthercita pasó al escenario, con su misma voz de siempre, su gracia y donaire.

Esthercita estrenó canciones y poemas. Entre el repertorio estrenado deleitó con la Nueva Luna de Barranquilla y poesías líricas y románticas.

Gracias, mil gracias, nuevamente, a Esthercita Forero por su legado fecundo, a las orquestas y coros y a Zoraida Noriega, la brillante presentadora.

Que se repita la fiesta, para que, como en esa inolvidable noche, vuelva el teatro Amira de la Rosa a quedar sin un asiento disponible.

Sobre folclor y libros

Qué grato es comprobar que la actividad cultural en Barranquilla sigue sin descanso. La ciudad ofrece todos los días a sus habitantes la oportunidad de saborear la actividad artística y creadora de sus universidades, organizaciones públicas y particulares, escritores e intelectuales en general.

En tarde pasada compartí con amigos y educadores el bello espectáculo de música folclórica del Cuarto Festival de Arte Universitario del Caribe Colombiano.

Miles de espectadores estaban desde muy temprano en el patio principal de la Universidad Simón Bolívar, en las instalaciones de la Biblioteca José Martí, plenos de entusiasmo y complacencia.

Y a la hora señalada se inició la fiesta. La Universidad del Atlántico, la Universidad Autónoma del Ca-

ribe, la Corporación Universitaria de la Costa, CUC, el Politécnico Costa Atlántica y la Universidad Simón Bolívar, fueron felizmente representadas por sus grupos folclóricos.

Cada uno de los conjuntos parecía agigantarse con los interminables aplausos. Las gaitas, flautas de milló, tambores, maracas, cantantes y bailarines exaltaron la cumbia, las gaitas y la tambora.

Y mucho complacía a los asistentes la participación de la mujer, ya como cantante, flautista, bailarina o tamborera. Todas las universitarias emulaban en la expresión artística con sus compañeros.

Pienso que fue difícil para Eliseo Peñaranda, Yamil Cure y Oscar Romero, miembros del jurado calificador, escoger el orden de los tres grupos que representarán a las universidades barranquilleras en un próximo festejo regional. Porque para mí todos ellos se sobraron en la interpretación de lo bello y valioso de la cultura musical folclórica del Caribe colombiano.

En la actividad libresca los investigadores y escritores siguen cumpliendo su sagrada misión. Nuevos libros recibo de todo el país.

El arquitecto y poeta Gustavo Raad Mulford, esta vez, como para estimular el escape de sus lectores a las dificultades de los sinsabores del existir, entrega *Condensatorio o Diccionario de Brevedades,* especie de tomadura de pelo a la tristeza y al desespero.

Al leer los originales, comenté: Hebbel opinaba que el humorismo es la única creación completa de la vida. Y no le faltaba razón. Porque son muchos los pensadores que elogian el cultivo de la jovialidad. Para ellos, digamos por caso Montaigne, la prueba más clara de sabiduría en el ser humano es la alegría permanente. Y Marcial, con radicalismo, sentenciaba: "Si eres sabio, sé alegre". Ahora, si el humor y la gracia es compartida, entonces es doble el beneficio. Y en el *Condensatorio* de Gustavo Raad, el hijo de Magangué, la gracia puede saborearse en cada párrafo.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana acaba de editar el *Futuro Político de Indoamérica,* de Otto Morales Benítez.

Morales Benítez es una muestra palpitante de dedicación al mundo de las letras. En el Ecuador se le admira tanto como en Colombia. Al comentar su vida y obra los académicos ecuatorianos, escriben: "Pensador, historiador, periodista y político. Ha publicado se-

tenta y dos libros de ensayo histórico, sociológico, antropológico, jurídico y de crítica literaria".

Y destacan en la contraportada del libro un párrafo de su contenido. Allí el amigo de siempre, el gran Otto, expresa: "Algunos comentadores de los hechos históricos y políticos, sin entrar en profundidad sobre nuestra identidad, han repartido la leyenda que somos el continente del bochinche. Sin banderas de agitación insensatas, innecesarias, sin raíces. Con falta de conducta política, pues están bien desorientados esos escritores. Las revoluciones las hacemos en Indoamérica cada vez que se atenta contra cualquiera de las libertades básicas: Las políticas, las jurídicas, las naturales".

Días inolvidables

Cada vez que sale una nueva edición de la revista *Desarrollo Indoamericano*, un grupo de amigos tiene por costumbre acompañarme a los talleres de Mejoras a festejar el acontecimiento. Esta vez, por llegar al número ciento doce, la celebración ha sido doble. Y por eso estamos aquí, en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, esta noche del veintidós de noviembre.

Como es grato recordar, en mil novecientos noventa y ocho, la Asociación Internacional de Escritores, con sede en los Estados Unidos, declaró a *Desarrollo Indoamericano* como la primera publicación del mundo en su género. Vale decir, en el compromiso de publicar los ensayos y estudios de los investigadores de América Latina que contribuyan a la formulación de una estratégica teórica defensiva y propia en la búsqueda del desarrollo económico y social de nuestros pueblos.

Además, *Desarrollo Indoamericano*, como órgano de expresión de una Casa de Estudios Superiores, edita doce mil ejemplares, con un libro de suplemento, que se distribuyen gratuitamente entre sus profesores y estudiantes. De ellos más de dos mil ejemplares se envían a las bibliotecas de las universidades de América Latina, a manera de canje.

La Universidad cuenta con otras revistas. Cada una de sus Facultades tiene su órgano de expresión propia. Son ellas, *Foro, Salud y Cultura, Encuentro Bolivariano, Educación y Humanismo, Ciencias Básicas Bolivarianas, Perfiles Económicos, Perspectiva Social, Gestión Bolivariana, Psicogente, Salud en Movimiento, Justicia, Investigación Bolivariana.*

Pero esta noche la fiesta intelectual felizmente se complementa con la presentación de libros de consagrados autores colombianos. Jorge Emilio Sierra, con el patrocinio de Plaza & Janés, nos rinde un generoso homenaje. Juan Eugenio Cañavera, el poeta de siempre y amigo de juventud, entrega sus *Poemas a Duras Penas*, hermoso ramillete de versos, pulcramente editado por la Editorial Antillas, que orienta el consagrado escritor Abel José Ávila Guzmán, quien, también, nos permite encontrarnos con los libros de Adalberto Reales Utria, *Educación: El Imperativo de los Tiempos*; de Teobaldo Coronado Hurtado, *Del Respeto a la Vida*; de Farid

Arroyo Herrera, *Una Legislación para una Economía de Mercado*; de Beatriz Elena Acosta, *Un Canto de Amor*; de Mario Ramón Mendoza, *Canción de Resistencia*; de José Manuel González, *Salud Sexual Familiar*.

Por su parte, el arquitecto y poeta Gustavo Raad, obsequia a los que gustan de la prosa de la gracia de su *Condensatorio*. El profesor Aldor Carrillo, trae el libro *Lo Oculto en el Colegio*. El poeta y escritor Óscar Flórez Támara, desde Sincelejo vino con *Desafiando el Silencio*.

Y doña Anita, la incansable doña Anita, le hace entrega a su Universidad de los dos últimos tomos de la compilación gráfica comentada de la actividad docente y cultural. Ya son dieciocho los volúmenes que enriquecen la historia de la Simón Bolívar. Y puedo asegurar, como testigo ocular, que los días y las noches las dedica doña Anita a esta labor. Tanto, que yo he sufrido las consecuencias, y a veces me siento un poco desplazado por su entrega a tan ejemplar tarea.

Aquí están, como bien puede apreciarse, buena parte de los libros y revistas que se han publicado en la Costa y en Colombia en los últimos meses.

Que siga así la cosecha del compromiso creador, para bien de la cultura en general.

Bolívar y los Libertadores

La Constitución de Colombia

Con motivo de la visita de las delegaciones de las partes en conflicto (Farc y Gobierno) a países europeos, y el saludable propósito de conocer las normas legales que regulan la existencia política, económica y social de algunos países de ese Continente, considero oportuno recordar el pensamiento del Libertador. En el campo de la estrategia política, de los modelos económicos y el ordenamiento jurídico, para Simón Bolívar todo debe ajustarse a la realidad de nuestras naciones. Así, al inaugurar el Congreso de Angostura, dijo: "Las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modelos. ¡He aquí el código que debíamos consultar, y no el de Washington!".

El Libertador es diáfano en la defensa de lo nuestro

para nuestra conveniencia. Y cuánta vigencia mantiene su pensamiento en estos tiempos de globalización y neoliberalismo, valga decir, de sometimiento ideológico y económico. Recordemos lo que denunciaba en el discurso de instalación del gobierno de las Provincias Unidas, en 1815: "Todo era extranjero en este suelo. Religión, leyes, costumbres, alimentos, vestidos, eran de Europa, y nada más debíamos hacer ni aún imitar. Un vasto campo se presenta delante de nosotros que nos convida a ocuparnos de nuestros intereses".

Y para que las palabras se cristalicen, en plena lucha libertadora decreta la distribución de tierras entre los campesinos: "Cada individuo, de cualquier sexo o edad que sea, recibirá una fanegada de tierra en los lugares pingües y regados; y en los lugares privados de riego y estériles recibirá dos... los terrenos destinados a pacer los ganados serán comunes a todos los individuos". Y años después, ordena: "Los jueces repartirán a cada familia tanta extensión de terreno cuanto cómodamente pueda cultivar cada una".

En fin, nunca como ahora, cuando la prepotencia económica y política extranjera impone derroteros, el volver a Bolívar, a su ideario, sería tanto como encontrar un sendero adecuado para una correcta actitud reformadora o revolucionaria.

En la búsqueda de soluciones, y para el caso de América Latina y, naturalmente, de cada uno de sus países, el gran Andrés Bello alzaba la voz para pregonar: "América Latina tiene un camino: su propio camino". De igual manera pensó Pablo Neruda: "El destino de América Latina será hijo de nuestros hechos y de nuestro pensamiento".

No quiere decir todo lo anterior que deba ignorarse el legado ajeno. Por el contrario, es necesario conocer las experiencias cosechadas en otras regiones y países, para sacar provecho de sus resultados y enterarse de la razón de los beneficios y fracasos. Los ejemplos de la centuria pasada son elocuentes. Para el caso del área capitalista, la ausencia de una política defensiva ha facilitado el sometimiento, el subdesarrollo y la dependencia. Y en el socialismo, también, el copiar o aceptar como prototipo exclusivo, la teoría y el modelo soviético, dejó a sus seguidores, como se dice en el habla popular, colgados de la brocha al quitarles la escalera.

Bueno, en fin, todo lo que se haga en la búsqueda del entendimiento para el logro de la paz en Colombia, siempre recibirá el beneplácito de sus habitantes.

Pero, ya en los predios concretos de la Constitución prevaleciente en Colombia, su lectura obliga a imaginar

la sorpresa de suecos, noruegos, españoles, etc., porque su aplicación sería una especie de puerta abierta para entrar en los terrenos de transformaciones económicas, políticas y sociales.

La soberanía, como se acostumbra a mencionarse en los textos constitucionales, reside exclusivamente en el pueblo, del cual emana el poder público. Así lo establece el artículo 3. Y en el artículo 1 se hace saber que: "Colombia es un Estado Social de Derecho organizado en forma de República unitaria, descentralizada, con autonomía de sus entidades territoriales". Naturalmente, nada tiene que ver eso con el crudo Centralismo que agobia el país, y muy especialmente a la región costeña. Si hasta los empleados de menor categoría, digamos por caso del Cerrejón, en La Guajira, los envían de Bogotá.

Hoy 15 de febrero, mis hijos José y Arlen, partirán de Bogotá a las seis de la mañana rumbo a Jamaica donde asistirán al Congreso de Integración Caribe en Educación Superior. Ayer tuvieron que viajar a Bogotá. Lo que quiere decir que después de las siete a.m. estarían pasando por Barranquilla. Y todo esto sucede, gracias al Centralismo, a pesar de haber nacido en Barranquilla la aviación comercial de las Américas, y de ser la empresa aérea transportadora de propiedad de un barranquillero.

La Constitución de Colombia II

El artículo 5 se refiere a la familia y la obligación del Estado de ampararla. En el 8 se le hace recaer al Estado la responsabilidad de proteger las riquezas culturales y naturales. (Y pensar que todas ellas se explotan para provecho de los intereses extranjeros.)

En el país más violento del mundo, su Constitución establece en su artículo 11: "El derecho a la vida es inviolable". ¿Y qué decir del ejército de desocupados, sin trabajo, empleo disfrazado, que deambula por las calles, el más nutrido, por cierto, conocido en la historia nacional? Sin embargo, el artículo 25, instituye: "El trabajo es un derecho y una obligación social. Toda persona tiene derecho a un trabajo en condiciones dignas y justas con la protección del Estado".

El desconcierto florece en las calles con decenas de niños suplicando limosnas y de mendigos escarbando

basureros en busca de sobras. No obstante, el artículo 44, establece: "Son derechos fundamentales de los niños: la vida, la integridad física, la salud y la seguridad social, la alimentación equilibrada, el cuidado y amor, la educación, la recreación. Serán protegidos contra toda forma de abandono... el Estado tiene la obligación de asistir y proteger al niño... Cualquier persona puede exigir de la autoridad competente su cumplimiento... Los derechos de los niños prevalecen sobre los derechos de los demás". Por su parte, los artículos 46, 47, 48 y 49, tienen que ver con los ancianos, disminuidos físicos, sensoriales y psíquicos, a los cuales el Estado les garantiza servicios de seguridad social y subsidios alimentarios en caso de indigencia.

Todos los colombianos, determina el artículo 51, "tienen derecho a vivienda digna". Y en el artículo 58, como ya se había legislado en las reformas de los años treinta y cuarenta del siglo pasado, se recuerda que "la propiedad es una función social que implica obligaciones". En cuanto a la educación, el artículo 67 recoge mandamientos: "La educación es un derecho de la persona y un servicio público que tiene una función social... El Estado, la sociedad y la familia son responsables de la educación que será obligatoria entre los cinco y quince años de edad y que comprenderá como mínimo, un año de preescolar y nueve de educación

básica. La educación será gratuita en las instituciones del Estado...". (Todas estas determinaciones, como lo indican las informaciones diarias, están muy alejadas de una realidad con millones de analfabetos, niños sin cupos en las escuelas y colegios, o cientos de miles de jóvenes sin posibilidades de acceso a las universidades oficiales.)

El artículo 69, correctamente, "garantiza la autonomía universitaria". También, consagra el artículo 73, que "la actividad periodística gozará de protección para garantizar su libertad e independencia profesional".

De conformidad con la Constitución, reza el artículo 330, los territorios indígenas gozan de autonomía y sus gobiernos responderán a sus costumbres comunales. Y la explotación de los recursos naturales se hará sin desmedro de la integridad cultural, social y económica de dichas comunidades. Precisamente, en estos días las divergencias son constantes, por las pretensiones de empresas nacionales y extranjeras.

Para los habitantes de la Costa, las zonas ribereñas, y del país en general, el artículo 331 es de gran significación e importancia. Se crea la Corporación Autónoma Regional del Río Grande de la Magdalena, "encargada de la recuperación de la navegación, de la

actividad portuaria, la adecuación y la conservación de tierras, la generación y distribución de energía y el aprovechamiento y preservación del ambiente, los recursos ictiológicos y demás recursos renovables. La ley determinará su organización y definirá a favor de los municipios ribereños un tratamiento especial en la asignación de regalías y en la participación que les corresponda en los ingresos corrientes de la Nación". (continuará)

La Constitución de Colombia III

El Río Magdalena, o Río de la Patria, como antes, en los tiempos de su esplendor se le llamaba, fue absurdamente abandonado. Antes de la aviación y de las carreteras todo lo que significaba intercambio y transporte de personas y mercaderías del exterior y del interior, o de la región costeña Caribe, ribereña y la andina, se realizaba a través del río Magdalena. Entonces las embarcaciones de carga y los lujosos buques de pasajeros cumplieron esas importantes misiones. Recuerdo que en 1945, cuando viajé de Barranquilla a Bogotá para adelantar estudios profesionales, compartí vivencias inolvidables en uno de esos palacetes flotantes. Ojalá, pues, pronto este mandato constitucional cristalice para bien y provecho de Colombia.

En el artículo 334 se reafirman los postulados de la intervención estatal. Se consagra que "la dirección

general de la economía estará a cargo del Estado. Este intervendrá por mandato de la ley, en la explotación de los recursos naturales, en el uso del suelo, en la producción, distribución, utilización y consumo de los bienes, y en los servicios públicos y privados". Y en los artículos 335 y 336, de manera positiva, se propende por la democratización del crédito y se condena la actividad monopolística. "Ningún monopolio podrá establecerse", se aprobó tajantemente.

En el Acto Legislativo No. 01 de 1993, que forma parte del presente texto de la Constitución colombiana de 1991, se erige a Barranquilla en Distrito Especial, Industrial y Portuario. También a Cartagena y Santa Marta, en condiciones de Distritos, se les asigna, incluyendo el Distrito Capital (Bogotá), un quince por ciento del situado fiscal.

Y a favor de los municipios en general, en el Acto Legislativo Número 01 de 1995, se adiciona el artículo 357, que quedó así: "Los municipios participarán en los ingresos corrientes de la Nación".

*****

Al concluir esta breve presentación de la Constitución Colombiana vigente, no resulta apresurado

conceptuar que sus trescientos ochenta artículos, bien podrían ser aprovechados en una conducta oficial encaminada a superar la estructura económica prevaleciente, en procura de soluciones a los graves problemas políticos y sociales que aquejan al país.

En la búsqueda de la paz que añora el pueblo colombiano, de la justicia social, de las reformas agrarias que faciliten el retorno de los campesinos a la actividad agrícola, de la distribución equitativa del ingreso nacional, en fin, del real derecho a la educación, la salud, la alimentación, la vivienda, etc., un propósito veraz y una conducta correcta entre las fuerzas en conflicto, podrían encontrar en el espíritu y mandato de la actual Constitución, un instrumento adecuado en el restablecimiento de la paz y la obtención de resultados positivos en la problemática que agobia a Colombia.

*****

Como una herramienta de estudio en la Universidad Simón Bolívar, y con el fin de contribuir al conocimiento de los mandatos legales supremos de las repúblicas hermanas y bolivarianas, Colombia y Venezuela, la Revista *Desarrollo Indoamericano*, ofrece a sus lectores, a manera de suplemento especial, los textos completos de sus Constituciones.

Haití y Petión

Barranquilla estuvo de fiesta rindiéndole homenaje a Haití y al más grande de sus hijos, el general Alexander Petión, con motivo de cumplirse, el dos de abril, un nuevo aniversario de su nacimiento.

En el parque Haití se descubrió el busto de Petión, magnífica escultura de Mauricio Cogollo, y se escucharon los discursos del señor Cónsul, doctor Juan Francisco Lascarro, y del señor Embajador de la República de Haití en Colombia, doctor Joseph Franz Rómulos.

El doctor Lascarro en su intervención mencionó a la distinguida concurrencia, de cónsules, escritores, académicos e intelectuales, algunos de los mensajes y conceptos de Bolívar, prototipos del reconocimiento. Por ejemplo, en varias cartas califica al general Petión

como "El primero de los bienhechores de la tierra", y en otra lo califica de magnánimo.

También el cónsul Lascarro se quejó del descuido de nuestros historiadores, muchos de ellos limitados en el balance del respaldo oportuno y ejemplar del hermano pueblo y de su conductor en la lucha independista bolivariana. Distinta esa conducta a la del genial Libertador, quien siempre expresaba reconocimiento y gratitud por la generosa y solidaria acogida que recibió en el exilio y en las campañas libertarias.

Esas mismas observaciones las hizo Juan Zapata Olivella en su libro *Piar, Petión y Padilla, tres Mulatos de la Revolución*, editado por la Universidad Simón Bolívar a comienzos del año de 1986.

En el prólogo del estupendo estudio del poeta, ensayista y diplomático, me referí a la queja de Juan, e hice saber que tenía razón, aunque cronistas como O'Leary y Restrepo mencionan el tema.

Si se hiciese un parangón entre la acogida de las dos islas en la desgracia del exilio del Libertador, habría que decir que Jamaica fue hostil y Haití fraterna.

Según Zapata Olivella, Haití constituyó para Bolívar

algo más que una esperanza, y aún mucho más que un sueño. Porque en ningún momento hay rasgos de desengaños. Por el contrario, Petión no solo lo recibe con los brazos abiertos, sino que ordena al general Marión que se ocupe de los desventurados exiliados e impida la exportación de alimentos que puedan servir a las tropas invasoras de Morillo en Cartagena. El oficio que hace llegar a su lugarteniente es una valiosa joya de la historia latinoamericana, que complementa con la realidad y los hechos, las tesis expuestas unos meses antes por Bolívar en la célebre Carta de Jamaica. Veintidós días después, el presidente Petión dispone que se entreguen a Bolívar seis mil fusiles, pólvora, municiones, una imprenta y cuatrocientos dólares.

Bolívar recupera ánimos en Haití, y propicia el encuentro de los jefes políticos y militares de Venezuela y la Nueva Granada en Puerto Príncipe. Su gratitud es tanta que antes de partir se dirige a Petión en solicitud de permiso para mencionar su nombre como "Autor de nuestra libertad". Y Petión, en su respuesta, se limita a ratificarle el único deseo, que ya le había puesto de presente en conversaciones anteriores: Que en cada territorio libertado se proclamase la abolición de la esclavitud.

En carta de Marión, le dice: "Si los favores recibidos

atan a los hombres, no dude usted, General, que mis compatriotas y yo amaremos siempre al pueblo haitiano como a los dignos jefes que lo hacen feliz". Y ya en Venezuela, otra vez acariciando la victoria, le escribe a Petión para darle cuenta de la palabra empeñada: "La libertad de los esclavos fue proclamada sin restricción alguna y en todas partes donde han penetrado nuestras armas se han roto las cadenas y la humanidad ha recobrado sus derechos".

El Señor embajador Franz Rómulo impresionó por su dominio del idioma castellano y la elocuencia del decir. En sus dos discursos, en el parque y en el banquete, expresó complacencias por la grata actividad adelantada por el cónsul Lascarro y por el doctor Eduardo Arango Piñeres, Presidente del Instituto Colombo-Haitiano. Y, naturalmente, por los cordiales sentimientos de amistad de Barranquilla con su país y con su Libertador, el gran Alejandro Petión.

Argentina y Latinoamérica

Bueno, retorno al primer párrafo de la columna de la semana pasada, para resaltar los idearios de los libertadores argentinos en el campo de la latinoamericanidad.

En el Museo Bibliográfico Simón Bolívar de la Universidad Simón Bolívar hay un salón que lleva el nombre de José de San Martín. Allí al lado de los libros escritos sobre él, están, en las blancas paredes, frases que recogen su sentir. En ellas puede leerse:

Las naciones americanas (latinoamericanas) deben unirse si quieren ser respetadas.

No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata de la seguridad y de la libertad latinoamericana.

Ante la causa de la América Latina está mi honor. Yo

no tendré patria sin él. Y no puedo sacrificar un don tan precioso por todo lo que existe en la tierra.

Por eso la misión libertadora de José de San Martín traspasó las fronteras de su amada patria. Para él, dice su biógrafo Enrique Mario Mayochi, nada hubo superior a la independencia de América Latina. Argentinidad y americanismo, opina José Pacífico Otero, son los dos términos de un binomio dinámico que se conjugaba armoniosa y solidariamente en su corazón.

Para San Martín el Nuevo Mundo era la patria común. En todas las cartas enviadas a sus amigos y en las proclamas lo hacía saber. A Ramón Castilla le expresa: "Consecuente con este justísimo principio (que los nuevos Estados americanos se hermanasen), mi primer paso era hacer su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase".

En su definido propósito de entregarse exclusivamente a la causa de la independencia, San Martín esquiva el quehacer político partidista que en los primeros años enardeció ánimos entre sus paisanos. En 1845 le dice a su amigo Tomás Guido: "Usted sabe que yo no pertenezco a ningún partido; me equivoco, yo soy del Partido Americano".

En la Argentina, o desde Chile y Perú, San Martín reclama la unidad del Nuevo Mundo. En Lima, el 19 de enero de 1822, antes del encuentro en Guayaquil con El Libertador Simón Bolívar, expresó: "Yo no tengo libertad sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta gran obra, porque tiempo ha no me pertenezco a mí mismo, sino a la causa del continente americano".

*****

Otro gran latinoamericanista argentino es el precursor Manuel Belgrano. Antonio Cacua Prada, el prolífico escritor colombiano, se ha encargado de escribir magníficas biografías de los héroes del hermano país. El año pasado la Universidad Simón Bolívar patrocinó su libro *El General San Martín, Libertador del Sur,* en pulcra edición de Plaza & Janés.

Ahora el amigo y consagrado escritor, ex presidente de la Academia Colombiana de la Historia, me ofrece la grata sorpresa de su estudio sobre Manuel Belgrano.

Y qué interesante. El doctor Antonio Cacua Prada, en la primera página, nos hace saber que desde su niñez inició, a través de la lectura de Billiken, la admiración por los Libertadores argentinos. Este dato

es muy significativo para mí. Porque, también, era lector de la revista argentina que tantas satisfacciones prodigaba a la juventud en los años cuarenta, tiempo de los estudios de bachillerato.

En *El General Manuel Belgrano, Maestro de la Libertad Argentina,* Cacua Prada es meticuloso y detallista. No pierde ningún acontecimiento en la prodigiosa existencia del eximio pionero de acontecimientos memorables. La pesquisa la inicia desde la infancia. Entonces, a todo el Virreinato solo lo habitaban cuatrocientas mil personas europeas o de origen europeo, sin incluir los indígenas. A Buenos Aires le correspondían setenta mil. Y el 3 de junio de 1770 nace Manuel Belgrano.

Desde edad muy temprana Belgrano inicia su educación. Terminados sus estudios secundarios viaja a España a seguir la carrera de abogado. Y en febrero de 1789 le entregan su diploma de Bachiller en Leyes.

Belgrano y Latinoamérica

Como hecho curioso en una época de oscuridad religiosa, limitación en el conocimiento y la investigación científica, con riqueza de dogmas que sometían al libre albedrío, el joven intelectual, en ansias de saber, suplica permiso al papa Pío VI, para leer y retener libros prohibidos por la Iglesia.

Cuatro años más tarde Belgrano obtiene el título de abogado en la Universidad de Valladolid. Al lado del derecho, Belgrano se esmera en el estudio de la economía política y la hacienda pública. Precisamente, el cultivo de estas disciplinas lo introduce en los campos de las inquietudes políticas y económicas que se ventilaban entonces. Digamos por caso, de los puntos de vista pregonados por la escuela fisiocrática francesa, con sus recomendaciones a favor de la agricultura, como base fundamental de una economía nacional, y de la libertad de comercio.

Lo curioso del asunto, que es conducta expresiva para valorar el patriotismo y la sensibilidad social de Belgrano, es que él era hijo de un comerciante que gozaba de los privilegios del comercio monopolista practicados en el Virreinato, para bien y fortuna exclusiva de sus usufructuarios.

La estada de Belgrano en Europa fue muy provechosa en los albores liberadores. Entonces se dieron los sucesos de la Revolución Francesa y el eco de sus mensajes de libertad, igualdad, seguridad, tan distintos al actuar de los tiranos que solo conocía.

De regreso a Argentina se vincula al Tribunal del Comercio y se inicia también de lleno en el periodismo. Con la nueva formación ideológica sopesa la injusticia de la organización comercial, en manos de monopolistas, sin nociones de servicio y solamente interesados en la acumulación de riquezas.

Todas sus observaciones las recoge, como testimonio histórico, en sus *Memorias* y escritos autobiográficos. En ellas se revela el ciudadano íntegro, que deja constancia de errores y aciertos, limitaciones y grandezas. Nada oculta, allí está el libro abierto de su vida, su pensar y sus actos.

Manuel Belgrano es el fecundo precursor. Propende por la libertad y la independencia, la educación primaria gratuita, la actividad económica propia, el libre comercio interno, la defensa de los recursos naturales, la ecología en general, las escuelas de dibujos (pintura), etc.

En los momentos de las decisiones contundentes Manuel Belgrano supo responder ejemplarmente. Su juramento a la Patria en la decisión de arrojar por la ventana al Virrey si a las tres de la tarde no renunciaba al cargo, sirvió de estímulo a sus compañeros de insurgencia el día de la histórica determinación.

Desprendido como nadie, el día de la inauguración de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, obsequia todos sus libros. Y los sueldos y prebendas que recibió en su carrera militar, los entregaba al Estado para que fuesen utilizados en la construcción y mantenimiento de bibliotecas en lugares donde se careciera de ellas.

Como periodista, Belgrano defiende la libertad de prensa. Oprimirla, opinaba, sería tanto como atar el entendimiento, las manos, o los pies de los ciudadanos.

En la actividad militar Manuel Belgrano sabe de

gozos y victorias, y también de humillaciones y derrotas. Disfruta los instantes en que empuña en sus manos el asta de la bandera azul y blanca, originada por él, y aceptada después oficialmente como símbolo unificador de las provincias del Río de la Plata.

Como latinoamericanista, Manuel Belgrano lucha, al frente de su ejército, por la libertad de Paraguay, Chile, Uruguay y Perú. Es respetuoso de las costumbres y de la cultura de los pueblos hermanos. A sus soldados les exige respeto y amistad, hasta el extremo que decreta la pena de muerte a quien se burle de los nativos o robe algo, aunque sea un huevo.

*****

Al culminar su hermosa biografía, el acucioso historiador se entristece. Antonio Cacua Prada menciona el final de muchos de los héroes americanos. Bolívar, Sucre, San Martín, Belgrano, y tantos otros, fueron víctimas del abandono, la malquerencia o la ingratitud de los suyos. Tal vez los dichosos fueron los que cayeron en el campo de batalla.

La agonía de Belgrano se extiende por meses. Apenas un puñado de familiares y amigos lo socorren. Yo he seguido la postrimería de su existencia, escribe

Cacua Prada, con doloroso silencio. Y comenta apenado: "La ciudad que fue su cuna no se percató del fallecimiento del más puro de los Hombres de Mayo. A las siete de la mañana del martes 20 de junio de 1820, expiró en la casa donde cincuenta años y 17 días atrás, había nacido el precursor y libertador que resumió su grandiosa existencia en frase inmortal: 'La vida es nada si la libertad se pierde'".

En afortunada muestra del estilo pedagógico, el doctor Antonio Cacua Prada, complementa el estudio sobre Manuel Belgrano con un resumen, año por año, de los hechos significativos de su ejemplar existir. Es un complemento de buen provecho para el lector.

*****

Estos comentarios a la obra del historiador y académico Antonio Cacua Prada, los inicié con un par de páginas de sabor humorístico acerca de la personalidad de algunos argentinos del presente. Lo curioso del asunto es que el propio Manuel Belgrano, en su tiempo, hacía observaciones semejantes a sus paisanos. Así, en carta al gobierno desde Humahuaca, al tener noticia de la designación de San Martín en el cargo que él desempeñaba, expresaba: "Todavía quisiera más, y hablo con la franqueza que acostumbro, que V.E.

le diese el mando en jefe, quedando yo en el ejército con mi regimiento, o de soldado. Por dos razones deseo esto: la primera porque es regular que tenga más conocimientos militares que yo habiendo sido su carrera, y no la mía. La segunda para dar un ejemplo a mis paisanos, pues son orgullosos, y creen que no hay quien sepa más que ellos".

Bolívar en la China

He pasado estos días leyendo el libro *China Conmemora a Simón Bolívar*, publicado como suplemento de la revista *China Reconstruye*, con motivo del bicentenario del natalicio del Libertador.

Lo que quiere decir que la obra se presentó el 22 de julio de 1983, hace dieciocho años.

Pero yo no la conocía. Y gracias a la presencia en la Universidad Simón Bolívar del historiador y catedrático antioqueño doctor Juvenal Herrera Torres, quien vino invitado por el sociólogo Jorge Artel, ahora podemos apreciar los conceptos de los intelectuales de la República Popular China sobre el genio de América Latina.

Así, el Presidente de la Asociación de Amistad del Pueblo Chino con el Extranjero, doctor Wang Bignam,

considera que "Bolívar fue un destacado político y un profundo pensador cuyas ideas hasta hoy estimulan a los pueblos latinoamericanos en la lucha contra la intervención extranjera y la salvaguardia de la soberanía nacional".

Y en su discurso, el señor Su Zhengxin, Director del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias Sociales, reconoce en Bolívar la defensa que hace de lo propio y de un pensar original surgido de la realidad de sus pueblos. Es de exaltar, opina, "Que a pesar de admirar los sistemas políticos de algunos países de Europa, se opone a copiar mecánicamente los modelos extranjeros sin tener en cuenta las condiciones propias. Señaló con certeza que la excelencia de un gobierno consiste en ser apropiado a la naturaleza y el carácter de la Nación para quien se instituye".

Los periodistas Li Xuezhi y Wang Ke hacen saber que Simón Bolívar tiene en China verdaderos amigos. Por eso son muchas las publicaciones que se ofrecen al público, entre ellas las relacionadas con las guerras de independencia comentadas por él. Y los periódicos *Renmen, Guangming, Wwnhui*, y muchos otros publican periódicamente artículos sobre la obra de Bolívar.

Yanng Enrui, profesor del Instituto de Historia

Universal de la Academia de las Ciencias Sociales de China, reconoce que "Bolívar es uno de los pocos grandes hombres que, en cumplimiento de sus compromisos ante la historia, hace proezas inmortales para la humanidad con entrega y denuedo. Bolívar trabajó con ahínco por la unidad latinoamericana con miras a establecer un equilibrio con los tradicionales polos de fuerza, peligrosos para los Estados emergentes. Ese equilibrio del universo, estrategia mundial bien justificable, estaría orientado a resistir agresiones del exterior y prevenir tentativas para sustituir el dominio colonialista caduco por otro nuevo. He aquí otro rasgo que tiene incidencia en las ideas más avanzadas del mundo de hoy".

Los poetas chinos también se han inspirado en la vida del Libertador para cantarle. Pen Guangxi, miembro del Buró de Relaciones Culturales con el Extranjero del Ministerio de Cultura, lo aclama como una "Flor de la raza y de siglos. Los hombres le dijeron ¡Bolívar! Y los pueblos ¡Libertador!".

Li Weiyi y Tang Mingxin, en un hermoso poema, escriben:

"¡Oh! genio prodigioso de toda una época./ Estrella de Libertad que brilla como clavo de oro/ en la cons-

telación de los lebreles./ No te quedas a dormir sobre los laureles,/ ni te turban la fama o la corona./ Con la ira fiera y el ceño fruncido/ dominas la envidia, la calumnia y la traición./ Resuenan en el firmamento/ tus mensajes y predicciones/ y se hacen eco de tu voz eterna/ por sobre las montañas y llanuras:/ Unidad, unidad, nuestros brazos unamos/ en un esfuerzo común para crear/ un mundo de justicia!".

Bueno, es, sencillamente, un motivo de orgullo y beneplácito para los bolivarianos el tener conocimiento de la admiración que se tiene en la República Popular China por el Padre de nuestras Patrias.

Y este libro comentado lo colocaré hoy en sitio especial en el Museo Bibliográfico Bolivariano de la Casa de la Cultura, que cuenta ya con más de cuatro mil obras escritas en el mundo sobre nuestro Simón Bolívar.